

BLAKE PIERCE

LA CHICA



BORRADA

UN THRILLER DE SUSPENSE FBI DE ELLA DARK — LIBRO 6

Se están encontrando doctores y personal médico asesinados de forma brutal, sus cuerpos embutidos en tubos y exhibidos. No parece haber ninguna conexión obvia, y aunque Ella cree haber visto a un asesino en serie como este antes, rápidamente se da cuenta de que está equivocada. ¿Cuál es el hilo conductor de estos asesinatos? ¿Y Ella podrá resolverlo y salvar la vida de la siguiente víctima?

Blake Pierce

La chica borrada

Ella Dark - 6

La CHICA BORRADA

Blake Pierce

Ella Dark-06

PRÓLOGO

James Floyd se despidió de la recepcionista haciendo un gesto con la mano y se escapó hacia el aparcamiento del personal antes de que algún rezagado pudiera detenerlo. Era una noche templada, un cambio bienvenido. La calefacción de su despacho se había estropeado hacía unas semanas, así que había recurrido a un radiador portátil que apenas podía calentar una carpa. No era lo ideal para los duros turnos de la noche, sobre todo después de la semana que había tenido.

Se acordó de su primer día de trabajo, hacía 22 años por sus cálculos aproximados. El médico en jefe le había dicho que la parte más esencial del repertorio del especialista médico era el desapego. Algunas personas lo tenían de forma natural, otras lo aprendían con el tiempo. Y los que no adquirían la habilidad tenían carreras cortas y traumáticas.

James rápidamente se dio cuenta de la veracidad de esa afirmación. Tenía compañeros que podían dar malas noticias como si fuera el pronóstico del clima y no lo pensaban demasiado. Los envidiaba enormemente, porque con cada mala noticia que él daba, la culpabilidad socavaba un poco más su esencia. Esa semana le supuso una carga más pesada de lo habitual: el diagnóstico de cáncer a un joven padre, los primeros signos de distrofia muscular en un niño de 10 años, el inicio de la demencia en un veterano recién retirado.

Y, desde luego, Gladys, una nueva paciente con la que, poco profesionalmente, se había llevado muy bien desde el lunes anterior.

Ella había llegado quejándose de un dolor de espalda y terminó bajo el bisturí al día siguiente. Gladys sufría de cifosis extrema desde hacía más de una década, pero nunca se había hecho examinar porque «no quería ocasionar molestias». Era muy fuerte, pero esas actitudes no se traducían en una vida sana, sobre todo en el caso de los ancianos. James se encontró deseando que la mujer se recuperara, quizá porque le recordaba mucho a su madre.

James pulsó el botón para desbloquear su coche y los faros se encendieron. Su coche era uno de los únicos tres que quedaban en el aparcamiento. Consultó su reloj. Era poco más de medianoche. No se había dado cuenta de que se había quedado hasta tan tarde.

En la oscuridad, se tropezó con algo invisible con el pie. Dio un paso atrás y vio una tabla de madera tirada en el suelo. Al inspeccionar el recinto, se dio cuenta de que había más de lo mismo. Entonces se dio cuenta de que eran los restos dejados por los manifestantes que habían estado allí más temprano.

Era una nueva tendencia, tal vez algo de Internet, se dijo James. Desde la entrada en vigor de las nuevas leyes, esto ocurría en los hospitales de todo el país. En resumen, se trataba de activistas que hacían campaña contra la medicina moderna. James no tenía tiempo para esas tonterías, sobre todo porque esas personas también solían tener valores religiosos extremos. Creían ciegamente en una deidad invisible y omnisciente, pero poder creer en un medicamento que matara las bacterias era demasiado para ellos. Era una insensatez, un delirio fuera de lugar.

Lo que solía ocurrir era que esos manifestantes armaban un escándalo, salían en las noticias y desaparecían una vez que habían tenido sus quince minutos de fama. No había que preocuparse demasiado por ello. James recogió el cartel que tenía a sus pies, lo dobló y lo llevó a la basura. Además, a juzgar por la gramática de esta persona, estos manifestantes no eran precisamente espabilados.

«CONTRA LA BOLUNTAD DE DIOS».

Voluntad mal escrita. Escritura torcida. Texto amarillo sobre fondo marrón. No era exactamente una declaración de aptitud.

—Tú —gritó alguien—. No te vayas a ninguna parte.

La repentina voz lo sobresaltó. A esa hora, el aparcamiento siempre estaba desierto. Se dio la vuelta para buscar el origen del sonido. Un hombre desaliñado salió de entre las sombras. Barba frondosa. Mala piel. Gafas pequeñas en una cara redonda. James no lo reconoció.

—¿Hola? —dijo James.

—¿Trabajas aquí? —preguntó el hombre.

James se acercó a su vehículo.

—Sí. ¿Tú también?

El desconocido señaló con el dedo al médico.

—No está bien lo que estás haciendo.

—¿Perdón? —James se dijo a sí mismo que debía ser un manifestante rezagado. ¿Por qué este hombre seguía allí después de la medianoche?

—Ya sabes a qué me refiero. No te hagas el tonto.

James no tenía tiempo para esto. Ni siquiera tenía energía para enfadarse con él. Solo sentía lástima.

—Por favor, vete a casa. No deberías estar en esta zona del hospital si no eres miembro del personal.

El desconocido volvió a ocultarse en las sombras, pero continuó mirando al médico. James agarró la manija de la puerta de su coche mientras esperaba que el hombre desapareciera. James decidió avisar a los de seguridad cuando hubiera salido por la fachada del edificio.

Abrió la puerta del coche y puso un pie dentro, pero se quedó parado antes de poder proseguir.

Se oyó un ruido fuerte, ¿quizás un cristal que se rompía? Y luego la voz del desconocido de nuevo. James consideró la idea de marcharse y dejar que otro lo resolviera, pero ¿y si ese maníaco había acorralado a otro miembro del personal? ¿Tal vez a una de las

chicas de administración? ¿O a alguien que no midiera un metro ochenta y seis, y pesara 90 kilos como él?

Cerró la puerta del coche y fue a inspeccionar. Atravesó el aparcamiento vacío, con paso suave. Apartó algunos arbustos para echar un vistazo al otro lado, y vio la ruta designada para las ambulancias y nada más. No había manifestantes rezagados ni fumadores de medianoche. El desconocido debía de haberse marchado a toda prisa, tal vez porque sabía que estaba invadiendo una propiedad privada y eso no era una buena imagen para su causa.

James se quedó quieto y escuchó los sonidos de la noche, interrumpidos por el ruido de sus latidos. Oyó el zumbido del tráfico lejano. Unos cuantos chirridos de insectos en el reducido bosque del perímetro del hospital. A lo largo de los años había tenido muchos altercados con pacientes y vagabundos, pero algo en aquel tipo le produjo un escalofrío de pies a cabeza. Tal vez fuera la hora de la noche combinada con la inesperada presencia del hombre. Volvió al aparcamiento y se dirigió a su vehículo, pero se mantuvo alerta. No confiaba en que el hombre no volviera a intentar alguna tontería.

James decidió que ya era suficiente por una semana. En este momento, la perspectiva de un largo baño con un buen libro era mejor que enfrentarse a activistas delirantes con sus objeciones de moda del mes.

Y entonces le levantaron los pies del suelo.

James salió volando hacia los arbustos y las espinas le atravesaron la piel. Buscó un punto de apoyo, pero no encontró más que ramitas frágiles. Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, tenía un pie enterrado en el pecho. James jadeó y pateó con los pies a su atacante invisible. Intentó pedir ayuda, pero no consiguió emitir sonido.

Entonces el atacante se dio a conocer. Una figura de negro, camuflada en la noche. La visión de James se difuminó hasta convertirse en niebla. La silueta del hombre se contorneaba y se fundía en la oscuridad, mientras ocultaba el rostro para que James

no lo viera. Había algo alarmantemente familiar en él, pero el *shock* que se avecinaba nublaba cualquier posibilidad de pensamiento racional.

James tosió y escupió flemas, y luego sintió que su cuerpo entraba en estado de *shock*. Mientras rodeaba el cuello de James con una mano, el hombre sin rostro le clavó un cuchillo en el abdomen.

La sangre brotó como una fuente, tiñendo los verdes arbustos de rojo carmesí.

James sintió que toda su voluntad se desvanecía. No podía moverse, solo podía ser testigo de su propia muerte en un estado de parálisis. Rodó sobre la parte delantera y vio el hospital, quizá por última vez. A través de los arbustos, a solo quince metros de distancia, los paramédicos se subían a una ambulancia que los esperaba.

James trató de gritar, de comunicarse. No tenía voz. La ayuda estaba a la vista, pero fuera de su alcance.

El atacante de medianoche hizo rodar al médico sobre su espalda y luego sacó algo de su chaqueta.

El médico lo reconoció. Lo había visto muchas veces en su larga carrera, pero nunca había tenido un aspecto tan siniestro como en ese momento.

De repente, pudo emitir sonido, pero sus gritos fueron ahogados por el estruendo de la sirena de la ambulancia detrás de ellos.

CAPÍTULO UNO

Ella Dark se sentó en el sofá color crema, con la sensación de que todo aquello era una alucinación. Estaba allí, en un lugar en el que creía que nunca estaría, aturdida por las heridas de cuchillo y con una angustia mental suficiente para hundir un barco. Hacía apenas unas horas, estaba en Delaware, persiguiendo a un asesino que ponía monedas en los ojos de la gente. Ahora estaba en una granja rural de Washington, lejos de la civilización, y sentada junto a la única persona que creía que podía salvarla.

Observó el salón, sorprendida por el exquisito gusto de su excompañera. Dos grandes cuadros adornaban las paredes y entre ellos había un televisor gigantesco. Ella se dio cuenta de que los mandos a distancia estaban colocados debajo. Mia siempre mencionaba lo mucho que odiaba la televisión. Frente a ella, había dos vasos sobre una mesita de cristal.

—Lo siento, ¿tienes visitas? —preguntó Ella.

Mia Ripley se sentó a su lado, envuelta en una bata de satén, con una expresión que delataba sus sentimientos. El pelo rojo de Mia estaba recogido en un moño. Ella vio algunas canas en las raíces. Era muy poco habitual que Mia descuidara el tinte.

—No. Es que es más fácil tomarse dos a la vez. Llámalo autorregulación.

La última vez que habían hablado, Mia había dejado de beber.

—¿No habías dejado el alcohol? —preguntó Ella.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Quieres uno?

Ella sintió un enorme alivio. Antes de entrar en la casa, le preocupaba que Mia fuera a perder los estribos, o que le dijera lo estúpida que había sido en los últimos meses. Ella no sabía por qué, pero parecía que Mia realmente quería hablar con ella. Era un consuelo que no podía encontrar en ningún otro lugar de su vida en ese momento.

—No, gracias. Necesito pensar con claridad.

—Como quieras —dijo Mia mientras cogía uno de los vasos. Le dio vueltas y se enderezó en su silla. Mia se volvió hacia Ella y levantó las cejas—. Estoy esperando.

—¿Esperando?

—A que me cuentes todo. Has venido a verme. ¿Por qué?

Ella no estaba segura por dónde empezar, pero agradecía que Mia al menos le permitiera hablar. Durante las dos últimas semanas, Mia había rechazado cada llamada, correo electrónico y mensaje de texto que Ella le había enviado. Se frotó los ojos con las yemas de los dedos mientras repasaba los acontecimientos recientes. Tenía muchas cosas de las que quería hablar, pero una pregunta la consumía más que las demás.

—Ripley, ¿por qué me has dejado entrar? —preguntó.

Mia bebió un trago de su *whisky* y se limpió los labios.

—Porque he tenido tiempo para pensar.

—¿Y?

—Has cometido un error. Bueno, varios errores. Pero no puedo reprochártelo para siempre. Los rencores solo te hunden y no quiero eso.

En ese momento, se sentía más que nunca como si realmente fuera una alucinación. Incluso el tono de Mia no era el adecuado. Ella se frotó el moratón de la mejilla para sentir el dolor. Definitivamente todo aquello era real.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Ella.

—Nada. Solo necesitaba tiempo para procesarlo. Eran muchas cosas que tenía que asimilar. Ahora, como dije, cuéntame todo.

—Se ha escapado —soltó Ella. Lo único que logró decir. Se le quedaron en la boca teorías y preocupaciones, pero las mantuvo en silencio. Ella necesitaba saber qué pensaba Ripley de la situación.

—Sí, lo ha hecho —dijo Mia. Dejó su bebida, se recostó en la silla y miró hacia la puerta principal. Probablemente estaba verificando si la había cerrado con llave, se dijo Ella. Eso significaba que Mia estaba preocupada por su propia seguridad. No era una buena señal.

—¿Sabes cómo?

—No. El director me llamó más temprano. Eso fue lo único que me dijo.

—A mí también —suspiró Mia—. Hace pocas horas que ha ocurrido, así que pronto sabremos más.

A primera hora de la tarde, el infame asesino en serie Tobias Campbell había escapado de alguna manera de su celda de máxima seguridad. El hombre que había estado encarcelado en una celda subterránea durante casi dos décadas había vuelto a salir milagrosamente a la superficie. Había sido Mia quien atrapó a Tobias dieciséis años antes, y Ella la que sacudió la jaula e incentivó al monstruo en su interior. Las acciones de Ella habían sido la razón por la que Mia la había expulsado de su vida, abandonándola y solicitando una nueva compañera cuando descubrió el engaño de Ella.

Ella no quería decirlo, y por lo que parecía, tampoco su excompañera.

—Dark, escúchame —continuó Mia—. Sabes lo que significa esto, ¿verdad?

Ella asintió. Sabía exactamente lo que significaba.

—Significa que tú y yo no estamos a salvo en ningún lugar. Tobias tiene ojos y oídos en todo el país. Tiene vínculos con grupos criminales, organizaciones clandestinas de prostitución, incluso con la policía y el FBI. Antes de atraparlo, sabíamos de sus actividades desde hacía años, pero nunca pudimos alcanzarlo. Siempre iba con ventaja, y ahora no será diferente.

Ella lo admitía, pero no estaba tan segura.

—Pero ¿cómo? Es mucho más viejo, menos capaz de moverse libremente. Le conocemos el rostro. Lleva 16 años en la cárcel, así que seguramente sus contactos ya se habrán esfumado. Alguien debe reconocerlo si está huyendo, ¿no?

—No seas tan ingenua, Dark. Tobias ha estado dirigiendo sus actividades desde detrás de las rejas todo este tiempo. Lo único que necesita es encontrar un lugar para esconderse y será prácticamente invisible. Pero dicho esto, no creo que esté planeando esconderse.

A pesar de la baja temperatura, a Ella le empezó a sudar la frente.

—¿No lo crees?

—Por supuesto que no. Tobias no se escaparía del encarcelamiento solo para volver a encerrarse. Sabes lo que quiero decir, ¿no?

Ella lo sabía.

—Vendrá por mí.

—No, vendrá por nosotras y quiere ser él quien nos mate. Tobias no dejará esto a uno de sus lacayos. Ha estado soñando con esto durante décadas.

Su peor pesadilla cobró vida. Ella se había reunido con Tobias dos veces y ambas veces hubo barras de hierro entre ellos. Y, de todas formas, se sintió vulnerable, y ahora todas las barreras habían sido eliminadas. Era una presa fácil para uno de los asesinos en serie más sádicos de la historia de Estados Unidos.

Ella se tomó un momento para revivir los acontecimientos de las últimas semanas.

—Cuando estuvimos en Baltimore por el caso de la trabajadora sexual, hubo algo más que nunca te conté.

A Mia le cambió la expresión al ver que podía haber más secretos que su excompañera no le había revelado.

—Te escucho.

—La gente me estaba observando. Lo sé, parezco una paranoica. Pero sentía que me miraban constantemente. Incluso alguien pasó

junto a mí y me dijo «Ella April Dark». Nadie sabe mi segundo nombre. Nadie, excepto Tobias.

Mia exhaló y se llevó las manos por detrás de la cabeza.

—Te creo. Completamente.

—¿En serio?

—Antes de que atrapáramos a Tobias, él solía hacer lo mismo con mi antiguo compañero hace veinte años. Es un juego para él. Tobias no se conforma con asesinar. Está empeñado en incapacitar mentalmente a sus víctimas. Esa es su manera de doblegarte y ponerte al límite. Te hace más obediente a sus demandas. ¿Supongo que lo visitaste después de nuestro tiempo en Baltimore?

—Sí, en los próximos días.

—¿Ves? Te motivó a través del miedo. No ha cambiado.

—Pero ¿qué quiere de mí? Cumplí con sus peticiones. Fui la primera persona que lo visitó en años. ¿Por qué querría matarme?

Mia bebió el resto de su *whisky*.

—Por varias razones. En primer lugar, lo dejaste entrar. En segundo lugar, representas todo lo que él odia. La autoridad, el orden social. En tercer lugar, estás conectada a mí. Se ve a sí mismo como un genio y a ti como una subordinada que intenta aprender de él. Eso no le gusta. Pero en realidad, solo hay una manera de que esto termine.

—Lo encontramos antes de que él nos encuentre —confirmó Ella. Mia negó con la cabeza.

—No. Lo matamos antes de que nos mate.

Ella se arrepintió de no haber aceptado la oferta de un trago de Mia.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —dijo Mia.

Ella se quedó mirando fijamente al espacio durante un momento, luchando contra un revoltijo de emociones intensas. ¿Cuántas veces había estado en el fragor del momento, cara a cara con un sudes^[1], y le había picado el dedo sobre el gatillo? Incluso en esos momentos, nunca había apretado el gatillo para poner fin a una

vida. Tobias era un monstruo, sin duda, pero le temblaban las manos de forma violenta al solo pensar en buscarlo para poder matarlo.

—Ripley, eso es... —Ella se frotó las sienes—. Ni siquiera sé qué decir. Es una locura.

—Dark, he estado lidiando con su maldad durante 16 años. Regalos a mi puerta cada año. Viendo su cara enjuta en las noticias. Sin mencionar el trauma por el que me hizo pasar. Ya he tenido suficiente. Edis tendrá a todos los departamentos de policía del país en alerta máxima, pero...

—¿Pero? —preguntó Ella. Las razones de Mia eran comprensibles. Tobias había sido una espina venenosa en su vida desde hacía décadas y era lógico que quisiera sacársela de una vez.

Mia se mordió el labio.

—Esto es solo entre tú y yo. Extraoficialmente. De compañera a compañera. ¿De acuerdo?

«Compañera». Ella nunca se había alegrado tanto de oír esa palabra. ¿Mia la estaba aceptando de vuelta? Ella hizo un gesto de que cerraba la boca, pero seguía sin gustarle el rumbo de la conversación.

—En cuanto veas a Tobias, y lo harás, dispárale con todo tu cargador. Sin hablar. Nada de arrestos. Sin interrogatorios. Solo vacíale tu Glock en la cabeza. Pinta las paredes con sus sesos. Haz que su cadáver se convierta en polvo. ¿Está claro?

—Ripley —comenzó Ella—. No puedo...

—¿Por qué no? —interrumpió Mia—. ¿Qué te detiene? Tobias ha jugado contigo tanto como conmigo. Te garantizo que tiene planes para nosotras, y los planes de Tobias rara vez implican una muerte instantánea. Él manipula y atormenta. ¿Quieres eso en tu futuro? ¿Siempre mirando por encima del hombro?

Las dos caras de la moneda. No había ninguna ventaja en mantener a Tobias vivo. Solo traería más sufrimiento a todos, no solo a ella y a Mia. Pero ¿acaso les correspondía a ellas impartir esa justicia? Su trabajo era llevar a los malhechores a los tribunales. No eran la mano de hierro. No eran dueñas de la vida y la muerte. Eran

agentes de la ley, con licencia para matar siempre que estuviera absolutamente justificado.

Ella se miró las manos, y se imaginó cómo se sentiría al disparar realmente contra él, plenamente consciente de que sus acciones lo dejarían a dos metros bajo tierra. Sería una decisión que cambiaría su vida, algo que tendría que llevarse consigo a su propia tumba.

Pero tal vez estuviera justificado.

Un infame asesino en serie, que pronto figuraría en la lista de los más buscados del FBI, responsable de al menos cinco asesinatos y probablemente de muchos más. Aparte de sus contactos criminales, muy poca gente quería a Tobias Campbell vivo.

¿Quizás, solo por esta vez, ella podría encarnar los verdaderos deseos del mundo?

—Pero ¿cómo lo explicaríamos? —preguntó Ella.

—No lo hacemos. Decimos que Tobias vino por nosotras, así que actuamos en defensa propia. No hay un solo jurado en el mundo que nos castigue por matar a uno de los criminales más buscados del mundo.

Ella no podía mentirse a sí misma. Vio el atractivo, aunque realmente no quería. Pero por más atractivo que fuera, seguía siendo una mala idea. Si ella y Mia lo llevaban a cabo, estarían unidas por un secreto mortal. «Dos pueden guardar un secreto si uno de ellos está muerto», decía el viejo refrán.

Se imaginó la escena en su cabeza. Ella y Tobias Campbell, cara a cara en una habitación vacía.

Bien sabía que había fantaseado con ello bastantes veces, pero la realidad y la fantasía eran dos cosas muy diferentes.

—¿Dark? ¿Qué piensas? Si lo capturamos vivo, volverá directamente a la cárcel para reanudar su carrera criminal. Básicamente volveríamos a como estaban las cosas hace unas semanas. Nada habría cambiado. ¿Quieres esa vida?

—No —dijo Ella. La verdad era simple, clara como el agua. No quería a Tobias Campbell vivo. No más mentiras, ni siquiera a sí

misma. La fría realidad de su situación era que Tobias Campbell tenía que morir para que ella pudiera vivir.

—Tienes que estar completamente de acuerdo, porque si hacemos esto, estaremos unidas por la sangre.

Era como si Mia le hubiera leído la mente. Además de vivir con el hecho de que conscientemente habría matado a una persona, tendría que confiarle a Mia este secreto fatal.

Pero no había una mejor persona para compartir ese secreto.

Una parte egoísta de ella quería ser la que apretara el gatillo. Por el tormento al que la había sometido Tobias, propinarle el golpe letal sería algo así como justicia poética. Pero, por supuesto, Mia también tenía muchas razones.

—Entendido. No dudaré en abatirlo —dijo Ella—. Me apunto. Unidas por la sangre.

—Bien. ¿Entiendes por qué tenemos que hacer esto? Créeme, he sufrido 16 años de esta pesadilla, y no quiero que aguantes ni una fracción de ella. Ha sido un infierno. ¿Puedo confiar en ti con esto?

—Puedes confiaren mí —dijo Ella—. No más mentiras, no más retención de información. Si Tobias muere en nuestras manos, tendré los labios sellados como una tumba. Tienes mi palabra, por mi fallecido padre.

—Te creo. Ahora, ¿a qué más nos enfrentamos? ¿Cómo fue tu caso en Delaware? —preguntó Mia.

—Con altibajos, pero al final lo conseguimos. Me pusieron como compañero a Nigel Byford.

—Byford es un buen tipo. Aunque no es un experto en la mente criminal. ¿Cómo estuvo?

—Estuvo genial, pero en lo único que pensaba era en que, si hubieras sido tú conmigo en vez de él, lo habríamos resuelto en la mitad de tiempo —dijo Ella—. ¿Te ha tocado una compañera nueva?

—Sí. Una cabeza hueca.

Ella tenía curiosidad por conocer los detalles, y un poco de celos de esa aparente cabeza hueca.

—¿Cómo te fue?

—Terrible. Hizo explotar una estación de servicio.

Ella no estaba segura de haber escuchado bien.

—¿Que hizo qué?

—Sí. Causamos unos cien mil dólares en daños, así que el director no está muy contento conmigo en este momento.

Ella tenía muchas preguntas.

—¿Cómo diablos sucedió eso?

—Eso no importa, lo importante es que me di cuenta de lo vital que es tener una buena compañera. Y durante todo el tiempo que estuve allí, estaba preocupada por ti. Si hubieras acabado muerta, me habría sentido responsable. Diablos, me siento mal solo con verte ese moretón en la mejilla.

Ella se lo tocó y volvió a sentir el dolor, pero este moratón no era obra del sudor de Delaware. Su supuesto novio Mark le había dado una bofetada cuando volvió a su casa, pero algo le impidió revelar este pequeño detalle a Mia. Mia conocía muy bien a Mark y no quería que se preocupara o se sintiera responsable por ello. Ya estaban ocurriendo bastantes cosas. No quería arrastrar a Mia a sus problemas de relación también.

—Sí, el sudor no cayó fácilmente. También me apuñaló en el hombro, pero sobreviviré. —Ella vio algo en la expresión de Mia que se asemejaba al remordimiento, tal vez a la culpa.

—Maldita sea, me hubiera gustado estar allí —dijo Mia—. Pero a partir de ahora, no voy a dejar que te pase nada. Si estás en el campo, voy a estar contigo. ¿De acuerdo? Si Tobias viene por una de nosotras, viene por las dos, ¿*capisce*?

De repente, el mundo se sentía como un lugar mucho más seguro. Si había una persona a la que le podía confiar su vida, era la mujer que estaba a su lado. Ya le había salvado la vida en innumerables ocasiones desde su primer caso, y como su mayor obstáculo seguía estando por delante, Ella necesitaba a Mia más que nunca.

—Gracias por perdonarme, Ripley. A partir de ahora, puedes confiar en mí. No más secretos.

A Ella le escoció el moretón de la mejilla cuando se acomodó la mandíbula.

—Bien. Y espero que puedas perdonarme por haber reaccionado de manera exagerada. Pero en cierto modo, esto es bueno, porque podemos acabar con este monstruo por nosotras mismas. Nos ha dado una excusa para poner fin a este capítulo. Y pase lo que pase, te prometo que no dejaré que te pase nada.

—Gracias. Lo mismo digo. Somos más fuertes juntas.

—Es cierto. Ahora vete a casa y descansa. Parece que lo necesitas.

Ella se preparó para irse. Era casi la una de la madrugada, y apenas había dormido en las últimas noches. Algo le decía que tampoco dormiría mucho esa noche, a pesar de que el cuerpo le pedía un respiro. Se dirigieron a la puerta y Mia la despidió con un gesto.

—Ah, y Dark, una última cosa —dijo Mia.

Ella se dio la vuelta.

—Traba las puertas. Traba las ventanas. Cúbrete la cara. Lleva un arma contigo. No le des ninguna oportunidad a Tobias, ¿de acuerdo?

Ella no lo haría. Esta vez, estaría preparada.

CAPÍTULO DOS

A la mañana siguiente, Ella se despertó con un dolor punzante en el hombro y un dolor leve en un lado de la cara. El cuerpo ya había tenido tiempo de procesar las lesiones y se habían asentado en su forma definitiva. Las examinó en el espejo del cuarto de baño, convencida de que no eran nada grave. La herida del hombro ya empezaba a cicatrizar y el hematoma se estaba desvaneciendo en un color amarillo enfermizo. Nada que no pudiera arreglar un poco de maquillaje.

Era sábado, así que no tenía que ir a la oficina, pero tenía mucho trabajo planeado. La semana anterior, Ella había descubierto que, en los días anteriores a la muerte de su padre, él había pedido un préstamo a una asociación clandestina conocida como Diamante Rojo. Los Diamantes eran muy conocidos en todo Virginia cuando Ella era una niña, y los rumores que circulaban por la ciudad decían que todos los miembros de los Diamantes tenían cuchillas cosidas en sus botas. Al parecer, siempre se podía reconocer a un miembro por una cicatriz en forma de diamante en alguna parte de su cuerpo.

Cada vez que alguien en Virginia moría en circunstancias sospechosas, los lugareños siempre bromeaban diciendo que los Diamantes probablemente tenían algo que ver con ello. Cuánto de eso era un mero rumor y cuánto era verdad seguía siendo un misterio.

Si su padre les había pedido dinero prestado, lo más probable era que sus finanzas estuvieran muy mal. Por eso se había puesto en contacto con su antiguo banco para obtener una copia de sus

registros bancarios. Por supuesto, su padre había fallecido hacía ya 25 años, y en aquella época, muchas transacciones se realizaban sin necesidad de recurrir a los bancos. En los noventa, el efectivo era la ley.

Ella se preparó con un café y tomó asiento en el suelo de su sala de estar. No había rastro de su compañera de apartamento, pero nunca lo había los sábados por la mañana. Probablemente se había quedado en casa de uno de sus amantes, concluyó Ella. La idea le recordó a su propio supuesto amante, o examante, después de lo que había hecho la noche anterior. Mark Balzano tenía que empezar a investigar un nuevo caso en el día de hoy, así que, con suerte, eso le impediría ponerse en contacto con ella hoy. Sabía que él volvería arrastrándose, pero se dijo a sí misma que debía ser fuerte. No había lugar en su vida para el abuso doméstico, además de que los celos de Mark eran completamente irracionales. Mark tenía problemas y ella no estaba dispuesta a solucionárselos. No era un niño. Tenía que hacerlo él mismo, y hasta que no lo hiciera, ella no quería saber nada de él.

Recogió el recibo que había encontrado recientemente entre las posesiones de su padre. Una pequeña nota manuscrita en papel amarillento.

«Ken, considera esto como tu recibo de dinero prestado. Debe ser devuelto en su totalidad con un diez por ciento de interés antes del 25/05/95. OWA».

Ella había pasado la nota por un programa de grafología en la sede del FBI. Imprimió los resultados.

«Nombre: Owen William Angels

Nacimiento: 31-05-1970

Ocupación: Desconocida

Dirección: Desconocida

Delitos anteriores: 13».

Entre la información había una solicitud de permiso de obras para el Grupo Diamante Rojo. Ella había comprobado la ubicación del edificio, pero hacía tiempo que había sido demolido. Un callejón sin

salida, a menos que pudiera indagar en la historia de los propietarios. Si los registros financieros no llevaban a ningún sitio, ese era su siguiente paso.

Comenzó a hojear la pila de documentos que el banco tan amablemente había imprimido para ella. Solo iban desde 1992, porque era el año hasta el que se guardaban los registros, pero eso significaba que tenía tres años de documentos para inspeccionar. Si su padre tenía problemas de deudas, algo aquí se lo demostraría.

Enero de 1992. El saldo bancario de su padre comenzó con 14 000 dólares. Nada mal teniendo en cuenta que era un padre soltero y un obrero manual. Los pagos se sucedían a un ritmo discernible: gas, electricidad, agua, hipoteca, gastos de teléfono. Cada mes, salían unos 1500 dólares y entraban 2000. Hubo algunos retiros de unos cien dólares, pero nada que justificara alguna sospecha.

El patrón continuó hasta 1995, cuando el saldo total disminuyó considerablemente. De hecho, el dinero salía de la cuenta a un ritmo alarmante.

En enero de ese año, su padre había hecho múltiples retiros de mil dólares, todos en tandas de 200 dólares. Ella recordaba que, en otros tiempos, 200 dólares era la cantidad máxima que se podía retirar. Este patrón se mantuvo hasta mayo de 1995, cuando el saldo del banco se esfumó por completo.

El 2 de mayo de 1995, su padre retiró 11 000 dólares de una sola vez. Esa vez no fue en tandas, lo que significaba que había ido al banco y se había contactado con el cajero. Esa era la única forma en que alguien podía sacar una cantidad tan importante de dinero en efectivo.

Luego, las transacciones continuaron con normalidad, pero se detuvieron abruptamente al final del mes. Fue el mismo mes en que Ella lo descubrió muerto en su cama.

Miró fijamente la cifra del papel, como si mirarla fijamente durante el tiempo suficiente fuera a revelar el misterio que había

detrás. ¿Por qué alguien necesitaría 11 000 dólares en efectivo? ¿Para pagar a un contratista? ¿Para comprar algo extravagante?

No, era imposible que Ken hubiera hecho eso. Incluso en los noventa, ningún contratista aceptaría un pago tan grande en efectivo. Y la idea de que su padre comprara algo tan caro era aún más improbable. Era un hombre sencillo, sumamente frugal. Mientras tuviera ropa para vestir y comida en la mesa, no le importaba nada más.

O al menos, así lo recordaba ella. Pero la revelación de que él podría haber tenido un problema con el juego proyectaba sus recuerdos bajo una luz totalmente nueva. ¿Era esa la razón de esas múltiples transacciones de 200 dólares? ¿Y posiblemente de este gran retiro también? ¿Ken se arriesgó a una gran apuesta? ¿O tal vez solo estaba tratando de devolver el dinero que había pedido prestado a este sórdido grupo del Diamante Rojo?

Pero si esto era cierto, no había nada más que hacer. Ella no podía rastrear las transacciones en efectivo, por lo que este camino era un callejón sin salida. Tendría que indagar más en el grupo Diamante Rojo, o tratar de rastrear a este misterioso Owen Angels.

Ella se levantó y se asomó al balcón. Era una mañana luminosa, pero aún no estaba preparada para disfrutar del sol. No quería salir donde fuera visible, porque cualquier rincón escondido podía ocultar una amenaza. Los coches aparcados de abajo, el espacio detrás de los cubos de basura comunitarios. Tobias Campbell estaba libre entre la gente. Podía estar observándola en cualquier momento. Cada sombra era una amenaza.

Aun así, las cosas se sentían algo más claras ahora que ella y Mia habían resuelto sus problemas. Podía reflexionar sobre un tema sin que sus pensamientos saltaran constantemente a otro asunto.

Mientras admiraba el paisaje en la distancia desde la seguridad del interior, las puertas del aparcamiento se abrieron lentamente. Un vehículo entró lentamente en el aparcamiento. Un vehículo que reconocía.

Ella se demoró demasiado en ver la matrícula. El conductor miró por la ventanilla y la vio.

Oh, Dios, se dijo mientras se apresuraba a entrar y cerrar la puerta. Cerró las cortinas y las ventanas.

Pero algo le decía que era demasiado tarde.

CAPÍTULO TRES

Mia estaba ante la puerta del despacho del director del FBI, William Edis. Por lo general, entraba directamente, pero la relación entre ellos estaba muy tensa desde que la aprendiz de Mia hizo explotar una estación de servicio en su primer caso. No quería echar más leña al fuego asumiendo que su relación aún era estable.

—Adelante —gritó Edis.

Mia entró y tomó asiento en la silla de cuero junto al escritorio de Edis. El director tenía la cabeza metida en una pila de papeles y movía su bolígrafo entre los dientes. En los treinta años que lo conocía, nunca lo había visto tan demacrado. Antes era una auténtica fiera: una apariencia envidiable en un cuerpo musculoso. Ahora tenía la cara pálida, el pelo canoso que disminuía progresivamente y aquella sonrisa cautivadora por la que se había hecho famoso había desaparecido. Parecía la encarnación del estrés, y Mia no entendía por qué no hacía las maletas y se llevaba sus millones a una granja en Wyoming.

—Will, ¿está todo bien?

El director tiró su bolígrafo sobre el escritorio. Salió rodando hasta caer.

—No, no lo está. Las cosas no podrían estar peor.

—Cuéntame. ¿Cómo puedo ayudar?

—Ni siquiera sé por dónde empezar, Ripley.

—He hablado con mi antigua aprendiz. Está de vuelta detrás de un escritorio después del accidente...

—Eso no es importante —interrumpió Edis—. Los daños son los daños. No ha muerto nadie y eso es lo único que me importa.

Mia no esperaba semejante desestimación de los acontecimientos. La huida de Tobias claramente eclipsó el incidente.

—De acuerdo.

—Tenemos dos problemas más graves de los que preocuparnos. Ya conoces el primero.

—Tobias Campbell.

Edis se levantó y miró por la ventana que había detrás de su escritorio. Se apoyó en ella con una mano. Por un momento, a Mia le preocupó que estuviera a punto de saltar.

—Sí, Tobias Campbell. Está ahí fuera ahora mismo. Una de las mayores detenciones de la historia del FBI, y se ha escabullido de nuevo en la sociedad delante de nuestras narices. No hace falta decir que somos el hazmerreír del momento. Solo esta mañana he tenido a la CIA y al Ministerio de Defensa encima de mí. Tengo una llamada con la vicepresidenta en una hora, y realmente no sé qué decirle.

—Con todo respeto, su fuga no fue culpa nuestra. ¿Acaso no es responsabilidad de la prisión?

—No, es nuestra. Podríamos haber hecho arreglos especiales para ejecutarlo. Podríamos haber tenido protocolos más estrictos en cuanto a cuestiones médicas. Podríamos haberlo enviado a la Isla del Diablo y dejar que se pudriera en ella.

—¿Problemas médicos? —preguntó Mia—. ¿Así fue como escapó?

—Sí. Dejó de tener pulso y lo trasladaron al Hospital McLean de Maine. Es el procedimiento habitual de la prisión estatal de Maine.

Mia ya podía imaginarse cómo se desarrolló el resto. Sabía que habría habido un derramamiento de sangre. Tobias no lo habría hecho de otra manera.

—¿No es un poco ingenuo de parte de ellos? ¿Sacar de la cárcel a uno de los asesinos en serie más peligrosos de la historia?

Edis volvió a su escritorio y buscó su bolígrafo. Registró el escritorio y se dio por vencido rápidamente.

—Pensaron que estaba prácticamente muerto. Hay menos preguntas si un preso muere en un hospital y no en su celda. Pero una vez que llegó a McLean, volvió a la vida milagrosamente. Mató a dos guardias y a una enfermera en un ascensor, y luego salió caminando. Las imágenes de las cámaras de seguridad son... preocupantes.

—Ha estado planeando eso durante mucho tiempo —dijo Mia—. Un psicópata organizado como Tobias podría...

Edis levantó la palma de la mano.

—Ripley, por favor. No necesito tu psicocháchara en este momento. Lo que necesito es que Tobias Campbell vuelva a estar entre rejas.

«O muerto», se dijo a sí misma.

—La Agente Dark y yo podemos ocuparnos del caso inmediatamente. Si ve detrás de alguien, será ella.

Edis agitó ambas manos.

—No. Ni hablar. Tú y la señorita Dark no deben involucrarse en absoluto, ¿entendido?

Ripley tuvo que evitar saltar de su silla. El comentario la hizo apretar los puños.

—¿Qué? Debes estar bromeando. Nosotras somos la mejor oportunidad que tenemos de atrapar a Tobias.

—No lo dudo, pero están demasiado implicadas en esto. No quiero que estén en Washington durante los próximos días, así que las enviaré a las dos en una asignación.

Mia no podía creerlo. Se inclinó hacia adelante y agarró el escritorio de Edis.

—Pero, eso no es un buen...

—Ripley. —Otra interrupción—. No voy a debatir esto contigo. Tú y la Srta. Dark son objetivos, y si una o ambas salen lastimadas, será otra gran pérdida para el FBI, sin mencionar que estaría perdiendo a dos de mis mejores agentes. No va a suceder, ¿me explico?

Mia se dejó caer en su asiento. Odiaba admitirlo, pero Edis tenía razón. Sin embargo, la idea de que alguien más le pusiera una bala en la cabeza a Tobias la llenaba de una rabia celosa. Ella tenía que matarlo a él, nadie más. Lo más cerca que estaría de la venganza sería escupir en su tumba, y eso no sería suficiente.

¿Pero la seguridad era más importante? ¿Especialmente la seguridad de Ella? ¿Qué le impedía a Tobias matar a Ella mientras estaba completamente desprevenida? ¿En su cama, en el supermercado, repostando su coche? Tobias podría fácilmente acercarse a ella y acabar con su vida en milisegundos. No le extrañaría que hiciera exactamente eso.

La noche anterior, cuando Ella estuvo en su casa, Mia sintió que su compañera estaba transitando el mismo camino que ella había seguido cuando era más joven. Cada vez más hastiada del mundo, anhelando una justicia que nunca llegaría. Mia tardó años en aceptar la naturaleza cruel de este trabajo, y esos años fueron una tormenta de rabia y frustración. No quería que le ocurriera lo mismo a la novata.

—Lo entiendo, Will, pero tú más que nadie debes entender lo difícil que es esto. Ese hombre casi me mata, y no hay un día en que no sueñe con que lo despedacen mediante el uso de caballos.

—Y por eso no puedes perseguirlo ahora. Acabarás matándolo o te frustrarás tanto que te quitará años de vida. Da un paso atrás en todo esto. Hemos alertado a toda la policía estatal del país y a todas las comisarías de Maine para que lo encuentren. Hemos puesto en marcha una operación de búsqueda y una línea directa para recibir pistas. Si alguien ve a Tobias, lo sabremos inmediatamente. El mundo entero lo está buscando, y el mundo puede hacer mucho más que tú y la señorita Dark.

Mia lo aceptó. No importaba lo que hiciera que recuperaran a Tobias, eso sería lo mejor. Tenía que dejar de lado sus propias emociones, ya que las vidas de otras personas también estaban en juego. Tobias había estado en aislamiento durante 16 años y no

había posibilidad de que su sed de sangre se hubiera calmado. Probablemente estaría más violento que nunca.

—Bien, ¿entonces qué se supone que debo hacer? ¿Ir a Hawái hasta que Tobias vuelva a estar entre rejas?

Edis buscó entre sus papeles y encontró una carpeta marrón. La lanzó al regazo de Mia.

—Nueva Jersey —dijo.

—¿Qué? ¿Nueva Jersey? Sabes que odio Nueva Jersey.

—Y yo odio esquiar, pero mi mujer me obliga a ir todos los años. Las necesito en Nueva Jersey porque tenemos un nuevo caso allí. Llegó a mi escritorio esta mañana y es otro problema más que se suma a la pila. Así que, si realmente quieren ayudarme, tú y la Srta. Dark pueden hacer su magia. Y pueden esconderse sin tener que mirar por encima del hombro.

Mia se pasó la mano por el pelo. El último lugar en el que quería estar era Nueva Jersey, pero si había un caso en el que debía trabajar, tenía la obligación de ir.

—De acuerdo. Cuéntame todo. —Empezó a hojear la carpeta.

—Anoche, un médico fue encontrado asesinado fuera de su hospital en Princeton. Apuñalado y luego estrangulado.

Mia encontró la primera fotografía de la escena del crimen. Mostraba a un hombre de mediana edad tumbado en un montón de tierra, con los ojos muy abiertos con esa familiar mirada de muerte. Pero lo primero que le llamó la atención fue el objeto extraño que le salía de la boca.

—¿Qué es eso? ¿Un cable? —preguntó Mia.

—No. Aunque parezca extraño, es una sonda de alimentación. Nuestro sudes apuñaló a la víctima y luego la asfixió con esta sonda. Un comportamiento muy extraño, estoy seguro de que coincidirás conmigo.

Doctor. Sonda de alimentación. La conexión ya estaba ahí. ¿Tal vez un asesino que quería vengarse de la comunidad médica? ¿Un paciente vengativo? ¿O tal vez la sonda era un arma de oportunidad?

—Supongo que esto no es un incidente aislado —dijo Mia.

—Correcto. Esta es la segunda víctima en un radio de tres kilómetros en esta semana. Todavía no he tenido tiempo de leer el expediente del caso en su totalidad, así que tú y la agente Dark tendrán que analizarlo. Sé que es sábado, pero necesito que ambas resuelvan esto lo antes posible. Necesitamos desesperadamente un triunfo ahora. Estoy seguro de que entiendes por qué.

Mia cogió su bolso y sacó las llaves del coche.

—Puedes contar con nosotras.

—Lo sé, por eso las envió a ustedes y no a otra persona. Llama al departamento de administración y pídeles que organicen sus vuelos allí. Resuelvan esto y no se apresuren a volver. Quédense y disfruten de Nueva Jersey.

Mia tuvo que contener la risa.

—Sí, claro. ¿Me llamarás en cuanto sepas algo de Tobias?

Edis volvió a su papeleo.

—Lo prometo. Para cuando vuelvan, lo tendremos encarcelado de nuevo. «Lo dudo, pensó Mia. —Se despidió y salió al pasillo—. Porque yo voy a atraparlo primero».

CAPÍTULO CUATRO

Ella se agachó en su cocina, como si eso pudiera impedir de algún modo que ocurriera lo inevitable. Pensó en saltar por el balcón o subir al tejado del complejo de apartamentos.

No, eso era una tontería y no tenía sentido.

«Toc, toc, toc».

Ella no quería verlo, no podía mirarlo a la cara tan pronto. Se le acumuló la ira en el estómago y temió que, si volvía a oír su voz, haría algo de lo que se arrepentiría.

Esperó. Ella tenía el coche en el aparcamiento, pero eso no significaba que estaría en casa.

Entonces recordó que él la había visto en el balcón. «Maldita sea», se dijo a sí misma.

Dos golpes más, esta vez más fuertes. No tenía otra opción. Era hora de dar la cara y poner a ese tipo en su sitio... por segunda vez en doce horas.

Ella se dirigió a la puerta de su casa y miró a través de la mirilla. Era él, con una expresión engreída en la cara. Sí, estaba bastante segura de que ella le iría romperle las piernas.

Abrió la puerta bruscamente de un tirón.

—Mark. ¿Qué? —preguntó.

Mark Balzano se apoyó en el marco de la puerta, un poco demasiado relajado para el gusto de Ella. Este hombre le había dado una bofetada la noche anterior, ¿y tenía el descaro de presentarse tan pronto?

—Siento pasarme por aquí, solo quería verte —dijo Mark. Llevaba una chaqueta marrón, una camiseta blanca y unos vaqueros desteñidos. Tenía el pelo recogido. Ella odió su imagen.

—¿Pasar por aquí? ¿Qué demonios te pasa?

—Vaya, cálmate, ¿quieres? —Mark retrocedió y levantó las manos a la defensiva—. Dije que lamentaba lo de anoche, y solo quería demostrártelo. —Metió la mano en la chaqueta y sacó algo. Ella lo examinó un poco por curiosidad.

—¿Qué es eso?

—Una vez me dijiste que te gustaban los Guns N'Roses, ¿no?

—Sí, ¿y a quién no?

—Tengo esto para ti. Está firmado por ellos. —Le pasó el regalo a Ella. Era el primer disco de Guns N'Roses con garabatos negros en el frente.

—¿Un vinilo? —preguntó Ella—. ¿Has perdido la cabeza?

—Es un objeto de colección —dijo Mark—. Pensé que te gustaría un poco más, para ser sincero.

Ella empujó el regalo hacia el pecho de Mark. Él lo agarró.

—Es muy considerado por tu parte. El regalo es muy bonito, y si me lo hubieras dado antes de ayer, habría sido la chica más feliz del mundo. Pero por Dios, Mark, no puedes pegarme un día y al siguiente traerme un vinilo. ¿Se supone que esto compensa lo que hiciste?

—¿Podemos hablar? —suplicó Mark—. Vamos. Me lo debes.

—¿Te lo debo? Mark, estoy a un comentario de echarte a patadas. No te debo nada. Salimos, y ahora no lo hacemos. Acéptalo.

Mark parecía derrotado y eso era exactamente lo que ella quería. Había sucumbido ante sus encantos demasiadas veces. «Engáñame una vez», se dijo a sí misma.

—Mira, solo cinco minutos. Solamente quiero asegurarme de que estás bien.

Ella se hizo una serie de preguntas. ¿Echarlo de su casa lo volvería violento? ¿Intentaba recuperarla fingiendo afecto? ¿Y esto

afectaría a su relación laboral? Después de todo, existía la posibilidad de que les asignaran el mismo caso en el futuro. Cualquier malentendido entre ellos naturalmente se trasladaría a su vida profesional.

—Cinco minutos —dijo Ella—. Pero esto no significa que te perdone. —Se alejó de la puerta, pero no le dio la espalda a Mark. Si algo sabía de él era que era imprevisible y propenso a sufrir violentos cambios de humor. Su estado de ánimo podía cambiar de un momento a otro.

Ella entró en la sala de estar, Mark la siguió y cerró la puerta suavemente tras de sí.

—Está oscuro aquí —dijo él—. ¿De quién te escondes?

Ella mantuvo la distancia.

—De ti.

—No era mi intención. Solo reaccioné mal. Lo siento.

—No me interesan las excusas —dijo Ella—. Ahora, di lo que tengas que decir y sal de aquí.

Mark tomó asiento en el sofá de Ella, a pesar de la falta de invitación.

—¿Cómo están tus heridas? —preguntó.

—Bien. No gracias a ti.

Mark juntó las manos y miró al suelo.

—Me refiero a las de tu caso.

—Me apuñalaron en el hombro. ¿Cómo crees que están?

—Bien. Lo siento. ¿Cómo fueron las cosas con tu compañero?

Ese tema de nuevo. ¿Cuál era el problema de Mark?

—Bien. Me salvó la vida. Le debo una.

—Apuesto a que sí —dijo Mark—. ¿Se llevaron bien, entonces?

—Tan bien como debíamos hacerlo. ¿Por qué te importa?

—Porque estaba preocupado. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Mark, soy una mujer adulta. Puedo cuidarme sola en el campo. He atrapado a criminales sin la ayuda de nadie más, ¿de acuerdo?

—Sí. Lo sé —dijo Mark mientras se ponía en pie—. Pero no me refiero a eso.

Ella retrocedió hacia la zona de la cocina. El mero hecho de sentir el calor del cuerpo de Mark le producía cierta picazón. Él le había dado lástima desde que explotó en un ataque de celos la semana pasada, y desde que le puso las manos encima la noche anterior solo le daba asco.

—No voy a hablar más de esto. Porque no hay nada de qué hablar.

Mark se rio.

—Suenas a que tienes cargo de conciencia.

Ella se apoyó en el mostrador y entonces se dio cuenta de que había apretado los puños.

—Mark, ¿de verdad te preocupa que me haya acostado con otra persona mientras estaba fuera? ¿Por qué, en nombre de Dios, iba a hacer eso? ¿Crees que soy una adolescente cachonda que no puede mantener las piernas cerradas?

—Una mujer. Sola. En el campo. Lo he visto pasar.

Ella estaba harta de oír eso. Aquellas acusaciones infundadas de una mente insegura.

—¿Qué podría sugerir que yo haría tal cosa? No puedes asumir que soy así. Solo porque hayas estado con otras mujeres así, no significa que todas seamos iguales. Eres un tipo inteligente. ¿Cómo no puedes entender esto?

Mark comenzó a pasearse.

—Claro, ¿así que ahora soy estúpido? Ella, recuerda quién te salvó la vida hace un par de semanas en Baltimore. Yo. Nadie más. Yo estuve ahí para ti.

—Y estoy enormemente agradecida por ello. Estoy en deuda contigo por eso. Pero debes darte cuenta de que tienes una tendencia a los celos violenta y hasta que no lo resuelvas, nadie querrá estar contigo. Cuando estuve en una misión, me enviaste mensajes de texto constantemente, como un acosador. No solo eso, sino que hiciste acusaciones infundadas sin ninguna prueba.

Llegaste a una conclusión en tu mente y la confundiste con la verdad. Y cuando te enfrenté al respecto, me golpeaste.

Mark estaba de pie en el centro del salón, con los hombros arqueados. Ella comprendió que era una postura defensiva.

—Y me he disculpado. ¿Qué más esperas?

—Sí, te disculpaste, pero te pasaste de la raya. Por eso ya no estamos juntos.

El comentario despertó algo en su exnovio. Ella vio cómo su expresión se transformaba en furia.

—¿No estamos juntos? ¿Quieres tirar esta relación por la borda por un pequeño error?

—¿Un error? —exclamó Ella—. Dejar el coche sin cerrar es un error. Golpear a tu novia es violencia doméstica. Por favor, dime que entiendes la diferencia.

—Ella había llegado a su límite. Solo quería que esta conversación terminara y que este hombre se fuera de su apartamento. Al diablo con su relación profesional. Si eso afectaba el trabajo, que así fuera. No podía soportar más su manipulación.

Mark dio unos cuantos pasos hacia ella, bloqueando la salida de la cocina.

—Sabes que esto no ha terminado, ¿verdad? Todavía nos queda cuerda para rato. No vas a abandonar nuestra relación a la primera señal de problemas.

Ella retrocedió y apoyó las manos en la superficie de la cocina. Agarró un rodillo de cocina con una mano y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no lanzarlo contra el hombre que tenía delante.

—No estoy abandonando nada. Estoy terminando algo que necesita ser terminado. Y no vas a convencerme de que no lo haga porque acabarás haciéndome lo mismo otra vez. Me acusarás de engañar y me golpearás cuando lo niegue.

Mark golpeó con un puño la encimera de la cocina con un golpe repentino. Ella dio un salto hacia atrás. Agarró el rodillo con más fuerza y planeó los siguientes movimientos en su cabeza. Mark tenía

una ventaja de tamaño y fuerza, pero ella había derribado a gente más grande en el pasado. Con una maniobra bien ejecutada, podría salir del apartamento en cuestión de segundos.

—Las cosas serán diferentes ahora. Solo estaba teniendo un momento difícil. Debes entender lo duro que ha sido para mí últimamente. Limitado a un escritorio, sin poder hacer el trabajo que me gusta. Realmente me ha pasado factura.

—No hay excusas, Mark. Por favor, vete ahora. Ya tuviste tus cinco minutos.

—No he terminado —espetó Mark.

—Pues yo sí.

Mark la acorraló, se acercó tanto que pudo oler esa colonia familiar. Un aroma que antes le gustaba, pero que ahora le resultaba indescritiblemente desagradable.

—No me vas a dejar. Nunca podrás dejarme, ¿entiendes? —dijo Mark. La acorraló contra la esquina del mueble de la cocina y puso las manos a ambos lados de ella. Bajó la cara contra la de ella mientras la levantaba lentamente con un brazo.

Ella no dijo nada. Agarró el mango del rodillo con tanta fuerza que empezó a dolerle. Se le crisparon los músculos a causa de la adrenalina y se preparó para derribar a Mark antes de que él pudiera hacerle algo. En el momento de ponerse en acción, un golpe en la puerta interrumpió su altercado. Ninguna de las dos personas dejó de mirar a la otra.

—¿Te importa atender eso? —dijo Ella, finalmente.

Mark le sopló aire caliente en la cara. Entonces llamaron de nuevo a la puerta. Mark retrocedió y avanzó a tropezones por el pasillo. Ella respiró aliviada, contenta de que las cosas no llegaran a las manos. Oyó a Mark abrir la puerta y luego escuchó el ruido de unos tacones al entrar. Ella no podía estar más contenta de ver a la recién llegada.

—¿Ripley? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Está oscuro aquí —dijo ella. Mia miró entre Ella y Mark—. Lo siento, no estoy interrumpiendo nada, ¿verdad?

—No. No lo haces —dijo Mark—. Mira, yo me voy. Mia, me alegro de verte de nuevo. Ella, nos vemos pronto.

Miró a Mark a los ojos y suspiró con fuerza. Todo su comportamiento se había transformado en los momentos transcurridos desde la llegada de Mia. Hacía un minuto estaba irritado, pero ya estaba calmado y tranquilo. A Ella le preocupaba lo rápido que era capaz de cambiar su actitud.

—De acuerdo —dijo Ella y lo dejó así. No quería montar una escena delante de su compañera restituida. Mark se fue y cerró la puerta en forma silenciosa.

—¿Todo bien? Perdona mi intromisión —dijo Mia.

—Todo está bien. —Ella negó con la cabeza. El corazón le latía tan fuerte que le preocupaba que Mia pudiera oírlo—. No estábamos en medio de nada.

—Ya lo veo. Todavía tienes la ropa puesta. De todos modos, haz la maleta porque nos vamos a la soleada Nueva Jersey.

—¿Qué? ¿Ahora? —preguntó Ella.

—Sí, ahora. Hay un caso en serie. Hay un tipo que está matando al personal médico. ¿Te sumas al caso o no?

Ella miró la pila de papeles que había en el suelo de su sala de estar. Pensaba dedicar el fin de semana a investigar el asesinato de su padre, pero si el deber la llamaba, debía ir. Además, le vendría bien una distracción.

—¿Otra vez compañeras? —preguntó Ella, mientras las palabras le temblaban en los labios. Mantuvo la compostura, sin dejar que sus reacciones provocados por Mark se desbordaran en su nueva conversación. La mujer que tenía enfrente una vez le dijo que abordara cada nueva situación con una sonrisa. Mantener el pasado en el pasado.

—El viejo equipo. Pero no hagas explotar ninguna estación de servicio —dijo Mia.

—No prometo nada —dijo Ella—. Pero ¿qué pasa con Tobias? ¿No deberíamos convertirlo en nuestra prioridad?

—El director prefiere que no lo sea Vamos, te lo contaré de camino al aeropuerto.

Independientemente del caso, Ella estaba lista para volver a salir al campo. Y además con Mia a su lado, era la mejor situación que podía pedir. Tal vez si salía de Washington por un tiempo, podría planear las próximas semanas sin tener que mirar por encima del hombro cada pocos minutos.

—Déjame recoger mis cosas. Estaré lista en dos minutos —dijo.

CAPÍTULO CINCO

Ella leyó el nuevo expediente del caso en el coche. Mia era la conductora designada. Su destino era el Aeropuerto Nacional Ronald Reagan de Washington.

Ahora que la adrenalina había desaparecido, Ella sentía los efectos de su enfrentamiento con Mark. ¿Qué quería decir con que «nunca podría dejarla»? Ella ya le había manifestado sus sentimientos, pero ¿eso no era suficiente para él? ¿Esperaba que se quedara con él independientemente de cómo actuara? Para ella, su relación estaba terminada, y si Mark tenía un problema con eso, tendría que enfrentarse a los puños de ella. No quería llegar a eso, porque en apariencia, Mark era un hombre inteligente que entendía las emociones humanas. Diablos, era parte de su trabajo. ¿Cómo podía una persona ser tan contradictoria?

Le temblaba el expediente en las manos. Había leído los primeros párrafos, pero luego había perdido la concentración. Ella percibió que Mia la miraba a hurtadillas.

—¿Todo bien, Dark? Sueles leer esos archivos en cuestión de segundos.

Ella se recompuso y se concentró.

—Lo siento. Solo estoy asimilando todo. —Volvió a leer desde el principio.

—Entonces, la víctima número uno era Leslie Buddington, 29 años. Mujer. Encontrada muerta en su coche fuera de la residencia de ancianos Tower Lodge donde trabajaba. Apuñalada en el estómago y luego asfixiada.

—Pero eso no es todo. Mira las fotos.

Ella pasó unas cuantas páginas y encontró las fotos de la escena del crimen. La primera foto mostraba a una mujer sentada en el asiento del conductor, con la cabeza caída hacia atrás y algo parecido a una fina cuerda roja alrededor del cuello. La imagen le hizo un nudo en el estómago.

—Oh, Dios. ¿Qué está tratando de decir este asesino?

—Sigue leyendo —dijo Mia.

—La víctima número dos fue James Floyd, hombre de 52 años, encontrado muerto en el aparcamiento del personal del Hospital Princeton. El mismo método de asesinato. Apuñalamiento y luego asfixia.

Mia se desvió hacia la autopista y Ella vio pasar la ciudad mientras organizaba sus pensamientos. Había una relación tangible entre las víctimas, pero nada que pudieran confirmar de forma absoluta. Revisó las fotos de la escena del crimen de la segunda víctima. El pobre caballero yacía al pie de un arbusto espinoso, y del abdomen le brotaba un charco de sangre. Había un objeto rojo alojado en su garganta.

—¿Otro tubo médico?

—Otro tubo médico. Extraña firma, estoy segura de que estarás de acuerdo.

Dos víctimas, pero con una victimología muy diferente. Una mujer joven y un hombre mayor. Este hecho por sí solo era suficiente para llegar a varias suposiciones. En el momento oportuno, Mia hizo la pregunta.

—¿Qué opinas de esto?

—Si la primera víctima fue encontrada en su coche, eso significa que la emboscó allí. Debió de esperarla y atacarla una vez que estuvo dentro —dijo Ella.

—No estoy en desacuerdo.

—Pero la víctima número dos debe haber sido atraída a ese lugar, o fue colocada allí *post-mortem*. Una ligera variación en el *modus operandi*.

—O se enfrascaron en una pelea y él se desangró en otro lugar. Es imposible afirmarlo ahora mismo.

—El vínculo es que ambas víctimas trabajaban en la salud —dijo Ella—. ¿Tal vez alguien que quisiera vengarse de la industria médica?

—Podría ser, pero hay que indagar más.

Ella hojeó las fotos de la escena del crimen. Se situó en la escena. ¿Por qué esta gente? ¿Qué quería este asesino? ¿Qué estaba tratando de decir?

—Los tubos médicos añaden algo de fuerza a esa teoría, pero dado que fueron asesinados cerca de lugares de asistencia médica, los tubos médicos podrían haber sido un arma de conveniencia.

—¿Realmente lo crees? —preguntó Mia.

Ella lo creía, pero el comentario sugería que su compañera no.

—Es difícil de decir sin saber más. Si pudiéramos determinar si estos tubos precisos proceden de los establecimientos concretos en los que trabajaban estas víctimas...

—No —dijo Mia—. Los tubos médicos lo son todo. Los está usando para enviar un mensaje. ¿Por qué dejaría los tubos en las escenas si no fuera así? Los asesinos en serie solo dejan pruebas en la escena del crimen si su psicopatología los obliga a hacerlo. Los tubos son un componente vital del *modus operandi* de este asesino y tenemos que centrarnos en ellos.

—Por supuesto —dijo Ella—. Debería haber pensado en eso.

—Imagina que eres nuestro sudes. ¿Por qué no quitarías los tubos como contramedida forense?

—Buen punto. ¿Y por qué se molestaría en estrangularlos si tenía un cuchillo?

—Esa es otra cosa que tenemos que investigar —dijo Mia—. El apuñalamiento seguido de estrangulamiento nos dice mucho sobre este atacante.

Ella esperó a que Mia continuara, pero no lo hizo. Ella tomó las riendas.

—Significa que quiere sentir una conexión personal con ellas. El estrangulamiento es una forma muy íntima de matar a alguien.

—Correcto. ¿Y qué te dice esto sobre los rasgos físicos de nuestro sudes? —preguntó Mia. Se desvió hacia el carril de sobrepaso y aceleró a 140 km/h.

Ella miró el paisaje que pasaba y recordó a asesinos similares del pasado. ¿Qué asesinos en serie históricos utilizaron enfoques similares? John Wayne Gacy, Dennis Rader, Gary Ridgway, Samuel Little, el Maníaco de Danilovsky. ¿Qué tenían en común?

—Podemos asumir que el sudes es un hombre y podemos asumir que está por debajo del promedio en capacidad física.

—¿Por qué? —preguntó Mia.

—Los apuñaló para reducirlos. No confía en su capacidad para contenerlos con fuerza o intimidación. Eso podría sugerir que es pequeño, débil.

—Yo diría que estás pensando en la dirección correcta. ¿Por qué crees que eligió a estas víctimas?

Ella inspeccionó los lugares de la escena del crimen. Ambos cerca de predios vacíos. Ambos en lugares que estarían desiertos por la noche.

—Fueron víctimas de la oportunidad —dijo Ella—. Ambos fueron asesinados por la noche en aparcamientos aislados. Estas víctimas estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Posiblemente —dijo Mia—, pero no podemos afirmarlo hasta que indagemos más. Podrían haber sido elegidos a propósito, pero mi instinto me dice que este sudes tiene como objetivo a miembros de la comunidad médica al azar. La residencia en la que trabajaba Leslie Buddington formaba parte de la misma red de hospitales que Princeton. Intercambian personal. La residencia funciona como un terreno de crecimiento para algunos de los aprendices.

—Entonces, ¿tal vez un paciente descontento? ¿O un compañero de trabajo?

—Ambas ideas son plausibles —dijo Mia—, pero no podemos asegurar nada hasta que sepamos más. Hay otra cosa que debemos considerar también. ¿Qué es?

Ella volvió sobre sus pasos. Lo había cubierto todo. Victimología. Metodología. Rasgos físicos del sudes. Estaba deseando recordarle a Mia lo buena compañera que era, así que se devanó los sesos buscando lo que le faltaba.

Llegó al final del archivo del caso.

Entonces se dio cuenta. ¿Qué venía después de la segunda víctima?

—¿A quién va a atacar después? —preguntó Ella.

El tráfico del sábado por la mañana hizo que el viaje fuera lo más breve posible. No había trabajadores de camino a la oficina, así que solo había gente madrugadora que se dirigía a la playa. Los carteles del Aeropuerto Nacional Reagan de Washington aparecieron a la vista.

—Sí. Dada esta victimología, ¿cuál será su próximo blanco?

Las víctimas en cuestión eran muy diferentes. Un hombre de mediana edad, una mujer de veintitantos años. Diferentes tipos de cuerpo, diferentes lugares, incluso diferentes enfoques en sus ataques. Predecir el siguiente movimiento era casi imposible. Princeton seguramente disponía de un número importante de personal médico al que apuntar.

—Otro miembro de la comunidad médica —dijo Ella—. Es imposible predecir otra cosa.

—Más o menos. Teniendo en cuenta la disparidad en el tipo de víctima, podemos concluir que no se trata de ataques con motivación sexual. Este sudes no es un sádico. Estos asesinatos significan algo totalmente distinto, y hasta que no averigüemos qué, no tenemos ni idea de cuál será su próximo blanco.

Ella guardó el expediente del caso en su bolso y se quedó pensando en la nueva información. Hizo lo posible por olvidarse de Mark y de Tobias. Al menos por el momento. Tenía a Mia a su lado y, si alguien podía mantenerla a salvo, era la mejor agente de campo del FBI.

Y a partir de ahora, no más secretos. Eso fue lo que se había dicho a sí misma. Se vio reflejada en el espejo lateral y vio el

moratón de su mejilla asomando a través del maquillaje. Estiró la mandíbula y sintió el escozor.

Pero ahora no era el momento de decirle a Mia que uno de sus más antiguos colegas era un maltratador. Esa era una conversación para otro momento, si se daba el caso.

—Cuando lleguemos a Nueva Jersey, tenemos que ver la escena del crimen más reciente —dijo Mia—. Averiguar qué está tratando de decir este sudes.

Ella no podía esperar. Era el momento de recordarle a Mia lo valiosa que era como compañera, y de demostrar que su trabajo en equipo podía ser lo que finalmente atrapara a Tobias Campbell. Ella había estado esperando a que Mia le informara sobre las novedades del tema, pero hasta ahora había permanecido callada al respecto.

—¿Qué ha dicho el director sobre Tobias? —preguntó Ella con reticencia.

—Que no es nuestra responsabilidad —dijo Mia.

—¿Qué? No puede ser en serio.

—Eso es lo que dijo el director. Estamos demasiado ligadas al caso. Ahora mismo está en manos de otra persona.

Ella apoyó el codo en la puerta. ¿Esto era bueno? ¿Estaba más segura manteniendo la distancia con Tobias?

—No estoy segura de cómo me siento al respecto —dijo ella.

—Yo lo odio —dijo Mia—. Si deben asignar a alguien para encontrar a Tobias, somos tú y yo. Pero el director es quien manda, así que ¿qué se supone que debemos hacer?

Ella tenía una buena idea de lo que podían hacer.

—¿Podríamos desobedecer su orden? —sugirió. Tan pronto como pronunció esas palabras, sintió que había violado alguna regla tácita. Pero no se arrepintió.

Mia sonrió cuando salieron de la autopista hacia el aparcamiento del aeropuerto.

—Treinta años —dijo Mia.

—¿Treinta años?

—Ese es el tiempo que he obedecido a un director del FBI y, en ese tiempo, ni una sola vez he dicho que no. He hecho todo lo que me han pedido y más. ¿Sabes? Entiendo la posición de Edis. Estamos demasiado vinculadas a Tobias. Nos pondríamos en peligro al perseguirlo.

Ella sintió que se acercaba un pero.

—Absolutamente. Pero nos ponemos en peligro cada semana. Con Tobias o sin él.

—Exactamente —dijo Mia—. Y por eso creo que, por primera vez en treinta años, es hora de romper un poco las reglas.

Ella apretó el puño con entusiasmo. La idea aún le producía ansiedad, incluso después de reflexionarlo durante toda la noche. Se le hacía un nudo en el estómago al pensar en ello.

Pero no tenía otra opción.

—Me apunto —dijo.

CAPÍTULO SEIS

Ella se quedó de pie a las puertas del aparcamiento del hospital y observó la escena del crimen mientras Mia luchaba con algo en la parte trasera del taxi. La cinta amarilla acordonaba todo el aparcamiento y los usuarios habituales habían sido relegados a la calle detrás de ellas, a juzgar por la cantidad de vehículos que había. Más adelante, un grupo de policías rodeaba el lugar donde había tenido lugar el asesinato de la noche anterior.

Ella nunca había estado en Nueva Jersey, pero parecía un lugar hospitalario. Había sido un vuelo rápido de una hora y un viaje de media hora en taxi, pero después del exceso de viajes de las últimas semanas, todas las ciudades empezaban a confundirse.

Mia llegó a su lado con el teléfono pegado a la oreja. Colgó.

—¿Qué te parece esta escena? —le preguntó a Ella.

—No está tan aislada como esperaba —dijo Ella—. Nuestro sudes se arriesgó al atacar aquí. Sobre todo, tan cerca de esta carretera.

—O es muy audaz o está muy desesperado —dijo Mia, y su comentario llamó la atención de un oficial de policía que llegaba.

—Yo diría que es audaz —dijo el oficial. Era un hombre de cuarenta y tantos años, de hombros anchos, estructura fornida y destellos de pelo rubio que perfectamente podrían no existir—. En mi opinión, tiene cojones de acero. Soy Martin Craven, el comisario.

Las agentes le tendieron la mano. Él tenía el apretón más firme sobre la faz de la tierra, casi le sacó el hombro a Ella de lugar. Un buen apretón de manos siempre marcaba el tono, se dijo Ella.

—Soy la agente Ripley y ella es la agente Dark —dijo Mia—. Lamento el retraso en llegar aquí. Fue una mañana ocupada.

—No es necesario pedir disculpas. El cuerpo ha sido retirado pero la escena aún está fresca. Hasta donde sabemos, estuvimos en la escena en una hora, así que la contaminación es mínima.

—¿Puedes informarnos sobre la escena? —preguntó Ella. Sacó su cuaderno de notas, pero era más que nada por el efecto. De todos modos, solía recordarlo todo. El comisario las guio a través de la cinta amarilla hacia el lugar de la muerte.

—Recibimos la llamada sobre las dos de la madrugada. La mujer de la víctima había llamado al hospital cuando su marido no llegó a casa. Uno de los miembros del personal revisó aquí afuera y encontró el cadáver en los arbustos. James Floyd. Uno de los médicos de aquí. Vinimos enseguida.

—¿Cómo era la escena cuando lo encontraron? —preguntó Mia.

—Bastante limpia, teniendo en cuenta la situación. El coche de la víctima estaba cerrado, y la sangre se limitaba a la pequeña zona junto a los arbustos a unos cuarenta y cinco metros.

—Todo el ataque tuvo lugar en los arbustos. El sudes debe haber atraído a la víctima hasta allí.

—¿El sud qué? —preguntó Craven.

—El sudes. Significa sujeto desconocido. Abreviatura del FBI —dijo Ella.

—Entendido —dijo Craven.

—¿Por qué la víctima estaba aquí tan tarde? —preguntó Mia.

—Turno de la noche —dijo Craven—. Terminó justo después de la medianoche. Estimamos la hora de la muerte en torno a las doce y media de la noche a juzgar por el estado del cuerpo, pero tendremos el informe de la autopsia en las próximas horas.

Llegaron al sitio del asesinato. Los arbustos donde había tenido lugar el ataque fueron apartados para darles a los oficiales una visión más clara del terreno. Ella se inclinó e inspeccionó el suelo. Había manchas de sangre seca, algunas de las cuales habían

salpicado el hormigón. Miró hacia arriba y vio una entrada a unos cincuenta metros de distancia.

—Se arriesgó mucho aquí —dijo Ella—. Podría haber habido gente entrando y saliendo por esas puertas de allí.

—Me sorprende que nadie haya oído los gritos. No parece que este tipo haya muerto rápidamente.

—Ese sendero es solo para las ambulancias —dijo Craven—. Yo pensé lo mismo.

Ella se volvió hacia el único vehículo del aparcamiento.

—¿Ese es el coche de la víctima?

—Sí. Hemos buscado huellas en el interior y estamos esperando los resultados. Tenemos la esperanza de que, si el altercado empezó en el coche, el asesino haya apoyado sus manos allí.

—¿Te importa si lo reviso? —preguntó Ella.

—Adelante.

Ella sacó unos guantes de su bolso y se dirigió al sedán negro. Nada parecía fuera de lo normal. Estaba inmaculadamente limpio por dentro y por fuera. No había signos de daños en ninguna parte. Se tumbó en el suelo y comprobó los neumáticos. Si el asesino había elegido a propósito a James Floyd por la razón que fuera, existía la posibilidad de que hubiera dañado su vehículo de alguna manera.

No había neumáticos rajados. Nada alojado en el escape. Todo apuntaba a que se trataba de un ataque al azar.

Pero cuando inspeccionó el hormigón bajo el coche, vio algo.

Metió la mano por debajo y trató de alcanzar lo que parecía la pata de una mesa. Ella la capturó entre las yemas de los dedos y la sacó de debajo. Vio a Mia al otro lado del aparcamiento.

—¿Qué es eso? —gritó Mia.

—Ni idea —dijo Ella. Era un trozo de madera rectangular. Ella lo palpó y descubrió que uno de los bordes estaba pegajoso, como si le hubieran puesto pegamento. Se lo llevó a Mia y a Craven—. Esto estaba debajo del coche de la víctima. Parece un lugar bastante extraño para dejar un trozo de madera.

—Llévaselo a los forenses —dijo Mia—. Nuestro asesino podría haber intentado dificultar la huida de la víctima sabotando su coche.

Mia se lo pasó a Craven que se llevó el objeto.

—Esta es una escena del crimen extraña, Ripley —dijo Ella—. No puedo encontrarle sentido a esto. Parece realmente inconexo, como si nos faltara algo que lo conecte todo.

—Me pasa lo mismo. ¿Por qué nuestra víctima estaba aquí en estos arbustos? ¿Por qué nadie escuchó el ataque? Y por qué nuestro asesino se arriesgaría a llevar a cabo este crimen en el exterior de un edificio lleno de gente. Esto no facilita la elaboración de un perfil, para ser honesta.

Ella estuvo de acuerdo. No había más respuestas que pudieran encontrar aquí, pensó. Tenían que intentar otra vía.

—¿Y si vamos a inspeccionar los cuerpos en la morgue? ¿Tal vez podamos encontrar algo que los forenses hayan pasado por alto?

Mia guardó su libreta y sacó unas gafas de sol. Se acomodó el pelo y se las puso. Como todos los que se ponen gafas de sol por primera vez, las probó mirando directamente al sol. Un extraño capricho de la psicología humana, se dijo Ella.

—Nunca me pareció que fueras una persona que usara gafas de sol —dijo.

—No lo soy. Pero tampoco soy una persona a la que le guste el sol. Vamos, hagamos una visita a la oficina del forense. Tú conduces.



Ella se subió al bordillo de la acera de la oficina del médico forense del condado de Mercer, en la Avenida Livingston, ante la consternación de la fila de tráfico que había detrás de ella.

—Aparca aquí mismo —dijo Mia. No solía ser una gran copilota, pero había molestado a Ella durante todo el viaje. Ella supuso que el

sol radiante había aumentado los niveles de irritación de Mia. Aunque, había que reconocer que la humedad era un factor de distracción.

Las agentes salieron del coche y entraron en un gran vestíbulo. Había un silencio espeluznante. Sus pasos resonaron en la sala como disparos atenuados hasta que se acercaron al mostrador de recepción vacío. Unos segundos después, una joven rubia se apresuró hacia ellas.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó.

Mia mostró su placa.

—Tenemos una cita con el doctor Morris a la una de la tarde.

La recepcionista tecleó en su ordenador.

—Está listo para recibirlas. Sala 7B a su derecha. —Les pasó los cordones de seguridad a ambas y señaló en la dirección detrás de su escritorio. Las agentes se dirigieron al pasillo y encontraron la sala en cuestión. Mia llamó con fuerza tres veces.

Un médico enmascarado abrió inmediatamente. Incluso detrás de su equipo de protección, Ella pudo percibir la radiante sonrisa del hombre. Había conocido a muchos médicos forenses durante su tiempo en el campo y siempre parecían ser personas muy felices. Tal vez el hecho de tratar con la muerte a diario tuviera alguna propiedad de reafirmación de la vida.

—Entren —dijo el hombre, abriendo la puerta—. Soy el doctor Morris. Ustedes deben ser las agentes de las que me habló Craven.

—Agente Dark y agente Ripley —dijo Ella—. Gracias por recibirnos tan rápido.

El forense se quitó la máscara y la cofia, y se sacudió una melena de pelo largo y castaño. Tenía un rostro escultural y unos ojos tan verdes que podrían provocar un accidente de tráfico. En otras circunstancias, habría sentido una punzada de atracción, pero Mark casi le había agotado sus recursos en el área. El mero hecho de pensar en un romance le quitaba el aliento.

—Es un placer. ¿Por dónde quieren empezar, damas?

—James Floyd. ¿Has terminado tus pruebas en el cuerpo? —preguntó Mia.

—Lo he suturado literalmente hace unos minutos. Tomen. —Se dirigió a uno de los armarios contra la pared del fondo, lo destrabó y sacó el cuerpo del médico—. Extrañas circunstancias, especialmente para una víctima de homicidio.

El cuerpo de James Floyd había adquirido un color amarillo. Se le había contraído la piel contra el hueso y se le habían hundido los globos oculares, lo que le daba un aspecto de esqueleto recién fallecido. Ella lo había visto muchas veces en el pasado, pero seguía dándole impresión cada vez. No retrocedió ante la visión física, sino ante lo que representaba: una pérdida innecesaria. Este pobre hombre tenía una familia y se ganaba la vida ayudando a la gente. Ahora estaba en una mesa de autopsias, muerto antes de tiempo.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Mia.

El doctor Morris tomó un puntero largo y señaló el estómago de la víctima.

—Una laceración a través del abdomen que perforó el intestino delgado de la víctima. Esto por sí solo fue suficiente para matar a la víctima, y lo más probable es que la dejara incapacitada para moverse. Su atacante tenía a esta persona a su merced basándose solo en esto.

—¿Pero lo mató por estrangulamiento? —sugirió Ella.

—Dale un cigarro a esa mujer —dijo el doctor Morris—. La causa real de la muerte fue la asfixia, provocada por la compresión del cuello, y el fallo del diafragma y los músculos intercostales. Ahora, aquí es donde las cosas se ponen un poco extrañas. A juzgar por la inflación de los pulmones de este hombre, no fue estrangulado una sola vez. Fue estrangulado una y otra vez.

Ella no estaba segura de haberlo escuchado bien o de que tuviera sentido.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Cuando el cuerpo no puede tomar oxígeno fresco, los pulmones se inflan para retener todo el oxígeno residual que

puedan. Lo vemos sistemáticamente en personas que han muerto ahogadas o ahorcadas. Los pulmones están aproximadamente un centímetro más expandidos de lo normal. Pero en el caso del Sr. James Floyd, tiene los pulmones el doble de hinchados.

—¿Cómo es posible? —preguntó Mia—. Nunca he oído eso en mi historia en las fuerzas del orden.

—Porque es raro. He leído sobre ello en los libros de texto de medicina, pero es la primera vez que lo veo en persona. De hecho, tuve que llamar a mi antiguo profesor cuando lo encontré para corroborarlo con él. Aparentemente era común en los campos de concentración nazis. Cuando los aliados encontraban a las víctimas de las torturas que no habían sido incineradas, los que habían sido ahogados tenían los pulmones hinchados y de tamaño anormal, porque habían sido llevados al límite, los habían levantado para tomar aire y los habían vuelto a ahogar.

Esto era mucho para asimilar. Ella aún no estaba segura de lo que significaba.

—Doctor Morris, ¿estás diciendo que este asesino estranguló a la víctima, luego la resucitó y la volvió a estrangular?

—Sí, eso fue exactamente lo que hizo. Cada vez, los pulmones se agrandaron porque estaban preparados para el ataque que se avecinaba. En combinación con la parálisis de la herida del estómago, este hombre murió en una agonía extrema e inimaginable.

Ella se quitó las gafas y dio un paso atrás. Necesitaba un momento para procesar la nueva información. Tampoco era necesario el lenguaje descriptivo de Morris.

—Dios mío —dijo Mia.

—Lo siento —dijo Morris—. Odio ser el portador de malas noticias. Espero no haberlas perturbado.

—Lo entendemos —dijo Mia—. Nuestro asesino realmente quería que esta persona sufriera. Eso es algo que no esperábamos. Lo perfilamos como un asesinato al azar, pero ahora eso parece

demasiado simple. ¿Cuánto tiempo habría durado este proceso, doctor?

—Alrededor de cuatro o cinco minutos según mi estimación. Ciertamente no fue rápido. El tubo médico que estaba presente en la escena era simplemente un teatro. No tuvo impacto en la muerte de James Floyd y probablemente fue colocado allí *post-mortem*.

Esto arrojaba al sudes en una perspectiva totalmente nueva. Esto fue un acto de sadismo más que de conveniencia. Este fue un brutal asesinato inhumano que exigía una reevaluación del perfil.

—¿Qué hay de la primera víctima? —preguntó Ella.

El doctor Morris cubrió el cuerpo de James con una sábana y luego abrió el siguiente armario de la fila. Sacó el cadáver de la víctima número uno.

—Leslie Buddington —dijo Morris—. En la superficie, un simple asesinato, pero en realidad es bastante complejo una vez que se escarba más allá de la superficie.

Ella no estaba segura de cómo debía sentirse ante esta revelación. Si este asesino era en realidad más polifacético de lo que esperaban, significaba que tenían más posibilidades de entender su psicopatología. Era mejor en términos de comprensión, pero los asesinos complejos suelen cometer menos errores que sus homólogos desorganizados.

El doctor Morris movió su puntero hacia la zona de la ingle de Leslie.

—La arteria femoral. El vaso sanguíneo que mantiene el funcionamiento de la parte inferior del cuerpo. ¿Están familiarizadas con ella?

—Sí —dijo Mia.

Ella asintió. Había oído hablar de ella, pero eso era todo. Sin duda Morris la instruiría.

—Bueno, su atacante realmente perforó la arteria femoral de Leslie con un solo golpe. Eso no es fácil de hacer.

—¿Sugiere conocimientos médicos? —preguntó Ella.

—Posiblemente. O eso o fue un golpe de suerte. Ahora, esta es la cuestión. Al igual que James Floyd, este ataque habría incapacitado a Leslie. Si la hubiera dejado en paz, habría muerto en un minuto.

Ella percibió un patrón.

—Pero no lo hizo.

—Pero no lo hizo —confirmó Morris—. La cantidad de sangre que derramó fue suficiente para haberla matado tres veces, pero de alguna manera, Leslie se mantuvo viva durante varios minutos.

Por la expresión que Mia tenía en la cara, incluso a ella le costaba procesar los detalles.

—¿Cómo lo sabes, doctor? —preguntó.

Morris se acercó a la pantalla de su computadora y la giró para mostrarla a las agentes. Desplegó una carpeta de imágenes y abrió una. Mostraba un órgano interno marrón y con costras. Ella se esforzó por saber exactamente de qué órgano se trataba.

—Este es su corazón —dijo Morris—. No se parece a ningún corazón que hayan visto antes. ¿Ven estas llagas aquí? ¿Y estas pequeñas marcas negras? Eso es por el exceso de trabajo y la deshidratación. Sin sangre para lubricarlo, el corazón y la mayoría de los otros órganos internos se deshidratan muy rápidamente.

—Espera —dijo Mia—. Estoy confundida. ¿Así que este asesino desangró a la víctima, y de alguna manera la obligó a que el corazón siguiera bombeando, a pesar de que no había sangre que bombear?

—Bastante parecido —dijo Morris, volviendo al cuerpo de Leslie.

—¿Cómo diablos pudo hacer eso? —preguntó Mia. Ella estaba luchando contra una abrumadora sensación de malestar.

—Encontré algo bastante extraño dentro de ella. Un... —Morris buscó la palabra adecuada—. Un cóctel.

—¿Drogas? —preguntó Ella.

—Medicamentos. Morfina, epinefrina, en cantidades concentradas de sal y azúcar.

Ella trató de acomodar las piezas, pero no pudo formarse una imagen precisa. ¿Por qué una mujer sana de 29 años tendría

morfina en su organismo?

Mia se llevó las manos a la cadera y miró entre la fotografía del cuerpo y la del corazón.

—¿Has encontrado alguna marca de aguja en algún lugar?

El doctor Morris pasó el puntero por la caja torácica de Leslie y luego lo dirigió al corazón en la pantalla del ordenador. Ella se acercó y vio una pequeña marca en el pecho izquierdo.

—Volvió a hacer lo mismo —dijo Ella con incredulidad—. La desangró y luego la reanimó. Le inyectó adrenalina en el corazón.

—Ciertamente, eso es lo que parece. Le asestó el golpe mortal por estrangulamiento. Todavía se pueden ver las marcas alrededor del cuello donde envolvió el tubo médico.

Ella ya lo había visto en ambas víctimas. Un círculo blanco alrededor de las gargantas, como un collar translúcido.

—Ripley, esto es increíble. Jugó con estas víctimas como si fueran juguetes. Lo contrario de todo lo que pensábamos.

Mia tenía una expresión de desconcierto. Era evidente que estaba tan perdida con este sudes como Ella.

—Tienes razón. Esto es puro sadismo, y todavía hay muchas cosas que no entiendo del todo. —Mia volvió a guardar sus pertenencias en su chaqueta—. Doctor Morris, gracias por tu ayuda. ¿Podrías enviar todas las fotografías a Martin Craven en la policía de Nueva Jersey, por favor?

—El comisario. Lo haré —dijo Morris—. Si me encuentro con algo más, se los haré saber enseguida.

Ella no podía quitarse la imagen de la cabeza. Esas pobres víctimas llevadas al borde de la muerte solo para satisfacer los impulsos homicidas de algún maníaco. Leslie y James deberían seguir viviendo sus vidas, cuidando a los necesitados, pero ahora estaban guardados en un gabinete hasta que la cremación eliminara sus restos de este mundo.

El teléfono de Mia sonó. Leyó la pantalla.

—Vamos Dark, nos han dado permiso para visitar a la esposa de James.

Vamos.

Ella agradeció al médico y salió al pasillo. El olor a limón era un cambio agradable con respecto al fluido médico y la putrefacción, pero Ella sabía que esas imágenes no abandonarían su mente pronto.

De repente, Tobias Campbell parecía estar a un millón de kilómetros de distancia. Solo pensaba en atrapar al psicópata responsable de estos crueles actos de barbarie.

CAPÍTULO SIETE

Treinta minutos después, Ella y Mia se detuvieron frente a la casa de James Floyd en la zona de Rosedale, en Princeton. Ella pensó que debía de ser el barrio más caro que había pisado en su vida. Con solo mirar los *bungalows* empedrados y las granjas junto al lago, ya se sentía como una forastera. Este era un lugar para la élite.

—Apuesto a que por aquí hay auténticos personajes —dijo Mia.

—Estoy de acuerdo. Diría que estamos entre las altas esferas de la sociedad.

—Aquí —dijo Mia, mientras señalaba la casa número 406. Una verja de madera conducía a un inmenso césped que cubría más terreno que todo su complejo de apartamentos. La hierba había sido modelada, como en un campo de fútbol.

Condujo y aparcó frente a la puerta de la casa de tres pisos, y su atención se centró en el balcón del último piso que se extendía a lo ancho de la casa. Vio tumbonas y un televisor exterior gigante. Cómo vive la otra mitad, se dijo.

Una mampara de cristal bloqueaba la entrada al porche. Las agentes bajaron del coche, tocaron el timbre y esperaron. Unos segundos después, las puertas se abrieron automáticamente.

—Adelante —dijo una mujer.

Ella y Mia siguieron el camino hacia el interior. Ella se resistía a poner las manos en cualquier cosa, incluso en los pomos de las puertas, por miedo a alterar la impecable armonía que se exhibía. Entraron en un salón y encontraron a una mujer castaña de mediana

edad debajo de una manta sentada en un sofá de cuero blanco. Por las mejillas le corría un delineador de ojos negro.

—¿Sra. Floyd? —preguntó Mia.

—Julie, por favor. Tomen asiento —dijo ella. Julie se quitó la manta y la apiló a su lado. Se enderezó, apenas esquivó las botellas de vino vacías que tenía a sus pies. Se frotó los ojos para quitarse las lágrimas y se embadurnó de maquillaje.

Las agentes se sentaron al otro lado de la sala en un largo sofá. Ella admiraba el immaculado salón delantero mientras Mia tomaba las riendas. Había un largo estanque de peces, algo así como un acuario, que recorría una de las paredes. Junto a ellas, algunos de los premios de James colgaban de la pared. «Ganador del Programa de Reconocimiento a los Mejores Médicos de Nueva Jersey 2019», declaraba uno de ellos.

—Por favor, acepta nuestras condolencias. Lamentamos que tengamos que encontrarnos en estas circunstancias.

—Lo entiendo. Por favor, que sea rápido.

—Tu marido parecía un individuo muy consumado —dijo Ella.

—Lo era —espetó Julie—, y eso no es hacerlo rápido. ¿Qué quieren saber?

Había pretendido calmar a Julie. No había funcionado. Ella ya había aprendido que las entrevistas con los deudos nunca seguían un formato.

—Lo siento. ¿Podrías hablarnos de James? ¿Cómo era como marido? ¿Cómo era su relación?

—Bien. Este mes cumplimos 22 años de casados. Nunca tuvimos ningún problema en todo ese tiempo.

Ella no se lo creía, pero si había algún problema en la relación, acabaría surgiendo. Siempre lo hacían.

—¿Qué tal su vida laboral? —preguntó Mia.

—James trabajaba mucho —comentó Julie encogiéndose de hombros—. Siempre ha sido muy dedicado. Pero es un médico, ¿qué esperabas? No podía salir a las cinco como todo el mundo.

—Por supuesto. ¿Eso alguna vez supuso un problema? —preguntó Mia.

—No. Nunca. No me importa el tiempo que tenga que pasar en el consultorio. Tenemos suficiente tiempo juntos.

Ella se acomodó en el sofá. Estas cosas se veían de maravilla, pero eran una pesadilla para la columna vertebral. Ella decidió sacar las preguntas difíciles del camino. No parecía que Julie fuera a sentirse cómoda con ella.

—¿James tenía algún enemigo? ¿Tal vez un compañero de trabajo? ¿O algún paciente al que hubiera molestado recientemente?

Julie tocó la manta a su lado. Se agachó y cogió una botella de vino, la agitó y la dejó caer cuando se dio cuenta de que estaba vacía.

—Tenía problemas, sí. Pero ¿no los tiene todo el mundo en ese tipo de trabajo?

—¿Problemas cómo qué? —preguntó Mia.

—No sé los detalles —dijo Julie—. Él no entraba en detalles. Simplemente llegaba a casa quejándose de que alguien lo había maltratado. Por lo general, cuando tenía que dar malas noticias. Decía que se había acostumbrado con los años, pero no creo que lo hiciera. Solo trataba de aparentar por mí. —Julie se cubrió la cara con el antebrazo, para mantener a raya las nuevas lágrimas.

—¿Y qué hay de los compañeros de trabajo? ¿Alguien con quien James no se llevara bien? —preguntó Ella.

—No. Lo querían. Era uno de los pocos médicos de ese hospital al que le importaban las cosas.

—¿Qué quieres decir? —dijo Mia.

—James se tomaba su tiempo con sus pacientes. Conectaba con ellos. Incluso después de que dejaran de estar a su cuidado, los llamaba para ver cómo estaban. Ningún médico jamás hizo eso por mí.

Ella sintió un repentino y nuevo respeto por su segunda víctima. Tampoco había conocido a un médico que hiciera eso antes.

—Pero no sé qué más quieren que les diga —continuó Julie—. James era un santo. Nunca tuvo problemas serios. Una vez fue demandado por la familia de un paciente, pero no prosperó.

—¿Recuerdas por qué lo demandaron? —preguntó Mia.

—Negligencia o algo así. Algo relacionado con los cuidados al final de la vida. Pero fue hace años.

Ella tomó nota para investigarlo. Alguien podía seguir guardando rencor años después. Especialmente alguien tan sádico como su sudes.

—Bien, lo comprobaremos —dijo Mia—. Sentimos haber tenido que entrometernos así, pero tu información podría ayudarnos a atrapar a quien hizo esto.

—¿Cómo? ¿Cómo podría ayudar esto? —dijo Julie. Se tumbó en el sofá y cogió el mando a distancia. Subió el volumen de la televisión. Algún programa de concursos diurnos. Ella lo veía regularmente en los afligidos: distraerse con la tele basura hasta que se calmara el dolor. Era un remedio barato pero que daba resultados. Ella misma lo había hecho algunas veces.

—A veces son las pequeñas cosas —dijo Ella—. Algo tan tenue como un incidente menor de décadas atrás ha ayudado a atrapar asesinos en serie en el pasado.

En cuanto pronunció el término supo que había cometido un error.

—¿Asesino en serie? ¿Quieres decir que hay otros además de James? —preguntó Julie conmocionada.

Ella se volvió hacia Mia y esperaba ver aquella cara familiar de decepción. No estaba allí. Mia parecía indiferente.

—Los hay —dijo Mia—. Una más. Una mujer de una residencia de ancianos local. Asesinada de la misma manera que James.

Julie se levantó como un resorte desenrollado.

—¿Quién? ¿Qué residencia de ancianos? —Parecía más preocupada por esta nueva información que por el hecho de que su marido había sido asesinado esa mañana.

—No podemos hacer pública esa información —dijo Mia.

—¿Pública? Yo no soy el público. Soy tan víctima como cualquiera.

—Aun así, estaríamos poniendo en peligro la investigación si...

—¿Fue la residencia de ancianos Tower Lodge?

Ambas agentes se quedaron calladas por un segundo. Cruzaron una mirada. ¿Cómo lo sabría Julie? ¿Suposición afortunada?

—¿Qué te hace pensar que era Tower Lodge? —preguntó Ella.

Julie huyó a otra habitación y dejó a las agentes solas. Regresó segundos después con una fotografía enmarcada y la arrojó al regazo de Ella. Mostraba a ocho personas de pie junto a una piscina, frente a una casa de vacaciones en el campo.

Ella estuvo a punto de dejar caer la foto cuando vio dos caras conocidas.

—Dios, Ripley, mira.

Mia ya lo había visto. James Floyd estaba de pie al frente y en el centro, y Leslie Buddington estaba a su derecha.

—Julie, ¿dónde se tomó esta foto? —preguntó Mia.

—Hace unos meses, James fue invitado a un retiro con los trabajadores de Tower Lodge. Una especie de seminario. No sé de qué exactamente. Y cuando James volvió de allí, estaba... diferente.

—¿Diferente? —preguntó Ella.

—Como si ya no quisiera ir a trabajar. Antes le encantaba ir, trabajar duro, salvar vidas. Después de ese retiro, fue como si hubiera perdido su pasión.

Ella escaneó los otros rostros en la fotografía. Aparte de James y Leslie, había otras cuatro mujeres y dos hombres, todos con sonrisas.

—¿Cómo es que no mencionaste esto antes? —preguntó Mia.

Julie se frotó la frente.

—En realidad nunca pensé en eso en un principio. James estaba cerca de la jubilación de todos modos, pero luego mencionaste la residencia de ancianos y se me vino todo a la cabeza.

—Julie, ¿podemos quedarnos con esta foto? —preguntó Ella.

—De acuerdo. La otra víctima es uno de ellos, ¿no?

No más secretos, eso es lo que Ella se había dicho a sí misma. No importaba si era para Mia o para cualquier otra persona.

—Sí, lo es —dijo ella—. Esta chica rubia a la derecha de James.

Julie se acurrucó de nuevo en el sofá y dirigió su atención a la televisión.

—Bien. Por favor, déjenme en paz ahora. Hagan su trabajo y atrapen a esta persona.

—Lo haremos —dijo Mia—, gracias por todo. —Se despidieron y volvieron a subir al vehículo. Ella no podía dejar de mirar la foto, pues cualquiera de esas personas podría ser la próxima víctima o su asesino.



Ella programó el GPS de vuelta al hospital Princeton. Como ya era entrada la tarde, tendrían la oportunidad de hablar con parte del personal que trabajaba hasta altas horas con James. Mia atendió una llamada telefónica a su lado, pero no dijo mucho. Sin embargo, Ella pudo oír la voz estruendosa de Edis al otro lado de la línea.

Aprovechó el viaje para ordenar sus pensamientos, pero no estaba muy segura de por dónde empezar. Lo más urgente e importante a tratar era que el perfil de este asesino estaba completamente equivocado. No se trataba de asesinatos rápidos y, a juzgar por la nueva fotografía, tampoco podrían haber sido víctimas de la oportunidad. James y Leslie podrían haber sido atacados a propósito, pero ¿por qué razón? ¿Por qué alguien querría vengarse de dos personas que habían dedicado su vida a ayudar a los demás?

Luego estaba el extraño método de asesinato. Someter, matar, revivir, repetir. Era un *modus operandi* muy específico y que solo había sido utilizado por un asesino en serie histórico que ella recordara. El asesino en serie Rodney Alcala estrangulaba a sus jóvenes víctimas femeninas hasta el borde de la muerte y luego las resucitaba, para luego estrangularlas aún más. Hasta donde ella

sabía, ningún otro asesino había incorporado esta forma de tortura a su metodología. E inyectar sustancias químicas a alguien para mantenerlo con vida era algo completamente inaudito para los estándares históricos de los asesinos en serie. Justo cuando pensaba que lo había visto todo, llegó alguien y llevó las cosas aún más lejos.

Peor aún, su sudes había cometido estos actos en público. Normalmente, los torturadores sádicos buscaban lugares privados para poder tomarse todo el tiempo que necesitaran y saborear la crueldad.

Luego, la fotografía. Dos víctimas en el mismo lugar. Había una posibilidad de que fuera una coincidencia, pero la única regla que le habían inculcado era que los detectives no podían creer en las coincidencias.

Mia terminó su llamada con un «de acuerdo, gracias» frustrado y se volvió hacia Ella. Metió la mano en el asiento trasero y sacó la foto que Julie les había dado.

—Esto es raro. ¿Qué te parece?

A Ella le interesaba más su conversación con Edis, pero no quería forzar las cosas. Preguntaría cuando le pareciera oportuno.

—¿Coincidencia? ¿Ataque selectivo? No sé qué pensar ahora mismo.

—Quiero centrarme en el vínculo entre las dos víctimas por el momento. Y tenemos que averiguar quiénes son las personas de esta fotografía, porque podrían ser los siguientes.

—O uno de ellos podría ser nuestro sudes.

—Quizás, pero ninguno de ellos parece encajar en el perfil físico. Sigo pensando que este sudes es un hombre pequeño y débil, y los hombres de estas fotos parecen bastante fornidos. Pero tienes razón, hay que asegurarse igualmente.

Ella decidió enturbiar las aguas. No estaba convencida de que fuera tan sencillo como Mia afirmaba.

—Pero si nuestro sudes tuvo la capacidad de resucitar a Leslie Buddington al clavarle una aguja en el corazón, ¿no sugeriría eso que tenía una fuerza decente? Penetrar la caja torácica no es fácil.

Además, ahora sabemos que los apuñalamientos iniciales no eran solo para tener el control, sino para prolongar la supervivencia de la víctima, pero mantenerla incapacitada.

Mia volvió a ponerse las gafas de sol e inspeccionó de nuevo la foto.

—Buen punto, Dark. Por eso te tengo cerca. Podrías haber dado con algo ahí.

Ella aceptó el elogio. Después de haber contrariado a la última entrevistada, se sentía un poco abatida. Pero tuvo que recordarse a sí misma que este trabajo era una corriente constante de altibajos. La única manera de procesar las cosas era aceptar las subidas con las bajadas.

—Gracias. Una vez que estemos en el hospital, iremos a la residencia de ancianos e identificaremos a estas personas.

Mia tecleó furiosamente algo en su teléfono. Ella aprovechó la oportunidad para llevar la conversación en otra dirección.

—¿El director tenía alguna noticia? —preguntó.

Mia tardó un momento en responder. El silencio flotaba en el aire como una hoja de guillotina a punto de caer.

—Nada todavía. Nadie ha visto a Tobias. No hay información sobre su paradero. Ha desaparecido en las sombras. Edis ha asignado otros agentes al caso ahora.

—¿Cómo es posible? —preguntó Ella—. ¿Las cámaras de seguridad no captaron la dirección a la que se dirigió? Seguro que el hospital tenía cámaras en el exterior.

—Sí que las tenía. Lo captaron saliendo por la puerta delantera y entrando en un todoterreno negro. Sin matrícula. Así que podría estar en cualquier sitio.

Ella se imaginó la escena. En realidad, no sabía cómo había escapado Tobias porque Mia no le había revelado los detalles.

—Ripley, ¿puedes decirme cómo se escapó? Necesito saberlo por si tuvo algo que ver conmigo.

—¿Algo que ver contigo?

El hospital de Princeton apareció a la vista al final de la colina. Ella esquivó el tráfico y se introdujo en el aparcamiento.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Y si yo le dije algo que le ayudó a escapar? O si me lo hubiera presagiado de alguna manera. Ya sabes cómo le gusta jugar.

—Fingió una enfermedad. Disminuyó su pulso. No me preguntes cómo.

Ella sabía exactamente cómo. Lo sabía porque Tobias se lo había mencionado una vez y sintió que tenía la obligación de decírselo a su compañera.

—Es un truco de magia —dijo.

—¿Magia?

—Sí. Una ilusión. O explotación de reconocimiento de patrones, como él lo llamaba.

Mia no respondió. Se limitó a mirar por la ventana. Ella sintió que había cruzado un límite, pero seguramente era mejor ser cien por ciento transparente con su compañera.

—¿Cómo? —preguntó finalmente Mia.

—Te pones algo en la axila y eso detiene el flujo de sangre hacia el pulso radial. Hace que parezca que te estás muriendo.

—Maldita sea —dijo Mia—. Encontraron una bolita en la escena del crimen. No tenían ni idea de dónde venía o por qué estaba allí.

—¿Escena del crimen? —preguntó Ella—. ¿Qué quieres decir?

Mia dudó un poco mientras Ella aparcaba el coche frente a las puertas del hospital. Apagó el motor y se volvió hacia su compañera, que evitaba el contacto visual.

—¿Ripley? ¿Qué escena del crimen?

Mia se quitó las gafas de sol y se frotó la cara.

—Mira, no quería contarte esto, Dark, porque sé cómo te lo vas a tomar.

Ella apretó las llaves con tanta fuerza que le cortaron la piel.

—¿Decirme qué? Por favor, necesito saberlo. Esto me involucra tanto como a los demás.

—Te tomas las cosas como algo personal, novata. Necesito tu atención en este caso, no en Tobias, ¿de acuerdo?

Ella se negó. Tenía derecho a saber lo que pasaba. Si tenía las manos manchadas de sangre, lo aceptaría, por muy doloroso que fuera.

—Ripley, no voy a salir de este coche hasta que me lo digas. ¿Tobias mató a alguien?

Mia revisó su teléfono de nuevo, parecía que estaba dilatando las cosas.

—Tres personas. Mató a tres personas.

Ella abrió la puerta del coche de un empujón y sacó la cabeza. Necesitaba aire o iba a vomitar. Se llevó el antebrazo al estómago para contener la bilis.

—¿Tres personas? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Cómo? ¿Quiénes eran?

—Guardias de la prisión de Maine. Y una enfermera —dijo Mia.

Ella se bajó disparada del coche, se incorporó y se apoyó en él. Estas tres víctimas murieron por su culpa. Fue ella quien sacudió la jaula y liberó a la bestia que había dentro y, por lo tanto, era responsable de todo lo que sucedió después. Le empezó a dar vueltas la cabeza y estaba segura de que, en cualquier momento, el café de la mañana acabaría en el suelo.

—Te lo dije, Dark. No es tu culpa. No puedes responsabilizarte de las acciones de un psicópata. —Mia cerró la puerta de golpe y fue a su lado—. Lo visitaste. Eso fue todo. No abriste su celda. Tobias debe haber estado planeando esto durante mucho tiempo. No tiene nada que ver contigo.

—Eso no lo sabemos —gritó Ella—. Podría haber sido completamente por mí. Es obvio que quiere matarme y eso lo motivó a escapar. Yo soy el catalizador de todo esto.

Ella quería meterse en el coche, conducir hasta Maine y recorrer cada centímetro de ese estado hasta encontrarlo.

Pero no podía. Al menos no todavía.

—Nos ocuparemos de esto más tarde —dijo Mia—. Vamos, necesito que te concentres. Si tu mente está en otro lugar, nunca podremos atrapar a este asesino. Ahora, ¿estás conmigo o no?

Ella se recompuso. Algunos transeúntes miraron a las agentes con desconfianza. Ella los ignoró.

Mia tenía razón. Encontrar a un asesino ya era difícil, encontrar a dos era imposible.

—Estoy contigo. Un asesino a la vez.

CAPÍTULO OCHO

Estaba sentado en un banco junto a un río, mirando el rascacielos en la distancia. Hoy era la primera vez en 16 años que olía el aire fresco de la mañana y era tan repugnante como en aquel entonces. Pero, aun así, le gustaba estar allí. No había pasado nadie por delante de él en horas, solo caballos vagabundos de la granja más adelante. Eso estaba bien para él. Se quedaría unas horas más allí y luego buscaría un lugar donde esconderse cuando se hiciera de noche.

Este era un mundo diferente al que recordaba. Aunque su experiencia había sido limitada hasta el momento, la gente actual parecía mucho más complaciente, menos intrusiva. Ese viejo espíritu rebelde tan común en su época parecía no existir. Había caminado por calles concurridas con la capucha puesta y ni una sola persona lo había mirado dos veces. Lo que había en sus teléfonos móviles debía de ser increíblemente importante, ya que casi nadie levantaba la vista de ellos. Incluso el guardia de seguridad, cuando había salido de la tienda con los bolsillos llenos de comida, estaba pegado a la pantalla de su teléfono.

Pero eso solo facilitó un poco su tarea. Tenía todo lo que necesitaba hasta el momento. Un lugar para esconderse. Un lugar para dormir. Suficiente sustento para sobrevivir. Tenía amigos en los lugares adecuados, incluso algunos que pudieron transportarlo de Maine a Washington en cuestión de horas. Lo habían trasladado en la parte trasera de una furgoneta como si fuera un cargamento militar vital, lo habían dejado y le habían dado la ubicación de los

lugares seguros de la ciudad. Hasta ahora no los había necesitado, pero quizá tuviera que recurrir a ellos cuando cayera la noche.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que las autoridades se le echaran encima? ¿Qué medidas había establecido el FBI para meterlo entre rejas? No había recibido aún su información, ya que no tenía forma de recibirla. Uno de sus contactos le había ofrecido un teléfono móvil, pero lo rechazó por previsión. Si tenía señal, eso significaba que podían rastrearlo. Sabía que, si lo atrapaban de nuevo, sería un viaje sin escalas a la horca. No iban a arriesgarse a encerrarlo. Directo a la tumba, con secretos y todo.

Y eso perfectamente podría ocurrir. No era tan ingenuo como para creer que podría evadir que lo detectaran por el resto de su vida. Incluso con todos sus discípulos y sus colaboradores clandestinos, alguien, en algún lugar, lo reconocería. Entonces los policías ansiosos se le echarían encima como una mosca al excremento, y lo llevarían de vuelta a la celda de cristal o le meterían una bala en la cabeza allí mismo. No tenía ningún deseo de vivir en soledad el resto de sus días porque aquello sería igual que estar en la cárcel. Iba a vivir su vida, a hacer las cosas que siempre había planeado y, sobre todo, a corregir todo lo que había salido mal.

Lo primero y más importante era la mujer de su vida. La espina que tenía clavada. La mujer que lo había provocado para que finalmente pusiera en marcha su plan de fuga y volviera al mundo exterior. Llevaba mucho tiempo desarrollándolo, pero la idea de arrancarle la cabeza del cuello lo impulsó a adoptar nuevas cotas de determinación.

Hacía solo unas horas que la había visto en carne y hueso por tercera vez. Ahora que estaba fuera de los confines de su celda, las cosas se sentían un poco diferentes. Como dos viejos amigos que se encuentran milagrosamente lejos de su casa. Esta vez, nada le impedía acercarse a ella y tocarla, sentir el contacto con la piel de ella, y la idea le producía ondas estimulantes en todo el cuerpo. En este nuevo escenario, casi sintió una conexión con ella. La había

visto en su hábitat natural, en su día a día, relacionándose con lo que él suponía que era su novio. Aunque podía sentir que la existencia de ella y la suya eran probablemente comparables, no sentiría nada cuando acabara prematuramente con su vida. Era una necesidad, una parte del juego que había planeado.

Pero esa no era la persona que él quería. La señorita Dark era solo un peón sacrificable en su juego. Y si arrancarle las extremidades aumentaba el tormento de su verdadero objetivo, era un paso necesario en el proceso.

La señorita Dark moriría, y aprendería las verdaderas dimensiones de las que era capaz la mente psicópata, tal y como ella quería. ¿No había ido originalmente a verlo para aprender exactamente eso?

Sí, ella moriría como estaba previsto, pero el verdadero objetivo, y siempre lo había sido, era la agente Mia Ripley.

CAPÍTULO NUEVE

Ella y Mia se separaron en el hospital para cubrir más terreno. Ella había hablado con unas quince personas en una hora y ninguna tuvo nada malo que decir sobre James Floyd. Parecía ser universalmente querido en todo el hospital Princeton, y más aún con los pacientes que llevaban mucho tiempo a su cargo.

Se sentó en el despacho de James Floyd, estaba desocupado por respeto a su reciente fallecimiento. Su escritorio era un amasijo de papeles y artículos de papelería, lo que le recordaba a Ella la pila de documentos que había dejado en el suelo de la sala de estar de su casa. Los hojeó distraídamente. Había una fotografía de James y Julie junto a su teclado. Ella rebuscó un poco en sus cajones y encontró el mismo material que se desbordaba de su escritorio. Más documentos, un sinfín de bolígrafos, un sello desgastado. Escaneó un documento de un paciente recientemente fallecido llamado Marcus Heroux y luego lo apartó, no quería inmiscuirse en los detalles de los fallecidos.

Entonces encontró algo plateado.

Ella apartó algunas carpetas y recogió el objeto inesperado. Era una cadena de plata, vieja y descolorida, pero todavía bastante sólida. Un collar.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Dejó caer la joya sobre el escritorio y cerró rápidamente los cajones.

—¿Sí? —gritó, como si el despacho fuera suyo.

—Lo siento —dijo una voz antes de entrar en la habitación. Entró una mujer que, según Ella, rondaba los cincuenta años, vestida con

una bata azul. Tenía el pelo corto y castaño y unas gafas gigantes que magnificaban sus ojos hasta niveles insospechados—. No quería molestarla. Pensé que esta oficina estaba vacía.

—Es culpa mía —dijo Ella—. Soy del FBI, estamos investigando la vida del doctor Floyd.

—Oh, bueno, no interrumpiré. Solo vine a ver si tenía jeringas de repuesto aquí. Nos estamos quedando sin ellas en el piso.

Ella le hizo un gesto para que continuara.

—Adelante. No se preocupe por mí.

—¿Así que el FBI? Gracias a Dios. Todos tenemos miedo de salir a la calle después de lo que le pasó al doctor Floyd.

—¿Lo conocía? —preguntó Ella.

—Todo el mundo conocía a James. Un médico de verdad. Un caballero chapado a la antigua que le daba un toque personal a las cosas. Difícil de encontrar hoy en día. —La enfermera comenzó a buscar en los armarios del médico a lo largo de la pared.

—¿Podría decirme algo sobre él? Cualquier cosa que pudiera ayudarnos. Según cuentan, James era un santo.

—Oh, lo era. Trabajé con él durante... Dios, deben ser quince años ya. No encontrarás una persona por aquí a la que no le cayera bien.

Ella observó a la mujer buscar, su imagen anticuada y sus mechones cortos le recordaron a una de las víctimas de Harold Shipman. Shipman había sido uno de los asesinos en serie más prolíficos de todos los tiempos, y se calculaba que había causado ciento veinte muertes en veinte años de carrera. Había sido un médico local que inyectaba morfina a ancianas, con lo que recreaba la escena de la muerte de su propia madre una y otra vez. Su rostro había estado en su mente desde que descubrió la conexión médica de este caso, pero Shipman era un médico que mataba a los pacientes, no al revés.

—Las encontré —continuó la enfermera. Tomó una decena de cajas en sus brazos—. Oh, ha encontrado el amuleto de la suerte de James —dijo riéndose.

Ella siguió la mirada de la mujer. Apuntaba al collar que había en el escritorio entre ellas.

—Oh, ¿esto? Lo encontré entre sus cosas. Supongo que era una de sus joyas.

—No, no, eso no era de James. Era de Neville. Él se lo regaló.

La enfermera claramente se había saltado algunos detalles de la historia.

—¿Neville? ¿Es otro trabajador de aquí?

—No. Neville era un paciente. Paciente de larga duración, estuvo aquí unos seis meses según mis cálculos. Un tipo viejo, terminal. James era muy bueno con él, lo trataba como a su propio padre. James era un encanto para eso.

—Oh, he oído que James se acercaba bastante a sus pacientes. Lo respeto por eso —dijo Ella.

—Sí, bueno, hubo un verdadero alboroto alrededor de todo el asunto. Un enfermero se equivocó con la medicación de Neville. Terminó matándolo antes de tiempo. Él y James se enfrascaron en una disputa. Ese collar se convirtió en el amuleto de James después de eso.

La enfermera de repente tenía toda la atención de Ella.

—Un segundo, ¿James se peleó con otro trabajador?

—Oh sí, hizo que despidieran al chico.

—¿Qué? —dijo Ella—. ¿Por qué nadie me ha hablado de esto? —De repente volvió a recordar el caso Shipman. El verdadero alcance de sus crímenes no salió a la luz durante años, y para entonces él ya había pasado por múltiples consultorios en todo el país.

Pues claro, se dio cuenta, y golpeó la mesa con el puño. Este sudes no tenía por qué estar en el hospital en ese momento, sino que podría haberse ido hace mucho tiempo.

—No mucha gente lo sabía, para ser sinceros. James lo mantuvo en secreto. Se sentía mal por el chico, pero así fueron las cosas.

—¿Sabe el nombre del enfermero? —preguntó Ella—. ¿O puede describirlo?

—Dios, vaya pregunta. —Una de las cajas se cayó de su agarre. Se acomodó y la recogió—. Chico joven, recién salido al mundo. Ojos negros de verdad, como los niños del maíz. Sin embargo, no tiene suerte porque no recuerdo su nombre. Tengo tres nietos y todavía los confundo.

Ella se levantó de la silla con renovada pasión.

—¿Hay alguien por aquí que pueda recordarlo? —preguntó.

—Puede que lo haya. Aquí, sígueme, cariño.



La placa de la puerta decía OFICINA DE RECURSOS HUMANOS. A través de la ventana de cristal circular, Ella vio a una sola mujer sentada detrás de un escritorio. La mujer la vio y le sonrió, lo que Ella entendió como una invitación a entrar.

—Hola, señorita...

—Adams. Kelly Adams. ¿Puedo ayudarle? —preguntó. Tenía unos cuarenta años, el pelo corto y rubio, y algunos dientes manchados de nicotina.

Ella cerró la puerta detrás de ella.

—Señorita Adams, soy la agente Dark y pertenezco al FBI. Estamos investigando la muerte reciente de un empleado de aquí.

—El doctor Floyd. Yo también estoy inmersa en eso. Un tipo es asesinado y lo único que les importa a los jefes es el papeleo. Así es la burocracia.

Ella nunca había conocido a un responsable de recursos humanos que le cayera bien, pero Kelly Adams podría ser la primera.

—Ni me lo diga —respondió Ella—. Me preguntaba si podía ayudarme con algo. Una cosa relacionada con el pasado de James.

—Puedo intentarlo —dijo Kelly y empujó su ratón fuera del alcance. Parecía emocionada por hacer algo distinto a la administración—. ¿Qué es lo que necesita saber?

—Una enfermera me acaba de decir que James tuvo un altercado con otro compañero de trabajo. No estoy segura de cuándo exactamente. Mencionó una negligencia y que ese compañero acabó despedido por culpa de James. ¿Es algo que recuerde?

—Lo recuerdo muy bien. El único problema es que no estoy segura de poder hablar de ello.

—Por favor, señorita Adams, esto podría ser exactamente lo que necesitamos. Si este compañero de trabajo le guarda rencor, no es imposible que se llegue al asesinato.

Kelly miró a Ella por un momento. Analizó detenidamente el comentario de Ella.

—De acuerdo. Si ayuda a atrapar a quien hizo esto, lo haré, pero que no conste en el expediente. Si alguien pregunta, se lo ha dicho otra persona, no yo.

Ella asintió. Le encantaban las cosas que estaban fuera del expediente.

Kelly buscó en sus cajones y sacó una carpeta. Rápidamente revisó el contenido.

—Todo ocurrió hace aproximadamente un año. Había un enfermero aquí llamado Connor Jansen. Era uno de los aprendices del doctor Floyd. Tenían a un paciente terminal a su cargo, y Floyd calculó su esperanza de vida en torno a un año. El paciente murió después de seis meses y la familia exigió una investigación. Resultó que le habían administrado dosis de morfina mucho más altas de lo recomendado.

A Ella le dio un cosquilleo en la columna vertebral cuando escuchó la palabra morfina. Sintió que otra pieza del rompecabezas había encajado. Había algo ahí, lo sabía.

—¿El doctor Floyd fue sospechoso de algo? —preguntó Ella.

—No. El culpable estaba muy claro. Teníamos documentación y grabaciones de las cámaras de seguridad que lo respaldaban. Connor Jansen había proporcionado las dosis excesivas. No sabemos exactamente por qué. Él aseguró que fue un accidente.

Volvió a pensar en el caso Shipman, junto con un sinfín de otros asesinos llamados «ángeles de la muerte». Michael Swango, Donald Harvey, Kristen Gilbert. Eran un tipo de asesino muy raro; funcionarios médicos que asesinaban a aquellos a los que debían cuidar. Aunque su sudes no fuera un ángel de la muerte, no significaba que pudiera haber empezado como uno.

—¿Y esto causó una riña entre James Floyd y Connor Jansen?

—Podría decirse que sí. Llegó a los tribunales. Un caso privado, no muchos lo sabían, pero se notaba que afectaba un poco a James. Aunque no estoy segura del resultado.

Eso estaba bien, Ella podía encontrar esa información por sí misma en segundos. Rápidamente repasó los eventos en su cabeza de principio a fin y todo estaba conectado. Si el tal Connor tenía una mente sádica, podría haber asesinado al paciente terminal por gusto. No era ningún secreto que el mundo de la medicina atraía a su buena parte de psicópatas. De hecho, en una lista de profesiones con el mayor número de psicópatas, los expertos médicos ocupaban el tercer lugar, justo después de los policías y los directores generales.

—¿Y dónde está este Connor Jansen ahora? —preguntó.

—No podría decírselo —dijo Kelly—. Después de despedirlo, no he vuelto a saber de él.

Ella tenía que encontrar a Mia y pronto. Esto podría ser el avance que necesitaban.

—Gracias, ha sido de gran ayuda —dijo ella.

—No hay problema, pero recuerde que esto no salió de mí. No necesito la molestia de dar explicaciones a los de arriba.

—El secreto está a salvo conmigo —dijo Ella mientras se dirigía a la puerta—. Una última cosa antes de dejarla en paz. ¿Este Connor Jansen era especialmente violento? ¿Tal vez había algo raro sobre él?

Kelly Adams guardó el documento y volvió a tomar el ratón de su computadora. Sin apartar la vista de su pantalla, dijo:

—Sí, creo que sí.

—¿En serio?

—Extraoficial mente de nuevo, pero sí. El chico fue un problema desde el primer día. Vago, maleducado, un auténtico canalla. Pero eso es solo la opinión de una mujer.

—Es suficiente —dijo Ella.

Kelly le pasó su tarjeta de visita.

—Si tiene alguna pregunta, llámeme al móvil. No llame a nadie más.

Ella asintió con un gesto de agradecimiento, salió de la habitación y llamó al número que el jefe de policía le había dado antes. Él contestó después de que sonara dos veces.

—¿Hola?

—Comisario Craven, soy la agente Dark. ¿Podrías hacer algo por mí rápidamente?

El jefe arregló algo en el fondo. Ella oyó un crujido ensordecedor en la línea telefónica.

—Claro, dime lo que precisas.

—Necesito hacer una búsqueda de un tipo local llamado Connor Jansen. —Ella le deletreó el nombre—. Trabajó en el hospital Princeton pero lo despidieron por negligencia. Un paciente murió bajo su cuidado. —Escuchó a Craven tecleando.

—¿Crees que está relacionado? —preguntó.

—Hay más. James Floyd tuvo que testificar contra él en el tribunal. Este Connor podría haber estado buscando venganza.

—Muy bien, ahora está buscando. No cuelgues.

Ella mantuvo el teléfono pegado a la oreja mientras navegaba por los intrincados pasillos del hospital. Mia podía estar en cualquier lugar de aquel laberinto. El personal médico, los pacientes y las familias pasaban por delante de ella. En el teléfono, oyó que el jefe hablaba con otra persona.

Luego se quedó callado.

Demasiado callado.

—¿Comisario Craven? ¿Sigue ahí? —preguntó.

—Eh, sí, estoy aquí, es solo que...

Su voz se interrumpió de nuevo.

—¿Está todo bien?

—Señorita Dark, voy a enviarle algo. Creo que tiene que ver esto.

—¿Qué sucede? —preguntó ella. Sonaba prometedor, a pesar del tono ominoso de Craven.

Ella escuchó el sonido de que le llegaba un mensaje de correo electrónico a su bandeja de entrada. Puso la llamada en altavoz y accedió a su correo electrónico. El jefe Craven le había enviado una captura de pantalla de los documentos del juicio de Connor Jansen.

Lo vio inmediatamente.

—Dios mío —dijo. Cambió su paso a una caminata rápida, luego a una carrera vertiginosa. Terminó su llamada con el comisario.

Mia necesitaba ver esto cuanto antes.

CAPÍTULO DIEZ

De alguna manera, Mia se encontraba en la sala de maternidad, entre mujeres panzonas con todo tipo de expresiones. Ansiedad, pánico, alegría. Tal vez había buscado inconscientemente este departamento porque la sala se asociaba principalmente con sensaciones agradables. En todos los demás lugares había focos de muerte, enfermedad y malas noticias.

Un transeúnte le entregó un folleto.

«EL HUMO DE SEGUNDA MANO PROVOCA CÁNCER EN LOS NIÑOS».

De acuerdo, quizá no todo era agradable allí.

Mia empezó a desear que, por una vez, una de sus víctimas tuviera un pasado muy sucio. Había interrogado a unas 20 personas sobre sus relaciones con James Floyd y cada una de ellas lo había alabado hasta el cansancio. Según lo que podría decir, era un ángel con uniforme de médico, y ni una sola persona pudo identificar ninguna razón por la que alguien pudiera querer hacerle daño.

¿Por qué no podía tener una aventura con una bailarina de *striptease*? ¿Por qué no podía deberle dinero a la gente equivocada? La suciedad creaba pistas que explorar. Las víctimas completamente impolutas eran las que se les escapaban de las manos. James Floyd era de estas últimas, y si la respuesta a su muerte estaba en este hospital, Mia no era capaz de encontrarla.

Unos pasos fuertes se abrieron paso entre el coro de charlas ociosas y todas las miradas del pasillo se dirigieron hacia la fuente

del alboroto. Una figura con botas y chaqueta marrón corría por el pasillo, con el pelo suelto detrás de ella como una bufanda de satén. Incluso en ese estado de confusión, Mia reconoció la figura.

—Dark —gritó. La novata miró a su alrededor y acabó viendo a Mia. Parecía que acababa de correr una maratón.

—Ripley, aquí estás. ¿No revisas tu teléfono?

—No hay cobertura aquí. ¿Qué pasa? ¿Nadie te ha dicho que es de mala educación correr por los pasillos?

Ella ignoró el comentario.

—Mira, he encontrado algo. Algo enorme.

Sabía que podía contar con la novata para obtener información.

—Bueno, me alegro de que lo hayas hecho, porque me siento como si hubiera estado golpeando mi cabeza contra una pared. ¿Qué tienes? —Mia observó la sala y vio a todas las señoras panzonas y a sus preocupadas parejas mirándolas fijamente. Lo último que quería era darles a esas pobres personas alguna razón para entrar en pánico. Su ritmo cardíaco ya era lo suficientemente alto. Apartó a Ella de la multitud.

—Cuéntame todo.

Ella recuperó el aliento rápidamente. Mia sentía envidia por las ventajas de la juventud y un buen estado físico.

—He hablado con Recursos Humanos. Me han dicho que James Floyd tuvo que testificar contra un antiguo compañero de trabajo en un juicio recientemente.

Esto sonaba bien. Por fin, un motivo.

—¿En serio? ¿Qué pasó?

—Había un enfermero llamado Connor Jansen. Un verdadero raro según la mujer de Recursos Humanos.

—Esa mujer de recursos humanos ya me cae bien. ¿Qué hizo Jansen?

—Le suministró demasiada morfina a un paciente. Lo mató. Iniciaron una investigación sobre la muerte y descubrieron que Jansen era el responsable. James Floyd testificó contra él y lo puso entre rejas.

—Dark —dijo Mia—. Piensa en eso por un segundo.

—No, ya no está en la cárcel. Salió... hace dos semanas.

Ahora tenía la atención de Mia.

—Gran trabajo, Dark. Parece un buen sospechoso. ¿Acaso tú...?

—Hay más —interrumpió Ella—. Mira esto. El comisario me lo acaba de enviar.

Mia apenas podía creer lo rápido que había trabajado. De repente se acordó de su excompañera, que se pasó la mayor parte del caso con cara de confusión y explotando estaciones de servicio. Era agradable volver a tener una compañera competente al lado.

Ella acercó la pantalla de su teléfono a la cara de Mia. Mia adaptó la vista al diminuto texto, pero solo vio un revoltijo de palabras y nombres.

—¿Qué estoy viendo aquí? —preguntó Mia.

—Es una transcripción del juicio. Mira quién más testificó contra él.

Mia alejó la pantalla hasta una distancia legible. Vio el nombre inmediatamente.

—Maldita sea. Leslie Buddington también estaba allí.

—Sí, ella fue testigo en persona de la negligencia de Jansen según esto. Eso es un vínculo con ambas víctimas. Tenemos que hacerle una visita a este tipo ahora mismo.

Esta era la Ella Dark que le gustaba ver. No era la chica ansiosa que se culpaba de los asesinatos que estaban fuera de su control. No era la traidora que se guardaba secretos mortales para sí misma. La chica que avanzaba sin importar las barreras, y si se encontraba con un muro de ladrillos, lo derribaba con sus puños. Esta era la clase de compañera que Mia necesitaba y no iba a dejar que la novata se le escapase de nuevo. Había sido una tonta al hacerlo la primera vez, pero estaba feliz de admitir su error.

Antes de llegar al lugar, Mia notó que la novata no era ella misma. Algo la había perturbado, ya desde el momento en que salieron de Washington hacia Nueva Jersey. La respuesta lógica era que tenía problemas de relación con Mark. Dos agentes, siempre de

viaje, constantemente lejos el uno del otro. No era una buena base para una relación, pero Mia no podía decírselo directamente a la novata. Algunas cosas había que aprenderlas por las malas.

—Sí, tenemos que hacerlo. Vamos. ¿Tienes la dirección de este tipo? —Salieron a la calle hacia el aparcamiento envueltas en el aire de la tarde.

—El comisario ya la ha enviado. Vive a unos diez kilómetros de aquí.

—Una proximidad perfecta —dijo Mia—. Ya debe estar familiarizado con estas zonas si ha trabajado aquí, así que debería haber sabido cuándo era mejor atacar.

—Exactamente lo que pensaba —dijo Ella—. No he visto su foto, pero ya puedo adivinar cómo es. Delgado, nervioso e introvertido.

—Yo supongo lo mismo. Vamos, es hora de verlo con nuestros propios ojos.



La dirección de Connor Jansen era un apartamento tipo estudio escondido detrás de una fila de tiendas en el centro de Princeton. No era precisamente la zona más agradable de la ciudad, pero debía de costar un buen dinero. Eso aumentó aún más las sospechas de Ella.

Aparcó el coche en un lugar apartado, se quedó en la acera y observó la zona. Se familiarizó con la distribución en caso de que Connor tomara el camino de los cobardes. Y había conocido a suficiente gente como él para saber que normalmente era así.

Ella tenía un buen presentimiento sobre esto. Connor encajaba perfectamente en el perfil y eso era suficiente para ella. Lo único que le preocupaba era que el sospechoso se hubiera imaginado su llegada y estuviera preparado para atacar o ya hubiera huido.

—Dark, tengo el presentimiento de que este tipo va a intentar escapar —dijo Mia.

—Me has leído la mente. ¿Cómo debemos actuar?

—Tú encontraste a este tipo. Hiciste el trabajo duro. Toma el mando. ¿Qué quieres hacer?

Una oleada de nueva confianza la invadió. Agradeció el gesto. Era agra dable que le dieran autoridad de vez en cuando.

—De acuerdo, subiré y llamaré a la puerta. Solo hay una forma de bajar, as que espéralo aquí. Si accede de inmediato a hablar, sube y únete a nosotros.

—Suenas como un plan —dijo Mia y se colocó al final de la escalera que llevaba a la fila de apartamentos. Ella subió y encontró el número 4. Desde esa posición ventajosa, podía ver una fila de garajes abajo y algunas tiendas al otro lado. No creía que nadie fuera tan estúpido como para saltar desde ese balcón pero si Connor intentaba algo así, Mia estaría allí para atraparlo.

Ella golpeó la puerta y esperó. Eran las cuatro de la tarde y empezaba a caer el sol. La mayoría de la gente acababa de llegar a casa del trabajo, pero según el historial de Connor, estaba desempleado desde que dejó Princeton.

Nadie respondió. Ella volvió a llamar y pegó el oído a la puerta. Nada. Se acercó a la mirilla y vio un interior borroso, pero en movimiento.

Había alguien ahí dentro.

Golpeó la puerta más fuerte y fue al grano.

—Connor Jansen. Soy del FBI. Por favor, abra inmediatamente.

Reprimió la adrenalina inicial, reservándola para un momento más crucial.

Entonces la puerta se abrió, lenta y tímidamente. Se asomó a la puerta un rostro que no era el que Ella esperaba.

—¿Hola? —dijo la voz, suave y temerosa—. ¿Quién es usted?

—¿Es usted Connor Jansen? —preguntó Ella. El hombre iba vestido y calzado con un traje gris de tres piezas. Tenía el pelo negro corto peinado hacia un lado, y unos ojos profundos y saltones como los de un pez de aguas profundas. Era bastante alto y parecía estar en perfecta forma. No era la criatura enjuta que ella esperaba.

—Podría serlo. ¿Por qué?

—Soy la agente Dark del FBI. Me gustaría hablar con usted sobre un incidente ocurrido en el hospital Princeton el año pasado.

—¿Se trata de Floyd otra vez? —preguntó Connor—. ¿Cuántas veces tengo que hablar con ustedes? Ya he dicho lo único que tenía que decir. No voy a hablar más del tema.

—¿Es cierto que estuvo involucrado en un caso de negligencia con un paciente? —preguntó Ella, sin dejar que la conversación terminara tan abruptamente. Hasta el momento, no mostraba signos de querer huir. Él permanecía firme, con los dos pies plantados en su felpudo.

—Ya sabes que lo estuve, así que ¿por qué lo preguntas? Cumplí mi condena y odié cada segundo de ella. ¿De qué más hay que hablar? Cometí un error y me castigaron por ello. Fin de la historia.

Ella sintió que aparecía aquel muro de ladrillos tan familiar frente a ella. Tenía que derribarlo si quería respuestas. La respuesta, como siempre, era presionar al sospechoso. Forzar sus emociones para que salieran a la luz.

—¿Por qué lo hizo, Sr. Jansen? ¿Lo disfrutó? ¿Fue una prueba para algo más grande?

Connor agarró la puerta como si estuviera a punto de cerrarla en la cara de Ella. No lo hizo, pero ella vio que su expresión se ensombrecía.

—¿Qué? ¿Estás intentando enfadarme?

—No, solo estoy haciendo preguntas.

Una segunda voz gritó desde el interior de la casa. Connor se alejó de Ella y gritó al residente invisible.

—No es nada, solo es una amiga —avisó.

—¿Es un mal momento? —preguntó Ella—. ¿Por qué no hablamos más en la comisaría?

—Sí es un mal momento, y no puedo.

—Bueno, puede que no tenga elección —dijo Ella.

Connor miró hacia la oscuridad de su apartamento y volvió a gritar. Se volvió hacia Ella.

—Mira, ¿podemos hablar dentro?

Ella se quedó un poco sorprendida. No esperaba una invitación.

—Claro, hagámoslo. —Le hizo un gesto a Mia con el pulgar hacia arriba, pero luego agitó la mano en un gesto despectivo. No necesitaba a Mia para esto. Ella iba a atrapar a este tipo por su cuenta.

Antes de abrir la puerta, Connor se inclinó hacia ella. Ella se preparó para atacar, pero Connor se limitó a susurrarle al oído:

—Si te pregunta, dile que eres mi amiga. ¿Por favor?

—Eh, de acuerdo —dijo Ella—. ¿A quién?

Connor ignoró su pregunta, abrió la puerta y caminó por el oscuro pasillo. Al llegar al final, entraron en una sala de estar decorada como si perteneciera a una época anterior. La alfombra marrón y destartalada hacía ruido bajo los pies y había unas manchas visibles en el único sofá marrón.

Pero cuando Ella vio el involuntario punto focal de la habitación, se le subió el corazón a la garganta.

—Dios mío —dijo. Como un interruptor de luz, su actitud hacia este caballero dio un giro de 360 grados. ¿Era su sudes? Tal vez, pero parecía que tenía un corazón en algún lugar entre la crueldad y la rabia homicida, si era que existían.

En una esquina de la habitación, vio a una mujer mayor tumbada en una pequeña cama. Le salían unos tubos del brazo, uno en la nariz, y tenía un monitor de ritmo cardíaco a su lado.

—Mamá, esta es mi amiga —dijo Connor—. Vamos a entrar en la habitación de al lado.

—No tardes —dijo la mujer, que puntualizaba después de cada palabra. Connor acompañó a Ella a la zona de la cocina, para que su madre no pudiera oírlos.

—Hazlo rápido —dijo Connor—. ¿Qué quieres saber?

Ella fue directamente al grano. Estaba claro que la pobre mujer de la habitación de al lado dependía de Connor para sobrevivir.

—Quiero saber dónde estaba usted ayer a medianoche y la medianoche del 30 de abril.

—¿Por qué? —preguntó Connor, bajando la voz a un susurro.

Ella hizo lo mismo, no quería darle a la madre de Connor una razón para sentirse paranoica.

—Porque estamos investigando dos asesinatos, ambos relacionados con usted.

Connor se resbaló contra la desordenada encimera de la cocina. Se agarró a un armario para mantener el equilibrio.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué asesinatos?

Ella no podía saber si Connor estaba siendo sincero o estaba fingiendo. Se aseguró de observar atentamente sus microseñales. En ese momento, deseó haber invitado a Mia a subir.

—Los asesinatos de Leslie Buddington y James Floyd. Dos personas con las que creo que usted está muy familiarizado.

El rostro pálido de Connor se volvió más pálido. Se arqueó sobre el fregadero y abrió el grifo al máximo. Connor tosió violentamente durante un segundo, bebió del grifo y luego escupió el agua. Si era una actuación, era una buena actuación.

—Usted conoce bien a esta gente, ¿no? —preguntó Ella.

Connor bebió más agua, pero esta vez la tragó. Recuperó el aliento.

—Sí, por supuesto. Trabajé con ellos.

—Y testificaron contra usted en el tribunal.

—Sí lo hicieron, pero no les guardo ningún rencor. Me atraparon. Pagué el precio, pero ese capítulo ha terminado. ¿Ambos están realmente muertos? ¿Qué ha pasado?

Ella no se lo creyó, al menos no del todo. O tal vez se aferraba a la esperanza equivocada de que Connor Jansen pudiera ser su sudes.

—Usted salió de la cárcel hace unas semanas, ¿es correcto?

—Sí y estoy retomando mi vida, pero esta pequeña reunión lo está impidiendo.

—Entonces, ¿puede decirme dónde estuvo en esas noches? —dijo Ella. Una parte de ella esperaba que Connor no fuera su hombre, porque parecía estar pasando una mala racha. Pero, como

mínimo, había matado a un paciente al que debía cuidar y ella no podía ignorar eso.

—Sí, estaba en el trabajo. Soy parte de un programa de rehabilitación. Hago turnos de noche en el Depósito de Transportes de Smyth. He estado allí todas las noches de esta semana.

—¿Y puede demostrarlo?

—Sí. Tengo las tarjetas de registro. La gente me vio. También tenemos cámaras.

Ella se relajó un poco y se apoyó en la puerta de la cocina. Tendría que conseguir que alguien revisara las cámaras, pero sabía exactamente lo que encontraría. Un callejón sin salida. A pesar de su compatibilidad con el perfil, Connor Jansen no era su hombre. Era un trago amargo, pero una parte de ella se sentía aliviada.

Ambos esperaron en silencio un momento. Ella quería asegurarse de haber cubierto todas las posibilidades antes de marcharse.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó.

—Acabo de decirte que no lo hice —dijo Connor.

—Eso no. El paciente del hospital Princeton. ¿Por qué le dio una sobredosis?

Connor asomó la cabeza por la puerta para ver cómo estaba su madre. Ella no había hecho ningún ruido desde que habían entrado en la cocina.

—Fue para practicar —dijo Connor.

Ella no estaba segura de haberlo escuchado bien.

—¿Practicar? ¿Para qué?

—Para mi madre. Soy todo lo que tiene. No podemos permitirnos la atención sanitaria, así que depende de mí. No estaba seguro de cuánta medicación usar en ella así que... usé un sujeto de prueba. Confesé todo esto en el tribunal.

Ella aún no había tenido tiempo de leer todo el proceso judicial. Se maldijo a sí misma por no mirar el panorama completo antes de actuar.

—Lamento escuchar eso, pero estuvo mal hacerlo.

—Sé que estuvo mal. Sabía que estaba mal entonces. Pero la desesperación te hace hacer cosas estúpidas.

Ella no podía discutir. La desesperación la había llevado a cometer algunas tonterías.

—Cuando salí de la cárcel, hice la promesa de superarme. De hecho, estaba de camino a una entrevista de trabajo antes de que llegaras. Un trabajo de verdad, no una explotación de mano de obra barata.

—Oh, Dios, lo siento mucho. Lo dejaré que se vaya.

—Demasiado tarde ahora —dijo Connor—. Probablemente perdí el autobús.

Ella miró hacia la sala de estar. Era un espectáculo lamentable. Aquella pobre mujer, probablemente al borde de la muerte. Un hijo angustiado haciendo todo lo posible para mantenerla con vida. Ella sabía que, si su padre aún siguiera vivo, ella también haría todo lo posible por mantenerlo vivo.

Connor se quitó los zapatos y se sentó en la encimera de la cocina.

—¿Así que Leslie y el doctor Floyd? Siento... escuchar eso.

Ella se levantó de un salto de su silla.

—Póngase los zapatos. Ahora. Lo llevaré a donde tiene que estar. Connor descendió y se quedó de pie.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí, vamos. —No podía odiar a nadie que tratara de superarse, sobre todo cuando estaba motivado por el altruismo. Connor se vistió y encabezó la salida. Ella se volvió hacia la madre del chico.

—Lamento haberla interrumpido, señora Jansen. Le deseo lo mejor.

La mujer saludó con un gesto despectivo. Parecía medio dormida.

—¿Estará bien sola? —preguntó Ella.

—Estará bien. De todos modos, solo tardaré una hora.

Los dos salieron de la casa y bajaron la escalera hasta donde esperaba Mia, que tenía una sonrisa radiante. Ella intervino antes de que Mia pudiera decir algo.

—Ripley, tengo malas noticias.

CAPÍTULO ONCE

Contento y con el estremecimiento que le producían sus asesinatos, se sentó cerca de la ventana del «Café de la Tía Betty» y dio un sorbo a su café. Desde allí, podía ver el mundo pasar y percibir el estado de ánimo de la ciudad. Escuchó conversaciones, todas sobre el mismo tema. A esas alturas, la noticia de sus actividades había llegado a las masas y parecía que todos los que pasaban por su lado tenían una opinión que compartir. Se compadecía de la camarera que se lo mencionaba, pero en secreto se deleitaba con su angustia.

Era una sensación adictiva, algo que no esperaba. En su mente, se trataba de asesinatos por necesidad, para librar al mundo de aquellos que le habían hecho daño. Las semanas que había pasado armándose de valor ahora parecían estar a años luz, y si hubiera sabido que era tan emocionante, no habría perdido el tiempo preocupándose.

Recibió unas miradas furtivas y cada una de ellas provocaba una oleada de ansiedad. ¿Alguien sabía su secreto? ¿O solo miraban con lástima al hombre solitario de la cafetería? ¿Quizás los lugareños simplemente estaban al límite, observando cada nuevo rostro con una sospecha reverente?

Nadie podía saber que él era el responsable. Había sido cuidadoso, meticoloso. Observó desde las sombras y atacó en el momento óptimo. Era tan invisible como puede serlo un depredador.

Hacía una semana, habría agachado la cabeza y desviado la mirada cada vez que alguien lo miraba. Pero ahora observaba la

habitación con un nuevo dominio y se imaginaba exactamente el tormento que podría infligir a esos perfectos desconocidos. Una de las chicas del lugar se parecía a la enfermera. Joven, rubia, de apacibles ojos azules. Tal vez la seguiría a su casa, averiguaría su horario y atacaría una vez que volviera la necesidad. ¿Tal vez matar a alguien al azar despistaría a la policía?

No, tenía una misión y debía cumplirla. Además, esa gente no significaba nada para él. Cuando abandonaba esos otros cadáveres mutilados a su paso, la emoción provenía del hecho de que estaba reparando lo que le habían hecho.

Esto era la venganza como arte supremo. Matarlos no la traería de vuelta, pero era lo más parecido que conseguiría. Él sostuvo su mano mientras ella moría y prometió en ese momento que haría justicia.

Dos menos, quedan dos.

Y justo cuando se terminó el café, el número tres salió de la tienda de enfrente.

Casi sintió pena por el frágil anciano. La última vez que lo había visto, estaba mucho más sano, mucho más arreglado. Por lo que parecía, ahora le costaba caminar.

Lo había visto entrar en la tienda, como cada sábado por la tarde durante los últimos meses. Debía de ser un viejo solitario que hacía las compras mientras la mayoría de la gente no estaba. Sería un asesinato fácil y esta vez tendría tiempo de saborearlo.

El anciano puso las bolsas en el suelo, desbloqueó su Mercedes plateado y las cargó lentamente. El hombre que estaba en la cafetería se irritó solo con verlo. ¿Qué tan lento podía moverse alguien? Muévete, viejo cabrón. ¿No sabía que tenía una gran noche planeada?

Salió de la cafetería y dejó 5 dólares de propina. Los últimos acontecimientos habían mejorado un poco su estado de ánimo y había un nuevo sentido de la caridad entre la satisfacción. Al llegar al minúsculo aparcamiento, subió a su coche, salió lentamente y lo

frenó al final de la calle. Por el espejo retrovisor, observó cómo el Mercedes plateado salía a la calle y pasaba junto a él.

Y lo siguió, manteniendo una discreta distancia de dos coches. Si el pasado servía de indicador, el viejo se dirigía ahora a su casa para ver televisión basura y beber vino hasta perder el conocimiento. Una existencia bastante patética. Dudaba que alguien lo echara de menos.

Salieron de la ciudad hacia los suburbios. Tenía que tener cuidado, porque si algún sistema de vigilancia captaba que lo había seguido durante varios kilómetros, la policía se dirigiría a él. Por suerte, había estado planeando esto el tiempo suficiente como para conocer cada movimiento por la memoria muscular. Condujo por las tortuosas calles residenciales y perdió de vista el Mercedes plateado.

Pero entonces pasó por delante de la casa del anciano y, efectivamente, él se encontraba frente a su puerta, luchando de nuevo con sus compras.

Lo ignoró y siguió adelante, tratando de no imaginar lo glorioso que iba a ser estrangular al anciano hasta la muerte en pocas horas.

Justo a tiempo, la multitud descendió sobre la taberna al final de la calle del anciano. Aparcó su coche junto a los demás, escondiéndolo entre la multitud. No podía dejarlo en medio de la calle porque, conociendo a los residentes de la zona, alguien lo detectaría. Salió del coche, entró en la taberna y tomó asiento.

Lo siguiente fue esperar. Saldría en dos horas, tres como máximo. Podía distraerse fácilmente, tal vez incluso charlar con algunos clientes habituales, obtener su opinión sobre los recientes asesinatos.

Luego, cuando terminara, añadiría el número tres a la lista y este iba a ser el mejor de todos.

CAPÍTULO DOCE

Era la primera hora de la noche, pero en lugar de dirigirse a su motel, Ella y Mia se registraron en su nueva oficina en la comisaría de policía de Nueva Jersey. Una habitación maravillosamente desnuda, de paredes grises y sin ventanas. Era lo único que Ella necesitaba para resolver las cosas.

Apagó su teléfono porque el constante zumbido había empezado a volverla loca. No se había dado cuenta hasta ahora, pero Mark ya la había bombardeado con mensajes de texto a lo largo del día y no mostraba signos de disminuir. Realmente creía que ese capítulo había terminado, pero parecía que la determinación de Mark era tan inquebrantable como la de Tobias Campbell.

Nueve mensajes, dos llamadas perdidas y un correo de voz. ¿Cuándo iba a captar el mensaje este tipo? ¿Y qué podía hacer ella para que esto terminara? Era como discutir con un niño pequeño. No escuchaba, solo oía lo que quería oír.

Mia entró a la habitación con los ojos pegados a su teléfono. Lo tiró sobre la mesa y tomó asiento frente a su compañera. Desde el estancamiento con Connor Jansen, Ella había percibido un poco de tensión entre ella y Mia. Evidentemente, Mia se había extasiado al ver que podían resolver este caso y empezar a avanzar en el de Tobias, pero el contratiempo la había sumido en una espiral de exasperación.

—Era uno de los otros oficiales. La coartada de Jansen se confirma. Volvemos a empezar de cero.

Ella ya lo había asumido, pero eso no lo hacía más fácil de procesar. Este obstáculo amplificaba los demás problemas, y Ella deseaba poder chasquear los dedos y hacer que todo volviera a estar bien.

Pero eso no era una opción. Si quería que las cosas volvieran a la normalidad, la única solución era esforzarse al máximo.

—Me lo imaginaba.

—Sigamos buscando, supongo.

Ella observó a su compañera abrir su computadora portátil. Mia se quedó mirando la pantalla, y Ella vio que Mia no movía los ojos. Estaba perdida en esa mirada pensativa, la mirada que significaba que había algo más en su mente.

Al igual que Ella, probablemente se preguntaba por el paradero de Tobias. ¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde se escondía? ¿A quién iba a atacar después? Y lo más importante, ¿las estaba buscando a ellas? ¿Sus contactos ya las tenían vigiladas en Nueva Jersey y, de ser así, cuánto tiempo pasaría antes de que Tobias actuara según sus impulsos? Ella se preguntó si era la primera vez que Mia se enfrentaba a dos asesinos en serie al mismo tiempo.

No más secretos, se recordó a sí misma.

—Ripley, ¿está todo bien? No pareces tú misma.

El comentario hizo que Mia despertara. Observó por encima la habitación, como si acabara de despertarse de un trance. Se acercó a su computadora portátil y comenzó a teclear, pero no dijo nada.

—¿Ripley? Lamento que Connor haya resultado ser un fiasco.

—Dark, olvídalos. Y no, las cosas no están bien.

Ella la presionó. Si esto implicaba a Tobias, ella necesitaba saberlo.

—¿Qué pasa? Puedes decírmelo. ¿El director se ha puesto en contacto?

—No, no puedo decírtelo, porque te lo tomarás a pecho y entonces se convertirá en mi problema. Tenemos dos asesinos en serie sueltos y no sabemos el paradero de ninguno de ellos, así que

deja que yo me preocupe por el director y tú por atrapar a este imbécil.

Ella no dijo nada y se volvió hacia la pila de papeles que tenía sobre su escritorio. Esperó a que la tensión se redujera, y luego distribuyó el papeleo por víctimas. Un lado del escritorio para Leslie Buddington, otro para James Floyd. Primero examinó las fotos de la escena del crimen para ver si se le había escapado alguna pista, pero ya había memorizado todos los detalles gráficos y los había examinado pasivamente durante todo el día. Dos cuerpos sin vida, cruelmente asesinados y no había nada en ellos que sugiriera quién podría ser el culpable.

Tenían dos conexiones. Una, ambos eran trabajadores médicos. Dos, ambos aparecían en la extraña fotografía que les había dado la esposa de James. Hicieron que los oficiales investigaran a las personas de la fotografía, y a juzgar por el informe que llegó, ninguno de ellos podía ser su sudes. Ella aún tenía que comprobar sus coartadas, pero de las seis personas restantes, dos ya no vivían en el estado, y todas las demás estaban trabajando la noche de los asesinatos. Dado que ninguno de ellos era el sudes, Ella hizo que los agentes vigilaran la residencia de ancianos. También se les había dicho a los empleados que se mantuvieran en alerta máxima.

—¿Qué está pasando con los trabajadores de la residencia de ancianos? —preguntó Mia como si le hubiera leído la mente.

Ella le dio los detalles.

—Los cuatro restantes van a trabajar durante las próximas noches, así que tenemos a dos agentes vigilando la residencia. Aun así, tendremos que entrevistarlos cuando tengamos la oportunidad.

Mia no respondió y volvió a teclear furiosamente. Un pequeño reconocimiento habría estado bien, pero Ella no quería irritar más a su compañera. Lo dejó pasar.

Si lo profesional no las llevaba a ninguna parte, tal vez la respuesta estuviera en lo personal. Ella abrió una pestaña del navegador y buscó «doctor James Floyd Princeton». Apareció muy poco, excepto un artículo sobre James recibiendo un premio por sus

servicios. El mismo premio que Ella había visto en su casa. Lo examinó rápidamente, pero no había nada importante, excepto una foto de James en un viaje de pesca.

Buscó a Leslie Buddington y encontró una o dos páginas de redes sociales, extrañamente vacías para una mujer de su edad. Ella se desplazó por las fotos que tenía disponibles, y encontró unas cuantas selfis, una foto de ella en un club nocturno y algunas fotos panorámicas. Por lo que parecía, Leslie no publicaba mucho y no parecía tener novio o pareja. Su historial mostraba que sus padres también vivían en Nueva York, así que parecía que Leslie era una especie de solitaria.

Ella se sentó y se quedó mirando la pared, mientras rezaba para que su subconsciente estableciera una conexión que su mente racional no podía establecer. Dejó que los grises disolvieran su visión hasta perderse en un campo de pelusa incolora. Lo primero que vio fue el rostro de Mark, irritantemente guapo pero que ocultaba una sed letal de abuso. Luego escuchó su voz, suave y elocuente, pero ahora la asociaba con una inseguridad paralizante.

La imagen de Mark se difuminó en la de Tobias Campbell. Dientes flacos, como de rata, amarillos, detrás de unos labios finos. Una cabeza calva cubierta de cicatrices. Se lo imaginó escondido en el aparcamiento de su apartamento, entre los cubos de basura comunes, esperando a que cayera la noche para poder colarse en su edificio sin ser visto. Rápidamente apartó ese pensamiento, luego tomó su teléfono y lo volvió a encender. Tenía que recordarle a Jenna que cerrara las puertas y ventanas tanto cuando estuviera como cuando no. Jenna no era nada precavida.

Escribió un mensaje de texto mientras aparecían más notificaciones de Mark, que se sucedían como si fueran los premios de una máquina tragaperras.

«Tenemos que hablar».

«Lláname ahora».

«¿Por qué lo haces tan difícil?».

Ella los ignoró y volvió a apagar el teléfono. Captó la mirada de Mia cuando levantó la vista.

—Dark —dijo Mia y esperó, como si estuviera terminando la pregunta telepáticamente—. ¿Qué te pasa? Nunca apagas el teléfono.

—Demasiadas distracciones —dijo Ella.

—Entiendo la sensación. Si pasa algo más, por favor, dímelo. Ya hemos pasado por esto.

¿Ella podría decirle la verdad sobre Mark? ¿Añadir otro problema a la creciente pila? Mia y Mark habían sido colegas durante más de una década y Ella no quería que se estropeará la relación entre ellos. Este asunto era entre ella y su exnovio, no entre Mark y Mia. Iba a hacer todo lo posible para que siguiera siendo así. Ella no quería compartirlo con Mia porque no tenía nada que ver con ella. Si el asunto se extendía a su vida profesional, entonces lo plantearía. Hasta entonces, era un problema que debía resolver ella misma.

—Está bien. Es que creía que estábamos avanzando, pero ahora no consigo entender nada. No sé por dónde empezar.

Un golpe en la puerta les interrumpió. El comisario Craven asomó la cabeza. Ella se alegró de la intrusión.

—Tengo algo para ustedes —dijo Craven. Dejó caer una pila de fotografías sobre la mesa. Genial, pensó Ella, más papeleo que revisar.

—¿Qué es esto? —preguntó Ella.

—Fotos de las posesiones del coche de James Floyd. Las posesiones en sí están en manos de los forenses, así que solo tenemos fotos.

Ella hojeó rápidamente las fotos. Quince páginas del interior del coche y primeros planos de varios objetos cotidianos. Probablemente no hubiera mucho aquí, se dijo.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Craven.

—Mejor no preguntes —dijo Mia.

Craven captó la indirecta y se fue sin despedirse. Ella colocó las nuevas fotos sobre la mesa y se quedó rápidamente sin espacio en

el escritorio.

James Floyd parecía tener un montón de basura en su vehículo. Una petaca, recibos, pañuelos, un montón de tarjetas de visita. Nada que realmente le dijera mucho sobre este hombre. Observó distendidamente las fotos de primer plano de las tarjetas de visita.

La tarjeta profesional de un neurólogo. Un anuncio de un constructor local. Reparadores. Servicios de lavado de coches.

Entonces llegó a la última página y se quedó paralizada.

Parpadeó rápidamente para quitarse la mugre de los ojos. Era una tarjeta de visita de un terapeuta local.

Y no solo eso, sino que el nombre le resultaba familiar.

Ethan Heroux.

¿Dónde había oído ese nombre antes?

Ella volvió a los otros montones y volvió con rapidez sobre sus pasos. No había oído ese nombre desde que había llegado a la comisaría. Alguien lo había mencionado antes, mientras ella estaba afuera.

—Ajá —dijo. El comentario llamó la atención de Mia.

—¿Tienes algo?

—No estoy segura. Ethan Heroux —repitió el nombre.

—¿Quién es? —preguntó Mia.

Ella se perdió en la transcripción del juicio de Connor Jansen. Recorrió el texto a toda velocidad buscando el nombre.

Página 37. Lo encontró.

—Oh, maldición —dijo Ella—. Ripley, mira esto.

Mia se levantó de su asiento y fue junto a Ella al otro lado del escritorio. Miró la sección que Ella señalaba. Era parte del testimonio de Leslie Buddington.

«Leslie Buddington: Trabajar con Connor me afectó mucho. Estoy constantemente al límite. He estado hablando con un terapeuta al respecto.

Abogado defensor Riley: ¿Un terapeuta? ¿Diría usted que las acciones de Connor le han impedido realizar su trabajo de forma óptima?

Leslie Buddington: Muchísimo. Mi terapeuta dice que presenciar este tipo de trauma podría tener también efectos a largo plazo.

Abogado defensor Riley: ¿Quién es su terapeuta?

Leslie Buddington: El doctor Ethan Heroux».

—Bueno, diablos. Ambos veían al mismo terapeuta —dijo Mia—. Pero ¿y qué? Eso no significa que tenga una venganza contra estas personas.

Pero había algo más. Algo que produjo un chispazo en el fondo de su cerebro. Ella había visto el nombre Heroux antes. Se dirigió a su computadora portátil y comenzó a buscar. Cuando entró en acción la memoria muscular, lo recordó de repente.

—Cuando estábamos en el hospital, entré en el despacho de James Floyd. Allí había unos papeles sobre un paciente fallecido. —Cerró los ojos y visualizó el nombre en el papel—. Marcus Heroux.

Mia entrelazó las manos.

—Novata, ¿estás drogada? ¿En serio has leído los archivos personales de un médico? ¿Sin permiso?

—Fue un accidente —dijo Ella—. Solo vi las palabras y el apellido se me quedó en la cabeza. No se olvida un apellido así.

Mia sacudió la cabeza con decepción, pero no cuestionó más las cosas.

—Oye, esta mañana dijiste que era hora de romper un poco las reglas —dijo Ella.

—Sí, pero no así.

Ella buscó la página web de Ethan Heroux. Era un hombre de mediana edad, con el pelo castaño y gafas de montura gruesa. Llevaba un cuello de tortuga blanco en su foto profesional.

«CLÍNICA DE PSICOTERAPIA DE PRINCETON. UN ESPACIO SEGURO Y SIN JUICIOS».

Ella recorrió el sitio, sin saber muy bien qué buscaba. Necesitaba información y conocía a la persona adecuada para dársela. Revolvió sus bolsillos y encontró lo que necesitaba.

Ella encendió su teléfono por segunda vez, ignorando de nuevo los viejos mensajes. Marcó el número de la tarjeta de visita que tenía delante. Sonó cuatro veces, cinco veces.

—¿Hola? —dijo una voz.

—Kelly, soy la agente Dark. Nos conocimos antes en su oficina.

—Oh, hola de nuevo señorita Dark. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Siento llamarle tan tarde, pero necesitaba preguntarle algo. — Ella no esperó a que le contestara—. ¿Conoce a alguien llamado Ethan Heroux?

—Sí, lo conozco. ¿Cómo sabe de él?

Ella percibió un poco de tensión a través de la línea. Debía de haber tropezado con algo que no debían saber.

—Su nombre surgió en nuestra investigación. Queríamos eximirlo de culpa.

—Ya veo. Ethan Heroux trabajaba para el hospital Princeton, pero ya no está vinculado a nosotros.

Ella puso el teléfono en altavoz.

—¿Por qué? ¿Fue despedido?

—Una vez más, señorita Dark, esto es extraoficial. Heroux y los directores del hospital tuvieron una discusión, pero no veo cómo esto influye en su investigación.

—Es solo una formalidad —dijo Ella, pero no pudo evitar la sensación de que allí había algo—. ¿Puede decirme por qué se pelearon? Le aseguro que será confidencial.

Kelly Adams se quedó callada un momento. Se oyeron unos sonidos de rasguños en la línea telefónica. Ella percibió movimiento al otro lado.

—Su hijo estaba bajo cuidados hospitalarios, pero falleció. Eso es todo lo que puedo decir.

Una conexión. Una nueva pista. Apretó el puño en señal de triunfo.

—Kelly, gracias por su ayuda. La dejo para que siga con su velada. —Ella terminó la llamada, salió corriendo de la sala hasta el

despacho del comisario Craven. Él estaba garabateando algo en su pizarra que iba del techo al suelo.

—Comisario, ¿puede buscar una dirección para mí? —preguntó Ella. Mia apareció detrás de ella.

—Es posible. ¿Nombre?

—Ethan Heroux. —Ella se lo deletreó.

—Dark, su dirección está en la tarjeta de visita.

—Es la dirección de su trabajo. Son casi las siete de la tarde. Ahora debe estar en su casa.

—330 Aldgate Court, 8540 —dijo Craven—. ¿Has identificado a este tipo para algo?

Ella hizo una nota mental.

—Ya veremos. —Se volvió hacia Ripley—. ¿Vienes?

CAPÍTULO TRECE

Ella rellenó los espacios en blanco mientras Mia conducía a la casa del terapeuta.

—Leslie Buddington dijo en el tribunal que Heroux era su terapeuta. La policía encontró la tarjeta de Heroux en el vehículo de James Floyd y tenía la fecha de la cita escrita en el reverso. Eso significa que ambos fueron al mismo terapeuta.

Mia había evitado la carretera principal para tomar las calles laterales. A esta hora, les permitía llegar mucho más rápido. Ella iba a sugerirlo de todos modos, pero ya sabía que no debía darle a Mia consejos de conducción.

—¿Qué era eso de un hijo? Estoy perdida.

—Marcus Heroux. Murió en el hospital. Esa es la documentación que encontré en el escritorio de James Floyd. ¿Tal vez Ethan culpa a James y posiblemente a Leslie por la muerte de su hijo? ¿Tal vez sus sesiones lo ayudaron a acercarse a ellos? Parece demasiado conveniente para ignorarlo.

—Aquí —dijo Mia—. 330 Aldgate Court. Maldita sea, este tipo vive a lo grande.

Otra casa grandiosa. Un amplio camino de entrada de guijarros alrededor de una fuente de agua. Una fila de pilares de piedra sosteniendo el porche. Los focos de luz del tejado iluminaban el césped que rodeaba la casa. En el otro extremo del césped, Ella vio un par de establos para caballos. Cómo vivía la otra mitad, se dijo.

Mia dejó el coche frente a la puerta. Las agentes salieron y subieron por el camino de entrada. Ella se sintió observada.

Seguramente un lugar así tenía cámaras de detección de movimiento en alguna parte.

Llegaron a la puerta sin que sonara ninguna alarma. Ella golpeó la puerta y vio que brillaba la luz de una habitación del piso inferior. Algo se movía detrás de la cortina. Había alguien en casa.

Pasó un minuto sin respuesta.

—Señor Heroux, abra, por favor —dijo Ella, no estaba segura de haber subido el volumen lo suficiente como para que la persona que estaba dentro pudiera oír su voz. Ella volvió a tocar la puerta y obtuvo el mismo resultado.

—Nos está evitando —dijo Mia, y luego golpeó la puerta con su fuerza de puños de hierro—. Sr. Heroux, somos del FBI, abra por favor.

La luz del piso inferior se apagó. Ella oyó voces, sollozos. Se volvió hacia Mia. Ella también lo había oído.

—Parece sospechoso —gritó Mia—. Usa la fuerza.

Ella no necesitó más instrucciones. Tiró de la manija de la puerta con el resultado esperado, y luego la empujó con el hombro usando toda la fuerza que tenía. La puerta retumbó en el marco y le provocó una herida, pero se sobrepuso al dolor y siguió adelante. Ella dio un paso atrás, puso todo el peso en el pie y lo lanzó contra el pomo de la puerta.

Se abrió de golpe, arrancando el cerrojo por completo.

—Sr. Heroux, haga el favor de darse a conocer. —Gritaron mientras corrían por el extravagante pasillo buscando la entrada a la habitación donde habían visto a la figura. Había una puerta que daba a la derecha. Ella agarró el picaporte y tiró de ella, pero estaba cerrada con llave.

—Disculpen —gritó una voz de mujer—. ¿Qué creen que están haciendo en mi casa?

En lo alto de una escalera de caracol, había una mujer de pie con una bata y una toalla alrededor de la cabeza.

—Estamos buscando a Ethan Heroux —dijo Ella—. ¿Dónde está?
La mujer se quitó la toalla.

—¿Quién diablos se creen que son para derribar mi puerta? Debería demandarlas.

—Somos el FBI —dijo Ella—. ¿Dónde está Ethan?

La puerta de al lado se abrió de golpe y un caballero con la cara roja se acercó a Ella.

—Aquí estoy. Soy Ethan. ¿Quién, en nombre de Dios, son ustedes? ¿Por qué están en mi casa?

Ella se preparó para luchar. Ethan parecía enfurecido y era comprensible.

—Ethan, somos del FBI. Necesitamos hablar con usted sobre Leslie Buddington y James Floyd.

—Estoy en medio de una sesión, necias. —Detrás de Ethan, una mujer joven se asomó por encima del hombro. Se retiró rápidamente al ver la conmoción—. ¿Qué es tan importante que han tenido que irrumpir en mi casa?

Mia intervino.

—Su sesión ha terminado. Tenemos que hablar con usted urgentemente. O lo hacemos aquí mismo o lo llevamos a la comisaría. La elección es suya.

—¿Qué quieren decir con eso? ¿A la comisaría? Tienen que empezar a explicarse porque no tengo ni idea de lo que están hablando —gritó Ethan.

—Leslie y James. Eran clientes suyos, ¿verdad? —dijo Mia.

—¿Han oído hablar de la confidencialidad de los pacientes? —dijo Ethan—. No les voy a decir nada. No me importa quiénes sean.

La esposa de Ethan se precipitó entre Ella y su marido.

—Dios mío. ¿Están tratando de decir que Ethan es sospechoso de asesinato? —preguntó.

—¿Asesinato? Bien, ahora estoy completamente perdido.

—Lo escuché en las noticias hace un rato. Aún estabas en la sesión —le dijo la mujer a Ethan—. ¿Eran... clientes tuyos?

Ethan se apoyó en la pared detrás de él. Se le quedó el rostro en blanco, como si estuviera mirando al abismo.

—Que alguien pulse el botón de reinicio, porque estoy realmente perdido aquí. —Se retiró a la habitación, dejando a las agentes y a su esposa en el pasillo. Unos segundos después, la paciente de Ethan pasó entre ellas sin decir una palabra, saltó por encima de la puerta rota y escapó a la calle.

—Bien, entren —dijo Ethan—. Pero van a pagar una puerta nueva. —Ethan condujo a las agentes a su estudio.



Las cosas se calmaron, pero Ella tenía la gran sospecha de que Ethan ocultaba algo. Había algo que no le parecía bien. Él encajaba muy bien en el perfil psicológico. No era físicamente imponente, probablemente estaba familiarizado con la disposición del hospital Princeton y quizá con la residencia de ancianos Tower Lodge, y era lo suficientemente inteligente como para comprender ciertos conceptos médicos.

Solo había dos asientos en la habitación. Ethan se sentó en uno, y Mia en el otro. Ella se recostó contra la puerta en caso de que Ethan intentara hacer una fuga audaz.

—Sinceramente, no sé nada de ningún asesinato —dijo Ethan.

—¿No mira las noticias? ¿Ninguno de sus colegas se lo ha dicho? Parece extraño que alguien de su estatus no sea alertado inmediatamente de estas muertes —dijo Ella.

Ethan se encogió de hombros.

—No, no veo las noticias. En los últimos días no he tenido tiempo ni de ir al baño y mucho menos para leer sobre la delincuencia local. ¿Qué ha pasado, exactamente?

—Una joven llamada Leslie Buddington fue encontrada muerta en su coche fuera de la residencia de ancianos Tower Lodge. Creo que usted la conoce, ¿verdad?

A Ethan le palideció el rostro.

—Por supuesto. Era una paciente mía. ¿Leslie está muerta?

Ella se concentró únicamente en las microseñales de Ethan. Su comportamiento se mantuvo constante. Se inclinó hacia adelante como si quisiera decir que no ocultaba nada. Hasta ahora, no podía reprocharle nada, pero los psicópatas eran expertos en interpretar el papel que necesitaban actuar.

—Sí. Está muerta. Apuñalada, mantenida con vida y estrangulada hasta la muerte.

Ethan levantó la palma de la mano en un gesto de tiempo fuera.

—Discúlpeme. Creo que voy a vomitar. —Se estiró y bebió un vaso de agua—. Les aseguro que no tengo nada que ver con esto.

Ella no quiso aceptar aún su declaración de inocencia. Continuó con los hechos.

—Y luego está el doctor James Floyd. Creo que usted también lo conoce.

—Lo conozco. Un médico fantástico. Un hombre fantástico. Por favor, no me digan...

—Me temo que sí —dijo Mia—. Encontrado muerto fuera del hospital Princeton. Apuñalado, reanimado varias veces y luego estrangulado. ¿Cómo se siente al respecto?

Ethan se cubrió la cara con ambas manos. Su respiración se aceleró. Una auténtica muestra de emoción o un intento inútil de ocultar la verdad, se dijo Ella.

—Bien, nos enteramos de que usted ya no trabaja para el hospital Princeton. ¿Puede hablarnos de eso? —preguntó Ella.

Ethan se tomó su tiempo. Ella aprovechó la oportunidad para observar su lenguaje corporal.

—Nunca he trabajado para ellos —dijo Ethan—. Si alguien les ha dicho eso, es un error de comunicación. Yo era un colaborador suyo. Eso es todo.

Ella no estaba muy segura de lo que eso implicaba.

—¿Colaborador? Explíquese.

—Soy terapeuta. Me especializo en traumas, duelo y pérdidas. Princeton me pidió que me convirtiera en su terapeuta colaborador para cualquier miembro del personal que tuviera problemas de salud

mental. Obviamente, los médicos tienen que lidiar con muchos traumas. A veces, me enviaban pacientes para que los ayudara. Eso es todo lo que éramos.

A Ella le pareció que tenía sentido, pero aun así era una coincidencia que tanto Leslie como James acudieran a esta misma persona.

—¿Y Leslie y James tenían problemas?

—Mis labios están sellados. Incluso en la muerte, creo en la confidencialidad. Por favor, respeten eso.

Le tocaba a Mia.

—Una de nuestras fuentes dijo que usted y los directores de Princeton tuvieron una discusión. ¿Podría aclararnos algo al respecto?

Ethan negó con la cabeza.

—¿Una discusión? ¿De dónde viene eso? Nunca hemos discutido.

—¿No? —preguntó Mia.

—No. Simplemente les dije que no podía aceptar más pacientes. Además de tratar con su personal, tengo muchos clientes propios. Mi agenda estaba llena y Princeton quería darme más trabajo. Les dije que no podía hacerlo. Si lo hacía, me estaría exigiendo demasiado. Esto fue hace unos seis meses y no me renovaron la condición de contratista con ellos.

Aquella infernal decepción se hizo presente otra vez. Cuanto más hablaba Ethan, menos probable parecía que fuera su sudes. Algo en su tono y en su actitud sugería que solo decía la verdad.

—Bien. ¿Y qué hay de su hijo? —preguntó Ella.

Ethan mantuvo la compostura, pero la palabra le provocó algo detrás de los ojos. Le brotaron lágrimas en los ojos. De repente, se arrepintió de haberlo mencionado. Aunque Ethan tuviera algo que ocultar, sin duda era un tema desagradable para sacar a relucir.

—Marcus falleció en el hospital. En paz. Tenía 21 años.

Ella no pudo contener la compasión.

—Siento mucho escuchar eso.

—Gracias. Como terapeuta del duelo, lo he asumido, pero es muy duro, como pueden comprender.

Ella rápidamente pensó en una forma de abordar el tema sin sonar acusadora.

—¿Marcus estaba bajo el cuidado de James Floyd?

—No —dijo Ethan, como si fuera de dominio público—. James no tuvo ninguna participación. Tampoco Leslie, si es lo que están pensando. Marcus estaba bajo el cuidado del doctor Gerritsen.

La línea de llegada se alejó a toda velocidad, y quedó extremadamente lejos de su alcance. Primero Connor Jansen no aportó nada, ahora esto. Hizo todo lo posible por ocultar su decepción, pero sabía que la tenía plasmada en la cara. Todas las preguntas que tenía se desvanecieron abruptamente.

—Lo que le pasó a Marcus era inevitable —dijo Ethan—. Estoy en paz con ello. Solo un milagro podría haberlo salvado. No guardo ningún resentimiento hacia sus cuidadores. Hicieron todo lo que pudieron.

Mia se hizo cargo.

—¿Puede verificar su paradero en las noches del 30 de abril y del 3 de mayo? —preguntó.

Ethan se rascó la mejilla y miró al techo.

—¿A qué hora?

—Entre la medianoche y la una de la madrugada.

—Estaba trabajando en el sótano. Renovándolo. Pregúntele a mi esposa.

La mente de Ella se dirigió a las sesiones de terapia de James y Leslie. ¿De qué podrían haber hablado? ¿Cuáles eran sus problemas? Tenía que encontrar la manera de sacarle esa información a Ethan, al margen de la confidencialidad.

—¿James y Leslie acudieron a usted directamente, o fueron remitidos por otra persona? —preguntó Ella—. Tal vez alguien que estaba preocupado por su bienestar.

Ethan se cruzó de brazos, un gesto de defensa.

—Vinieron a mí directamente. —Puntuó la frase con una fuerte tos—. Bueno, mi esposa fue el catalizador. Ella trabajaba con Leslie y vio que estaba teniendo problemas.

—Entonces, sus profesiones les pasaron factura mentalmente.

—Me temo que no puedo decir nada más. Lo que hablamos aquí se queda aquí. Es mi *ethos*.

—Señor Heroux, esos dos pacientes están muertos y estamos tratando de averiguar quién los mató. Si revelaron algo que pudiera indicar por qué alguien podría querer matarlos, tenemos que saberlo —dijo Ella.

Ethan esquivó el comentario.

—No sé qué quieren que diga. No se me ocurre nada. Tenían problemas, como todo el mundo.

—¿Personales o profesionales? —preguntó ella.

—Un poco de ambos.

—Sr. Heroux, estuvimos con la esposa de James, que estaba bebiendo hasta el olvido. Me senté en el escritorio vacío de James. Encontré un collar que guardaba de un antiguo paciente al que se sentía cercano. Hasta donde podemos ver, era un santo absoluto. Si nos falta algo, algo en lo que podamos indagar, estamos desesperadas por encontrarlo. Puede que usted sea la única persona en el mundo con esa información.

Ethan bebió otro trago de agua. Pasó el dedo por el borde del vaso y luego lo dejó lentamente.

—De acuerdo. Pero esto queda entre nosotros. No se lo repetirán a nadie.

—Tiene nuestra palabra —dijo Mia. Ella asintió con la cabeza.

—Tanto Leslie como James tenían el mismo problema. Un problema que no es exclusivo de los funcionarios médicos ni mucho menos, pero que ciertamente se ve magnificado por su profesión.

—¿Qué problema era este? —preguntó Ella.

—Duelo anticipado recurrente.

Palabras familiares, pero no era un término que Ella reconociera.

—¿Puede explicar qué es eso? No lo sé.

Ethan se cruzó de nuevo de brazos, volviendo al modo terapeuta.

—Es la angustia que siente una persona en los días o semanas anteriores a la muerte de un ser querido o cualquier otra pérdida inminente. Es la experiencia de saber que se avecina un cambio y empezar a experimentar el duelo ante ese conocimiento.

Ella recordaba que todos sus entrevistados decían que James Floyd solía forjar relaciones estrechas con sus pacientes, por no mencionar que había guardado un recuerdo de uno de ellos. Es evidente que James forjaba grandes vínculos con las personas a las que cuidaba.

—¿James y Leslie estaban teniendo problemas ante la pérdida de sus pacientes?

—Sí. Ambos eran individuos muy sensibles, estaban muy al tanto de sus emociones. Para personas así, tratar con la muerte constante, incluso en un entorno profesional, era como un veneno de acción lenta para su salud mental. James trataba con muchos pacientes que se encontraban al final de su vida y Leslie trabajaba en una residencia de ancianos donde la rotación era regular. En pocas palabras, luchaban contra la cruel noción de la mortalidad.

—¿Acaso no lo hacemos todos? —dijo Mia.

Ethan parecía un poco ofendido.

—Estoy seguro de que ustedes se enfrentan a su parte justa de muerte, agentes, pero, con el debido respeto, no conectan con las víctimas de la misma manera que lo hacen los médicos y los cuidadores. Los cadáveres aparecen como cadáveres para ustedes. Para gente como James y Leslie, esos cadáveres fueron una vez seres vivos.

Ella deseaba que fuera así de fácil.

—Entendido, Sr. Heroux. Gracias por ser sincero con nosotros.

Mia le pasó su tarjeta a Ethan y se preparó para irse.

—Si se le ocurre algo más, por favor, háganoslo saber.

Ella le dio las gracias al terapeuta. No era su sudes. Derrotadas, ella y Mia se despidieron, y pasaron por encima de la puerta delantera rota.

—Haremos que se la arreglen —dijo Ella.

—Por favor, háganlo.

Llegaron al coche. Ella había tenido suficiente por un día. Una persona podía soportar hasta cierta decepción y había llegado a su límite.

—¿Al hotel? —preguntó Mia.

—Por favor. ¿Tú?

—Sí, ya he terminado. Vamos a descansar.

Y como si Ella no tuviera suficiente en su mente, ahora tenía que sobrevivir a la noche.

CAPÍTULO CATORCE

Cuando Ella y Mia llegaron a su hotel para pasar la noche, Ella hizo la pregunta que había estado esquivando.

—Ripley, ¿podríamos compartir habitación esta noche?

Mia se apoyó en el mostrador y pulsó el timbre de servicio.

—Sí. Iba a sugerirlo de todos modos. Probablemente sea más seguro para las dos.

Un empleado llegó para tomar sus datos. Ella le entregó su tarjeta de crédito de la empresa y pidió una habitación doble. El empleado llamó a un asistente para que les llevara las maletas, pero Mia insistió en que lo hicieran ellas mismas.

—¿Estás paranoica? —le preguntó Ella.

—No se puede ser demasiado precavido, sobre todo ahora.

—Bien pensado. —Ella estaba demasiado cansada para considerar que Tobias pudiera tener secuaces en este motel oculto, pero él había tenido gente vigilándola tanto en Baltimore como en Delaware, así que no era descabellado. Llevó su bolso al primer piso y encontró su habitación. Mia la abrió con la llave electrónica.

La habitación era casi un calco de la última en la que había estado. Empezaba a comprender que la vida en la carretera era una serie repetitiva de las mismas imágenes y olores del último lugar, solo que con dos letras diferentes después del nombre de la ciudad. Si alguien le preguntaba en qué estado se encontraba ahora, tendría que pensarlo dos veces. Se acordó de una entrevista con el guitarrista de Guns N'Roses, que odiaba los viajes. «Cuando alguien

me pregunta si he visto mucho de París, señalo las paredes del hotel y digo "esto es lo que he visto de París"».

Dos camas individuales ocupaban la mayor parte del espacio, y había un pequeño tocador, una silla y un televisor pegado a la pared. Tomó la cama más cercana al cuarto de baño, porque desde que empezaron sus problemas con Mark, empezó a orinar mucho más por la noche. No podía estar segura de si estaba relacionado con sus problemas o si era por la edad.

—No roncas, ¿verdad? —preguntó Mia.

—No, tengo una técnica —dijo Ella.

—Claro que la tienes. ¿Funciona?

—En realidad, no tengo ni idea. Hace años que no duermo con alguien. En la misma habitación, quiero decir.

—Sé lo que quieres decir. Bueno, te lo haré saber por la mañana. Yo no tengo ninguna técnica, así que tápate los oídos. —Mia tiró sin reparo su ropa en la silla cercana y se metió en la cama. Ella deseaba tener tanta confianza en sí misma.

—¿A las 7 de la mañana, bien temprano? —preguntó Ella.

—Siempre. Duerme bien.

Ella se preparó para ir a la cama, un ritual que incluía borrar todas las notificaciones de su teléfono. Lo último que quería era despertarse con una sobrecarga de mensajes. Apagó la luz, se metió en la cama y encendió el teléfono. Aparecieron todos los mensajes que había ignorado antes, la enorme cantidad de 14.

«¿Dónde estás? ¿Con quién estás?».

«¿En qué caso estás?».

«Estoy trabajando en un caso en serie y necesito tu ayuda».

«Tenemos que hablar».

«Lláname ahora».

«¿Por qué haces esto tan difícil?».

Y así repitiéndose hasta el infinito. Se desplazó por la pantalla de su conversación con Mark, viendo un sinfín de mensajes, todos con un formato similar. Mensajes cortos y vagos que intentaban manipularla para que se pusiera en contacto con él. ¿Cuántos

mensajes de texto serían necesarios para que él entendiera de una vez la idea? Más de un millón, por lo que parece.

Tuvo un fuerte *déjà vu* de su caso en Delaware. Allí se había prometido a sí misma que no soportaría más el comportamiento tóxico de Mark. Se había prometido a sí misma que rompería con él y le ofrecería una dosis de la cruel verdad. Lo peor de todo es que había hecho exactamente eso y él simplemente no lo había aceptado. Cuando volviera a su casa, sería el momento de emplear todos los medios posibles. O usar la fuerza, como diría Ripley. Era una maldita agente del FBI, por el amor de Dios. Había atrapado a algunos de los psicópatas más sádicos de los Estados Unidos. ¿Qué tan difícil era darle a Mark el mismo tratamiento que le había dado al asesino Géminis? ¿O al Loco coleccionista de monedas, como llamaba la prensa a su reciente captura?

Ella pensó en borrar todos sus mensajes, pero decidió no hacerlo. Necesitaba pruebas de sus acciones en caso de que alguna vez tuviera que oponer su palabra a la de él. Las pruebas eran todo en este juego.

Tumbada de lado y mirando la pantalla, fue entonces cuando se dio cuenta de que no había enviado ningún mensaje a su compañera de piso. Rápidamente escribió un mensaje, recordándole a Jenna que cerrara las puertas y las ventanas. También le dijo a Jenna que, si uno de sus múltiples amantes se quedaba a dormir, dejara sus zapatos fuera de la puerta. Era un truco que había aprendido entrevistando a mujeres golpeadas durante su tiempo en la policía de Virginia. Las mujeres que ponían las botas de los hombres fuera de su puerta tenían menos probabilidades de ser objetivo de un atacante. Los asesinatos en serie a veces tenían un trasfondo sexista, algo que hacía que todo fuera un poco más triste.

Cerró los ojos, pero el sueño parecía estar a un millón de kilómetros de distancia. Su cerebro estaba lleno de actividad y tardaría horas en calmarse. Pensó en las cosas más mundanas que pudo: estar atrapada en el tráfico, el correo no deseado, los canales de compra de la televisión, el golf.

Nada de eso parecía servir.

¿Cuánto tardaría una persona en ir de Maine a Nueva Jersey? ¿O de Maine a Washington, D.C.? ¿Tres horas? ¿Tobias podría estar en cualquiera de los dos estados ahora mismo, buscando a las personas que más deseaba? ¿O estaba en Maine, pensando en su próximo movimiento?

¿Y si Tobias tenía contactos en el sector de las aerolíneas que podían transportarlo a dónde quisiera? ¿O qué tal si simplemente conducía todo el viaje? Nueve horas, diez a lo sumo.

Esas ideas la despertaron aún más. El sueño estaba aún más lejos de su alcance. Decidió despejar la cabeza y no concentrarse en absolutamente nada, pero entonces la almohada estaba demasiado caliente. Necesitaba ir al baño. Una mente vacía significaba que era más consciente de sus sentidos y eso traía sus propios problemas.

Se levantó, fue dando tumbos en la oscuridad y encontró el camino hacia el baño. Cuando volvió, vio una luz en el lado de Mia de la habitación. Ella se preocupó de que sus tropezones hubieran despertado a su compañera.

—Lo siento, no quería molestarte —susurró Ella.

Mia dirigió la luz hacia Ella.

—No hace falta que te disculpes. Todavía estoy despierta. He estado poniéndome al día con los correos electrónicos.

Ella volvió a meterse en la cama y se incorporó.

—¿Alguna novedad?

—Nada —dijo Mia con severidad—. Se ha desvanecido como un fantasma en la niebla. Desaparecido. Han comprobado todas las cámaras de seguridad en quince kilómetros a la redonda y no han visto nada.

Ella se recostó contra el cabecero de la cama y se quedó mirando la oscuridad. Cuanto más tiempo permaneciera invisible, más se sentiría ella responsable de lo que pudiera ocurrir.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—No lo sé, pero este tipo no es Houdini. Es de carne y hueso como todos los demás. Tiene que estar en alguna parte. Tiene que

salir a la superficie en algún momento. No puede haber desaparecido en el espacio vacío.

Había algo que Ella quería saber, y durante varios meses no había tenido el valor de plantearlo. Pero Ella no estaba segura si este sería el mejor momento para hacerlo.

—Ripley, ¿puedo preguntarte algo sobre tu pasado? Algo que sé que no te gusta comentar.

La luz del teléfono de Mia desapareció, lo que sumió a la habitación en la más absoluta oscuridad.

—Quieres saber cómo lo atrapé por primera vez, ¿no?

—Sí.

Mia solo le había contado a Ella la versión corta cada vez que le había preguntado. Claro que Ella había estudiado el caso hasta niveles obsesivos y había devorado los archivos del FBI sobre el caso, pero escuchar los detalles de la propia boca de la mujer protagonista era insuperable. El único problema era que el caso seguía siendo tan traumático para Mia como lo fue hace 16 años.

—Empezó en 2001, si no recuerdo mal. En un lugar llamado Mount Carroll, a unos quince kilómetros de Chicago. —Mia estaba acostada en la cama y hablaba hacia el techo—. Nos llamaron para investigar una serie de suicidios. Habían encontrado a cuatro mujeres colgadas de los árboles en la campiña de Illinois.

Ella ya conocía estos detalles, pero no interrumpió. Se sorprendió de que Mia accediera a su petición de que contara su historia.

—Pensamos que tal vez estaba pasando algo. Algo que llevaba a estas mujeres al suicidio. Cuando miramos más de cerca, descubrimos que las mujeres se suicidaron en circunstancias sospechosas. Encontramos huellas dactilares secundarias en una de las sogas.

—¿Fue entonces cuando se dieron cuenta de que eran asesinatos?

—No del todo. Poco después se produjo un quinto incidente, pero esta vez una cámara de seguridad lo grabó todo. Lo que vimos fue... bueno, nunca había visto nada parecido. No fue brutal ni sangriento,

solo... surrealista. Como una película de terror muda de los años veinte.

Ella había oído hablar de la grabación, pero nunca la había visto por sí misma. En la oficina se rumoreaba que estaba guardada en lo más recóndito del depósito de pruebas de Quantico y que solo se había visto una vez en el juzgado. Ella le preguntó una vez al archivero de la sede del FBI y él dijo que, efectivamente, existía, y que estaba etiquetado como «nunca debe ser visto, duplicado o borrado».

—En ella se ve a dos personas sentadas en la hierba junto a un árbol, con una soga entre ellas. Una era una chica y se podía ver su cara claramente. El otro tenía una máscara extraña, como una de esas máscaras de médico de la peste. Hablaron durante unos cinco minutos, como dos viejos amigos. El tipo enmascarado puso su mano sobre la de ella, y entonces ella empezó a llorar. Entonces la mujer simplemente tomó la soga y se ahorcó mientras el enmascarado miraba.

Ella se estremeció al pensar en ello. En otras circunstancias, daría cualquier cosa por ver las imágenes por sí misma. Pero ahora que estaba tan cerca del hombre con la máscara de médico de la peste, lo vería de una manera completamente diferente.

—Fue entonces cuando supimos que eran asesinatos en serie. Empezamos a llamarle el Verdugo, y tardamos cuatro años en localizarlo. No murieron más mujeres en ese tiempo, al menos ninguna que se le atribuyera oficialmente. ¿Pero las posibilidades de que él se quedase tranquilo? Absolutamente ninguna. Mató a muchos más y sabíamos de buena fuente que también había intentado asesinar a niños. De hecho, encontramos una máscara de médico de la peste en el fondo de un pozo, y en ella había ADN de una niña de 11 años desaparecida.

Esa fue la parte más oscura de todas, se dijo Ella. Había estado conscientemente a menos de tres metros de un hombre que había acabado con la vida de niños inocentes. Si pudiera retroceder en el

tiempo, habría metido una pistola en la prisión de Maine y le habría disparado al corazón en la primera oportunidad que tuviera.

—Rastreé las pruebas hasta una pequeña cabaña en medio del bosque. Nos preocupaba que el sudes supiera de nosotros, así que me precipité tontamente, tratando de ser la heroína del día. Llegué a la choza sola y fue cuando encontré... todo.

—¿Qué había allí?

—Suficientes pruebas para incriminar al dueño en más de treinta asesinatos. Sogas ensangrentadas, documentos de identidad, billeteras, mechones de pelo, permisos de conducir y lo peor de todo.

Ella ya sabía lo que era.

—Zapatos.

—Zapatos. Tacones, botas, incluso zapatos de niños pequeños. Se me revolvió el estómago porque sabía exactamente lo que significaba. Había encontrado al asesino en serie más prolífico desde Bundy o Dahmer. Entonces alguien me atacó desde la oscuridad. Me sujetó y me arrastró al bosque. Estúpidamente, le dije que vendrían refuerzos y eso solo empeoró todo.

Ella permaneció en silencio y dejó que Mia terminara. Mia le estaba dando muchos más detalles de los que había previsto. Tal vez fuera terapéutico para ella por fin hablar de todo aquello después de tanto tiempo.

—Me golpeó, me hizo un traumatismo craneal. Roció su choza con gasolina y luego se sentó conmigo, como había hecho con la chica del vídeo. Me hizo tirar la cerilla dentro. Tuve que ver cómo todas las pruebas del interior se convertían en cenizas. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Me estaba dando un castigo peor que la muerte, porque sabía que nunca podría probar lo que vi.

—Te hizo dudar de ti misma —dijo Ella.

—Sí, lo hizo. Por suerte, mi compañero de entonces llegó y redujo al hombre. Se entregó de buena gana. No hubo un tiroteo salvaje ni un enfrentamiento dramático. Simplemente se rindió porque sabía que había prolongado su juego al hacer lo que hizo.

—¿Y las pruebas? —preguntó Ella.

—Los forenses no encontraron rastros de zapatos. Ni tarjetas de identificación. Ninguna soga. Nada. La defensa dijo que estaba traumatizada y que lo había alucinado todo. Culparon al traumatismo craneal. Fue entonces cuando el FBI me envió a terapia. Estoy segura de lo que vi, pero los profesionales me han dicho lo contrario. Ningún asesino en serie moderno podría ser responsable de más de treinta muertes, no en esta era de vigilancia y pruebas de ADN. Eso es lo que dijeron. Tuvieron el descaro de decirme esto.

—Lo siento, pero gracias por contarme todo esto. Te lo agradezco.

—Fue entonces cuando descubrimos quién era. Ten en cuenta que en ese momento ni siquiera sabíamos el nombre del tipo. No le pudimos encontrar ninguna identificación. Todavía no lo hemos hecho, hasta el día de hoy. No encontramos registros de su vida. Ningún historial de empleo, ningún vehículo registrado. Era como un fantasma sobrenatural que solo existía para matar. Puede que Tobias Campbell ni siquiera sea su verdadero nombre.

Este era un capítulo que Mia había intentado dejar en el pasado, pero Ella lo había resucitado, lo había reescrito y lo había hecho aún más atroz que antes.

—Yo causé esto —dijo Ella—. Lo he provocado. Traje al Verdugo devuelta.

—No, él siempre estuvo ahí en segundo plano. He estado lidiando con la carga de Tobias desde mucho antes de conocerte —dijo Mia—. Cada año, en mi cumpleaños, me enviaba zapatos. Trató de incitarme a visitarlo. Nunca cedí.

—Pero ahora tienes que hacerlo, por mi culpa.

—Oh, no voy a ceder. En todo caso, esta es la excusa perfecta. Si me hubiera reunido con Tobias en la cárcel, no podría hacer otra cosa que hablar. Pero si nos encontramos en la calle, es una historia diferente. Esto tenía que suceder eventualmente, solo lo aceleraste. Y no te preocupes, no dejaré que te pase nada. Puede que hayamos

tenido nuestros problemas, pero el pasado es el pasado. A partir de ahora somos tú y yo contra el mundo, sin fantasmas. ¿Entendido?

Ella agradeció la excusa optimista, pero sabía que no era del todo cierta. De repente, el cansancio la invadió al sentirse un poco más segura.

—Gracias, Ripley. Tampoco dejaré que te pase nada.

—Te lo agradezco. Ahora vete a dormir. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir mañana?

CAPÍTULO QUINCE

Anderson Cooper se sirvió una gran copa de vino y se dejó caer en su silla. ¿Qué era la jubilación sino una excusa para beber todas las noches? Mañana se despertaría con una terrible resaca, pero a diferencia de su época de estudiante de medicina, podía tomarse todo el tiempo que necesitara para recuperarse.

Recorrió los canales de la televisión, marcando cada cambio de canal con un movimiento de muñeca. Los sábados por la noche eran los peores días para ver la televisión, pero eso significaba que no tenía que pensar demasiado. Lo último que quería en ese momento era algo intenso, así que un programa de debate de famosos le pareció una opción adecuada.

Las noticias locales habían estado dominadas por el asesinato de James Floyd. Se habían ahorrado algunos de los detalles más finos, pero el titular era claro como el día: «médico local asesinado fuera de su lugar de trabajo». Además, también había aparecido una joven. Anderson ya no entendía lo que le pasaba al mundo, menos mal que había dejado la actividad pública cuando lo hizo. Ahora solo tenía que preocuparse de qué actividades podrían mantenerlo ocupado durante la semana. A veces echaba de menos el prestigio que le proporcionaba su antiguo trabajo, pero a los sesenta y dos años, tuvo la suerte de poder darlo por terminado cuando aún le quedaban unos cuantos años por delante.

Anderson ni siquiera había desembolsado sus compras. Las había dejado en la mesa para otro momento. Una de las muchas ventajas de no tener mujeres ni niños en casa. En cierto modo, se deleitaba

con el pequeño caos, como si estuviera compensando los años que había pasado siendo excesivamente aséptico.

Después de beber media botella de vino, Anderson sintió que le pesaban los ojos. Dejó que el sueño llegara en pequeñas dosis, utilizando el volumen de la televisión para mantenerse medio despierto. Luego todo quedó en silencio durante unos minutos y, cuando se despertó, se dio cuenta de que llevaba casi media hora dormido.

Todavía era demasiado temprano. Aún no podía dormir porque se despertaría a las 4 de la mañana, listo para empezar el día. Tomó otra dosis de vino para reanimarse y se puso en pie. Los asesinatos fueron lo primero en lo que pensó, y por eso Anderson recorrió su casa cerrando todas las puertas. La delantera, la trasera, el sótano. Incluso se aventuró a entrar en el sótano por primera vez en mucho tiempo y se aseguró de que todas las puertas de allí estuvieran cerradas con llave. Luego volvió al piso de arriba, fue al baño y se sentó en el trono. Claro que sentarse para hacer sus necesidades era algo castrante, pero ya no había nadie cerca para decírselo. Además, era mucho más cómodo que estar de pie. Sus viejas piernas no podían soportar el peso como lo hacían antes.

Cuando terminó, entró en su viejo y polvoriento despacho, y examinó la estantería con los libros. Tal vez algo aquí le ayudaría a pasar el resto de la noche. Las tres primeras filas eran libros de medicina, sobre todo para mostrarlos cuando traía invitados. Se inclinó hacia las filas inferiores, donde se escondían los libros de ficción, y ojeó los nombres en los lomos. Algunos libros de novela negra, misterios de asesinatos y cosas por el estilo. Se rio de la idea. Eso era lo último que quería ahora, teniendo en cuenta lo que le había pasado a su viejo amigo Floyd. Se decidió por la ficción histórica, una saga del Salvaje Oeste sobre un forajido a la caza de un notorio barón del petróleo. Anderson recordaba haber empezado la saga hace años, así que quizás ahora era el momento adecuado para terminarla.

Entonces Anderson oyó un ruido en el piso de abajo.

Por un segundo, recordó su antigua vida, con una esposa, dos hijos y suficientes perros como para tirar de un trineo. Lo primero que pensó fue que uno de los canes había golpeado un adorno con la cola, pero ya no había ningún can. Nada más que él y diez habitaciones vacías.

Se quedó quieto por un momento y trató de oír cualquier cosa que le sugiriera vida. Silbidos de tuberías, vecinos discutiendo, sonidos externos que se sintieran más cerca de lo que realmente estaban.

Todo se detuvo. De nuevo el silencio absoluto.

Anderson se sintió un poco aliviado. Pensó que el cansancio de su cerebro le había jugado una mala pasada. Volvió a bajar las escaleras, pero al llegar al pasillo, algo estaba diferente.

Normalmente, la luz del salón iluminaba toda la zona de abajo, pero de repente todo estaba más tenue.

Por supuesto, comprendió Anderson. Un fusible debe haber saltado y apagó la luz.

—Maldita sea —murmuró en voz baja. Odiaba tener que ocuparse de la electricidad, sobre todo a su edad. Un movimiento en falso podía significar un feo accidente.

Anderson tanteó la habitación y se golpeó la rodilla contra el sofá. Volvió a maldecir, pero entonces vio la luz parpadeante del televisor. Su *router* seguía parpadeando con colores verdes y azules. Si había saltado un fusible en el piso de abajo, siempre apagaba todo el piso.

Su mano encontró el interruptor de la luz con pánico. Comenzó a temblar. Algo se sentía inquietantemente mal en todo esto. No tenía sentido.

Anderson encendió la luz. Un resplandor anaranjado envolvió la habitación y Anderson vio que la habitación no estaba como la había dejado. Había una gran diferencia.

—Hola, señor Cooper —dijo la figura.

Anderson dejó caer el libro y retrocedió contra la pared. Dirigió las manos hacia el objeto pesado más cercano, pero no encontró

nada de eso.

—Por Dios, ¿quién eres? ¿Por qué estás en mi casa?

La figura iba vestida de negro y tenía una capucha que le ocultaba la cara. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

—Llevo mucho tiempo esperando esto —dijo la figura. Su voz era ligera, nasal y desconocida. En lo poco que vio de la cara del intruso, no reconoció sus rasgos. Este hombre era un extraño.

—Vete de aquí antes de que llame a la policía —gritó Anderson. Si lograba imponerse en la confrontación, podría tener una oportunidad de ahuyentar al intruso. Siguió retrocediendo, pero se encontró con las sólidas paredes del pasillo. Podía correr hacia el segundo piso, pero no había ninguna salida allí arriba.

—No tendrás tiempo para eso —dijo el intruso mientras se acercaba. El hombre sacó una mano de los bolsillos para mostrar una reluciente hoja plateada. Un cuchillo de carnicero, moteado con manchas rojizas. Anderson reconoció la imagen. Ya había visto suficientes herramientas quirúrgicas con sangre seca en su época. Pensó en los recientes asesinatos, dos en tres días. Las autoridades locales habían dicho que estuvieran en alerta máxima, pero esas cosas no le ocurrían a la gente como él.

Anderson comprendió que no tenía otra opción. Era luchar o huir, y no podía competir con alguien que blandía una cuchilla. Se dio la vuelta y corrió hacia las escaleras, pero la figura estaba a su lado, respirando el mismo aire confinado que él. Anderson se chocó contra la escalera, se puso de espaldas y pateó furiosamente, pero no tenía energía para hacerlo. El aire abandonó su cuerpo en una sola ola torrencial, dejándolo sin aliento e inmóvil a merced del atacante. Solo cuando miró hacia abajo vio el cuchillo de carnicero enterrado profundamente en su estómago.

No tenía fuerza de voluntad para luchar, ni para moverse, ni siquiera para pensar. Anderson se agarró a la barandilla en un último acto de resistencia, pero ya no le quedaba nada. La visión se le

quedó estática, borrosa, oscura. Las formas se confundían unas con otras y el mundo se convertía en una masa inidentificable e incolora.

Pero durante un breve segundo, su conciencia volvió a surgir, y quizá fuera su cerebro aceptando su destino, pero estaba seguro de haber visto algo familiar. Algo que había visto más veces de las que podía contar.

Su atacante, ahora con la capucha puesta y una sonrisa sádica en la cara, apretaba un tubo médico rojo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

U nos pasos la despertaron. No eran de Ripley. Eran más pesados y sin cuidado. Ella salió de su cama. Las luces de los coches que pasaban por delante de su ventana proyectaban cuadrados anaranjados contra las cortinas y se movían hipnóticamente de derecha a izquierda.

Afuera todavía estaba oscuro, así que debía de ser de madrugada. Nunca se despertaba temprano, a menos que algo la interrumpiera. ¿Tal vez era Ripley dando vueltas, preparándose temprano?

No. No era Ripley. Ella conocía su ritmo. Las sombras se movían y bailaban contra la pared del fondo, pero algo le decía que esas sombras no pertenecían a Ripley. Ni siquiera estaba segura de cómo lo sabía. Intuición de compañera, tal vez, de la misma manera que podía saber cuándo Ripley estaba enfadada, irritada o concentrada. Tenían una presencia diferente, un aura extraña.

Ella fingió dormir, pero mantuvo un ojo abierto. Las sombras se desprendieron de las paredes y se manifestaron justo delante de ella, pisando sigilosamente entre su cama y la de Ripley.

Solo pudo vislumbrar algo, pero fue suficiente para saber que tenía razón. Había alguien más en su habitación. De repente se sintió descompuesta y mareada. Sintió un frío glacial en las yemas de los dedos.

Entonces la oscuridad la consumió. Durante unos segundos no vio nada, salvo breves destellos de luz, pero cuando sus ojos se adaptaron a las condiciones de la habitación, vio la silueta de un

hombre que sostenía un cuchillo en la mano. Estaba de pie junto a Ripley mientras ella dormía. Ella trató de gritar, pero no pudo emitir ningún sonido. Se incorporó en la cama y trató de correr hacia él, pero estaba bloqueada. El intruso ni siquiera se fijó en Ella, ya que se centraba únicamente en su compañera. Lo único que podía hacer era mirar.

En una serie de violentas embestidas, la figura clavó el cuchillo en el corazón de su compañera dormida. El repentino ataque dejó a Mia completamente inmóvil. No podía luchar, ni defenderse, ni escapar. Estaba a merced del desconocido.

Ella consiguió escapar de su cama, pero luego se quedó congelada en su lugar, como si tuviera los pies clavados en el suelo. Entonces, todo se deshizo en pequeños fragmentos, como si el cuadro se hubiera roto en pedazos y ella estuviera ensamblando el rompecabezas de nuevo. La sangre chorreaba de la cama a la alfombra. Ripley le gritó a Ella que saliera del motel. El atacante se dio la vuelta, se bajó la capucha y reveló una extraña máscara. Dos enormes ojos, un largo pico. El Verdugo estaba allí. Él dejó a su compañera en un montón de sangre y se abalanzó hacia Ella apuntándole con su cuchillo.

Le dejó de latir el corazón. Se le secó la garganta de forma agónica. Volvía a estar de lado, de nuevo en la cama, con una pierna mucho más fría que la otra. La realidad regresó de forma aplastante, y de repente fue consciente de que se estaba mirando el interior de los párpados.

Abrió los ojos y los enfocó en las cortinas que estaban a unos metros de distancia. Un hilillo de luz solar se filtraba a través de ellas. Se sentó en la cama y tomó su teléfono de la mesa de luz. Las 6:30 de la mañana. Recién entonces se dio cuenta de que ese intruso enmascarado existía en el mundo de sus sueños, no en la realidad.

Ella se levantó de golpe, recibiendo el frío de la habitación. La pesadilla había hecho que los latidos de su corazón se dispararan a

unos insanos 90 bmp según su reloj. Se secó el sudor de la frente y volvió a tumbarse de lado.

Despertarse junto a un cadáver era una pesadilla que había tenido muchas veces, pero el cuerpo era siempre el de su padre. En los veinticinco años que llevaba experimentándola, nunca había sido otra persona. Tal vez, todas las dificultades recientes habían superado a la muerte de su padre como la principal fuente de trauma en su vida.

Ella volvió a comprobar la hora, y se encontró con más notificaciones que hacía seis horas. Al parecer, Mark ya estaba despierto o había estado enviando mensajes de texto toda la noche. Era la segunda opción a juzgar por la hora a la que había enviado los mensajes; 2 am, 4 am, 5 am.

«Te has ido a dormir sin mandarme un mensaje. ¿Es en serio?».

«Será mejor que estés sola ahora mismo».

«Responde en cuanto recibas esto o te pasará algo malo».

Los mensajes ya empezaban a ser intercambiables, pero el último le llamó mucho la atención. Era una amenaza directa, algo que Mark no había hecho antes. La había regañado, la había interrogado agresivamente y la había acusado sin fundamento, pero nunca la había amenazado con nada.

El maltrato emocional era una cosa, pero el maltrato físico era otra cosa. Ella había pensado que tal vez la había abofeteado por el fragor del momento, pero rápidamente estaba quedando claro que Mark tenía toda la intención de hacerle daño. No sabía qué era peor, si Tobias Campbell o Mark Balzano. Al menos entendía a Tobias hasta cierto punto. Era un psicópata despiadado que se divertía con la manipulación y la crueldad, pero se suponía que Mark era un agente del FBI. Como cualquier otro agente, juró defender la ley cuando entró en el FBI. ¿Cómo podía ser un héroe en un momento y un monstruo en otro? No podía adentrarse en su cabeza. ¿Cuál era su objetivo? ¿Volver con Ella para poder abusar de ella continuamente?

Tal vez tenía problemas de abandono. Fuera lo que fuera, ya no era su problema. Si quería una pelea, la iba a tener. La próxima vez que lo viera, le daría lo que necesitaba y no sería una conversación sosegada. Si tenía que lastimarlo un poco, así sería. Si tenía que hacerle entrar en razón con unos golpes, así sería. Cada persona tiene un límite y ella ya había llegado a ese límite hace mucho tiempo.

—Dark, ¿estás despierta? —preguntó Ripley, apareciendo detrás de ella como un fantasma.

Ella dejó caer rápidamente su teléfono por el lado de la cama. Realmente no quería que Mia viera los mensajes de Mark. No solo quería que esto quedara entre ella y Mark, sino que contárselo a Ripley era como contarle al profesor tu vida familiar. Todavía quería mantener un equilibrio entre el trabajo y la vida privada, y su relación con Mark estaba fuera de los límites del trabajo.

—Lo estoy. ¿Y tú? —preguntó Ella. Reconoció lo estúpida que era la frase en cuanto la pronunció.

—Sí, pero me gustaría no estarlo. No hay forma agradable de despertarse en Nueva Jersey.

Ella se rio en señal de respuesta, pero le gustaba ese estado. Parecía bonito y la gente era servicial. ¿Qué más podía pedir?

—Como quieras. Esto parece agradable.

—Ya aprenderás. Prefiero estar muerta en Washington que viva en Nueva Jersey. ¿Has dormido algo?

Ella miró en la dirección opuesta para darle a Mia algo de privacidad, pero vio en su visión periférica que ya estaba vestida.

—No mucho, pero lo suficiente. Te alistaste rápido.

—Temprano por la mañana. Motel de mala muerte. La memoria muscular casi me hizo salir de aquí antes de que te despertaras.

—Ja. Por cierto, no roncaste, si te lo preguntabas.

—Tú tampoco, pero te movías como un demonio. Si estuviéramos en la misma cama te habría dado una patada.

Debían ser las pesadillas. Ahora que Ella lo pensaba, a veces se dormía en un lado de la cama y se despertaba en el otro. Supuso

que era normal.

—Yo hago eso. ¿Cuáles son los planes para hoy?

—No hay planes. Eso es lo mejor de este trabajo. Pero ya que madrugamos, ¿por qué no desayunamos en algún sitio? Me apetece algo cochino. Algo con tocino.

El apetito de Ella había desaparecido por completo en las últimas semanas. No recordaba la última vez que había comido algo que no saliera directamente de la nevera. Tal vez algo pesado le haría bien.

—Me parece un gran plan. Luego, ¿qué tal si vamos a la comisaría y empezamos a investigar de nuevo a las víctimas? Creo que podríamos...

El zumbido de un teléfono interrumpió su discurso. No era el suyo. Ripley recogió su bolso del suelo y rebuscó en su interior.

—Son las seis y media. ¿Quién demonios me llama ahora?

La idea de que alguien llamara a Mia tan temprano la desconcertó. No podía ser el FBI porque aún no había nadie. Sabía de buena fuente que el director no dormía hasta las tres de la mañana todas las noches, así que las posibilidades de que ya estuviera levantado eran mínimas.

—No hay número. Genial —dijo Ripley. Respondió a la llamada y Ella vio cómo su expresión cambiaba de molestia a preocupación. Las dos agentes se miraron a los ojos y Ripley esbozó esa familiar sonrisa de decepción.

—Entendido —dijo Mia—. Nos vemos allí.

Ella no hizo ningún comentario, se limitó a esperar las malas noticias.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó.

—Anoche. En su casa.

El desayuno tendría que esperar.

CAPÍTULO DIECISIETE

Este no era como los demás, se dijo Mia. Estaba con Ella en la casa de Anderson Cooper, un hombre local de unos sesenta años, según el comisario Craven. La casa era espaciosa pero no estaba bien mantenida. Hacía tiempo que no se pasaba la aspiradora y el polvo cubría la mayoría de las superficies. Mia podía darse cuenta de que hacía mucho tiempo que ninguna mujer vivía allí.

Pero el verdadero foco de atención era el cadáver que yacía en la escalera. Igualmente preocupante era el tubo médico que salía de su estómago lacerado. El pobre hombre yacía en un charco de su propia sangre y tenía los globos oculares blancos. Un agente forense realizó un hisopado del cadáver mientras Mia, Ella y Craven lo observaban desde la distancia.

—¿Qué sabemos de él? —preguntó Mia.

—Anderson Cooper. El doctor Anderson Cooper, para ser exactos. Sesenta y dos años —dijo Craven.

—¿Otro médico? —preguntó ella. El vínculo estaba ahí, demasiado presente para ser ignorado. Otro funcionario médico asesinado. Estaban tratando con alguien que tenía una venganza contra la comunidad médica.

—Un neurólogo, pero al parecer se retiró el año pasado —dijo Craven—. Imagínense eso. Retirarse para luego ser apuñalado hasta la muerte un año después. La vida es una dama cruel a veces.

—¿Trabajaba en el hospital Princeton? —preguntó Ella.

—No. Locum. Independiente —dijo Craven.

—¿Quién lo reportó? —preguntó Mia.

—Una vecina. Oyó los gritos anoche pero no le dio importancia. Cuando vio que sus cubos de basura no estaban en la acera esta mañana, supo que algo andaba mal. Al parecer, Anderson era de lo más puntual. Fue entonces cuando nos llamó y bueno, aquí estamos.

—Era uno de esos tipos —dijo Mia—. Siempre el primero en despertarse. Pobre tipo. Bueno, esto es diferente a los demás. Nuestro sudes ha metido el tubo médico justo en la herida. Eso es nuevo. —Se volvió hacia su compañera, que parecía más perpleja que nunca—. ¿Dark? ¿Qué piensas?

El forense tomó sus últimas fotografías y pasó junto a ellas asintiendo con la cabeza. Era la señal de que podían inspeccionar el cuerpo. Ella se acercó, se agachó y examinó el estómago de la víctima. Parecía a punto de desmayarse.

—Ahora le está agarrando el gusto a esto —dijo Ella.

Mia pensó lo mismo, pero quiso conocer el patrón de pensamiento de Ella.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Esto no es acechar en un aparcamiento. Invadió la casa de este tipo. Quería privacidad para poder hacer... esto. Quería saborearlo, aprovecharlo al máximo. Esto no es un ataque al azar, es un homicidio dirigido.

Mia siguió las salpicaduras de sangre. Comenzaban en la escalera y terminaban en el pasillo. Todo el ataque se produjo allí.

—¿Anderson tenía familia? —preguntó.

—Divorciado, pero tiene dos hijos. Ambos están en la universidad en Nueva York. Su exesposa también vive a un montón de kilómetros de distancia.

—¿Por qué alguien querría matar a un neurólogo retirado? —preguntó Ella.

—¿Un objetivo fácil tal vez? —preguntó Craven—. No piensen que soy insensible, pero un tipo así no ofrecería mucha resistencia. He visto más músculos en una bandeja de mariscos.

—No —dijo Mia—. Este es el tercer trabajador médico en cuatro días. No hay ninguna posibilidad de que nuestro asesino se arriesgue a entrar en la casa de alguien si solo quiere matar a cualquier médico. Hay una razón por la que eligió a Anderson.

—Hablando de entrar a la fuerza —dijo Craven—, eso es algo que aún no hemos resuelto. Tuvimos que derribar las puertas para entrar aquí. Estaba cerrada de mil maneras distintas.

—Podría haber entrado por una ventana, o haber entablado amistad con Anderson en la puerta. Es posible que haya sido genuinamente amigo de Anderson. No podemos descartar nada todavía.

Mia llegó junto a su compañera a los pies del cuerpo y lo observó de arriba abajo. Una profunda laceración en el pecho y un tubo médico insertado. No había otras heridas ni marcas de ligaduras.

—Una puñalada como las otras.

—Esta vez no hubo estrangulamiento —dijo Ella—. No hay heridas en el cuello. Lo dejó así para que muriera.

—Las dos sabemos que no se fue mientras Anderson estaba vivo —dijo Mia.

Ella asintió, angustiada.

—Sí. Lo vio morir. —Ella guardó silencio mientras tomaba fotografías de primer plano del cuerpo de Anderson, centrándose sobre todo en la zona que rodeaba el tubo. Mia conocía esa expresión. Ella tenía algo en mente.

—Dark, ahora mismo sería un buen momento para una de tus locas teorías, porque sinceramente, esto me tiene bloqueada. Tal vez solo estoy cansada, pero no puedo descifrar la mente de este tipo. No podría decirte lo que quiere o lo que está tratando de decir.

Ella se guardó el teléfono.

—Déjame pensar. Hay algo aquí, puedo sentirlo. Algo que no estamos viendo.

—Tenemos una mujer joven, un hombre de mediana edad y un hombre mayor. La victimología es muy variada. Los métodos de asesinato han variado. A uno le inyectó productos químicos. Ataca a

la gente en sus coches, sus casas y en aparcamientos. Si no fuera por los tubos y el marco temporal, podrían clasificarse fácilmente como incidentes separados.

Craven interrumpió.

—La vecina está fuera, si quieren hablar con ella —dijo.

Mia salió de la escena y se abrió paso por la casa de Anderson hasta la puerta principal. Esta colgaba de una bisagra tras el golpe de la policía. Fuera, en el umbral, había una mujer mayor con un abrigo morado y un cabello tan blanco que a Mia le recordaba a una hechicera. Parecía haber visto un fantasma.

—Hola, ¿es usted la vecina que llamó a la policía? —preguntó Mia.

La anciana asintió.

—Sí. Por favor, señorita, ¿qué le pasó al viejo Cooper? Era mi mejor amigo. Mia necesitaba a la novata. Ella era la que más compasión ofrecía de las dos.

—Lo siento, pero falleció anoche. Por favor, acepte mis condolencias.

—¿Falleció? ¿Murió? ¿Quieres decir que lo mataron?

Mia no tenía energía para irse por las ramas. La verdad siempre era lo mejor.

—Sí, así es, señora. Siento tener que ser yo quien se lo diga.

La anciana, cuyo nombre ni siquiera conocía, la abrazó de repente. Enterró la cabeza contra el cuello de Mia, y Mia no tuvo más remedio que abrazarla suavemente. De repente, Ella apareció detrás de ellas. Mia le hizo un gesto con la cabeza, como si le dijera «este es tu territorio».

—Señora, sentimos mucho el fallecimiento de Anderson —intervino Ella—, pero tal vez pueda ayudarnos a atrapar a quien ha hecho esto.

La anciana se desprendió de las garras de Mia y miró a Ella.

—¿Yo? —dijo mientras se limpiaba los ojos—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Puede decirnos a qué hora escuchó los gritos desde el interior de la casa?

—Debieron ser las nueve de la noche —sollozó la mujer—. No más tarde. Me acosté a las diez.

—¿Qué escuchó exactamente?

—Solo un grito. No estaba segura. Pensé que tal vez Anderson tenía la televisión a todo volumen. Él hace eso. Se ha vuelto un poco sordo con los años.

—¿Anderson recibía visitas regularmente? ¿Hace ruido a menudo?

—Oh, no. Es silencioso como un ratón. Desde que su esposa lo dejó no hace gran cosa. Tiene una rutina fijada en piedra.

Si tenía una rutina, el asesino probablemente la conocía, se dijo Mia.

—¿Sabe cuál era su rutina? —Mia pensó que, si podían rastrear los últimos movimientos de Anderson, podrían atrapar al sudes que lo seguía.

—Pescaba los viernes por la mañana en el lago Carnegie. La compra de comestibles los sábados por la noche. El resto de la semana se dedicaba a hacer cosas en la casa.

No era mucho material para continuar, pero era mejor que nada.

—¿Vio a alguien por aquí anoche? ¿Alguien sospechoso? ¿Tal vez alguien que no vea regularmente?

—Nadie —dijo la anciana—. Y mantengo los ojos bien abiertos. Si escucho un ruido, pueden apostar que me asomaré a la ventana de inmediato. No he visto nada.

—¿Pero llamó a la policía esta mañana? —preguntó Ella.

—Algo no me pareció bien. ¿Ven estos cubos de basura de aquí? Hoy es día de recolección y Anderson habría sacado el suyo. Pueden ajustar sus relojes al ritmo de ese hombre. Cuando me levanté y vi que no había sacado la basura para su recolección, fue cuando supe que estaba muerto —exclamó llorando—. No me pregunten cómo lo supe, simplemente lo supe.

—¿Conoce a alguien que podría querer hacerle daño a Anderson? —preguntó Mia—. ¿Algún enemigo? ¿Alguien de su pasado?

La señora no dudó.

—No —dijo—. Anderson jamás se portó mal con nadie. Todos los que lo conocían lo querían. Era inofensivo como una paloma.

Mia no tenía nada más que preguntar. Se estaba quedando sin fuerzas, le costaba pensar en alguna pregunta que pudiera indicar por qué alguien podría querer lastimar a estas personas. Cruzaron una mirada con Ella, ambas diciéndose lo mismo. No tenían ni idea de a dónde dirigirse a partir de ese momento.

—Gracias, señora —dijo Ella—. Ha sido usted de gran ayuda. Si necesita ayuda con cualquier cosa, llame a la policía de Nueva Jersey.

La señora movió el dedo señalando a las agentes.

—Será mejor que atrapen a este maníaco, ¿me oyen? Destripen a este hijo de puta como a una gallina de Navidad.

—Haremos todo lo que podamos —dijo Mia, y luego hizo que uno de los oficiales cercanos escoltara a la mujer de vuelta a su casa. Mia y Ella volvieron a la habitación, y había un poco de tensión entre ellas.

La cara de Ella estaba más pálida que nunca. La chica necesitaba una cama solar en su vida, o unas vacaciones como mínimo.

—¿Qué estamos pasando por alto aquí, Ripley? —preguntó.

—No lo sé —concedió Mia—. Es como si hubiera una barrera con un montón de posibilidades al otro lado, pero no puedo superarla. Todo está borroso, como una pantalla de televisión que no se ha sintonizado bien. Puedo ver algunas imágenes, pero nada claro.

—Sígueme la corriente —dijo Ella—. Estoy tratando de armar algo, pero necesito un poco más de tiempo para pensar. Puedo sentir un hilo que atraviesa todo esto, pero se esconde detrás de todas las tonterías.

—Es Tobias —dijo Mia—. Él envenenó nuestros pensamientos. Maldita sea, me encantaría pisotear su cráneo. —Mia golpeó la mano contra la pared, llamando la atención de algunos de los oficiales de los alrededores.

—A mí también —dijo Ella—. Pero no sabemos qué vamos a sacar de esta escena. Podría haber huellas dactilares por todo el

lugar. Podría haber ADN en el cuerpo. Si investigamos la vida de Anderson, podría darnos algunas pistas para seguir.

—A veces eres una optimista esperanzada, Dark. No obtuvimos nada de dos asesinatos públicos, ¿y crees que va a dejar algo accidentalmente en una escena como esta? ¿Una escena en la que tuvo libertad de acción y tiempo ilimitado? —Mia se volvió hacia la pared y vio una fotografía de Anderson con sus dos hijos, probablemente tomada hace años a juzgar por lo joven que parecía Anderson—. Y la foto. La que nos dio la mujer de Floyd.

La expresión de Ella se volvió sombría.

—Mierda. Ni siquiera había pensado en eso.

—Anderson no está en ella, así que no tiene nada que ver con todo esto. Otro camino que no podemos explorar.

Ella revisó la foto en su teléfono. Sacudió la cabeza en señal de derrota.

—Tienes razón. No hay rastro de Anderson. Debe haber sido una coincidencia.

—Genial. Así que podríamos estar tratando con cualquiera. Probablemente no sea un antiguo paciente o un compañero de trabajo, así que podría ser cualquier lunático al azar que odia a los médicos. No hay muchas opciones, ¿verdad?

Ella puso la mano en el hombro de su compañera.

—Ripley, si los roles estuvieran invertidos, serías la primera en decirme que me calme. Enfadarse no va a solucionar nada. Tú lo sabes.

Mia se apoyó en la pared. En este momento le vendría bien un trago. O un cigarro. Algo para despejar la niebla mental. Rogó a Dios que Ella tuviera algo a lo que pudieran agarrarse, porque sentía que se hundía más en el abismo con cada nuevo cadáver. Era una sensación extraña. La última vez que se había sentido tan desesperada había sido hacía dieciséis años, cuando persiguió a un perpetrador apodado el Verdugo.

—Ya he terminado aquí —dijo Mia, sin estar segura de si se refería a la escena o a su carrera—. Vamos. Tal vez al bar.

—Son las 7:30 —dijo Ella—. No necesitamos alcohol, necesitamos pensar juntas. Vayamos a la comisaría y resolvamos todo esto. Tengo algo en mente, solo necesito encajar las piezas.

—Será mejor que tengas algo, novata. Confío en ti.

—Tenme paciencia. Y odio decir esto, pero la respuesta podría haber estado delante de nosotras desde el principio.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ella se paseaba por su despacho en la comisaría de policía de Nueva Jersey. Había colocado todo sobre la mesa entre ella y Mia. Las fotos disponibles de la escena del crimen, las fotos personales que había tomado del cuerpo de Anderson Cooper, la transcripción del juicio de Connor Jansen. Mia tenía dos cafés delante de ella.

—¿Dos cafés? —preguntó Ella.

—Como te dije, autorregulación. De todos modos, cuéntame. Expresa todos esos pensamientos abiertamente. Ahora es el momento de darles rienda suelta.

Ella volvió al principio.

—Leslie era una cuidadora. James era médico. Anderson era un neurólogo local. Todos trabajaban en lugares diferentes, pero eso no significa que sus trabajos no se superpusieran.

—Ya sabemos que Leslie y James se conocían, pero no veo nada que relacione a Anderson con ellos. Lo único que podemos decir con certeza es que nuestro sudes no está buscando un tipo determinado. Estas personas no son sustitutos de alguien más. Las propias personas son los objetivos.

—Exactamente. Esa es la principal conexión. Nuestro asesino conocía a toda esta gente de antemano, así que debe haber algo que los vincule entre sí.

Mia se meció hacia atrás en su silla y miró al techo.

—Ya sabemos esto, Dark. Dime algo nuevo.

Ella empezó a dibujar en la pizarra. Hizo tres columnas, una para cada víctima.

—Estoy llegando a ese punto. Ahora, en cada caso, nuestro asesino incorporó un tubo médico en el crimen. Con Leslie, simplemente la estranguló con él. Con James, se lo metió en la garganta. Con Anderson, lo hundió directamente en su estómago. ¿Qué nos dice eso?

—Que está evolucionando. Primero empezó como un ritual, luego progresó hasta convertirse en un componente del propio asesinato.

—Mia se rascó la cabeza—. Ahora que lo pienso, esto es increíblemente raro. Casi inaudito. Un ritual que progresa hasta convertirse en una firma y luego se incorpora al propio *modus operandi*. ¿Has oído alguna vez de un caso así en tu vida?

Ella se tomó un instante para recordar casos pasados. Visualizó una lista de nombres de asesinos en serie por orden alfabético y no pudo seleccionar ninguno. Sería como si Richard Ramírez hubiera matado a alguien con un pentagrama.

—Literalmente, nunca. Ahora, ¿qué nos dijo Ethan Heroux sobre Leslie y James?

Mia revisó sus notas.

—Ambos se vinculaban a sus pacientes. Cuando sus pacientes morían, se lo tomaban como algo personal.

Ella empezó a garabatear en las dos primeras columnas.

—No, eso es lo que yo también pensaba, que Leslie y James eran demasiado emocionales, pero eso no es lo que nos dijo Heroux.

—¿No? ¿Qué nos dijo?

—Dijo que Leslie y James luchaban con un duelo anticipado recurrente. Eso no es lo mismo que ser demasiado emocional. Significa que ambos vieron morir a mucha gente.

—Trabajaban en hospitales, Dark. Claro que sí.

Ella sacudió las manos.

—La verdad es que no. Los médicos no están cuando la gente muere. Sus pacientes mueren en sus casas o bajo el cuidado de las enfermeras.

—Tal vez, pero no es descabellado pensar que James vio muchas muertes.

—Estoy segura de que así fue, pero luego llegamos a la parte difícil. Estos tubos. Obviamente los tubos son un componente vital de los crímenes y son indicadores de la rabia del asesino. Así que piénsalo, ¿dónde vería una enfermera, un médico y un neurólogo este tipo de tubos?

Mia entrecerró los ojos. Su expresión se convirtió en una de confusión.

—En todas partes. Los hospitales están repletos de ellos. Cuando estuvimos en Princeton, llegué a ver un centenar de ellos.

—No, no los tubos en sí. Mira estas fotos. —Tomó tres fotos de la escena del crimen, una de cada víctima—. Leslie, alrededor del cuello. James, en la garganta. Anderson, en el estómago, o cerca de los intestinos. ¿A qué te recuerda eso?

—Cualquier procedimiento quirúrgico. Cualquier persona en una cama de hospital. Esperaba que realmente tuvieras algo entre manos, Dark, pero no lo veo.

Ella se apresuró a ir al otro lado de la mesa.

—Ripley, mira de cerca. —Señaló la foto de Leslie Buddington muerta en su coche.

—Sí. La he visto cientos de veces. ¿Qué es lo que tengo que ver?

—Este tubo está alrededor de su garganta. Es simbólico, no literal. Es una sonda de respiración.

Mia se mordió el labio mientras por la recorría un dejo de curiosidad por la cara.

—Oh, mierda. ¿Cómo no he visto eso? —gritó—. Por supuesto. Los tubos son simbólicos. El siguiente. Trae las fotos de la segunda víctima.

Ella lo hizo y mostró una foto en primer plano de James Floyd muerto en el aparcamiento. Un tubo salía de su boca.

—¿Lo ves ahora? —preguntó Ella.

Mia casi saltó de su asiento.

—Una sonda de alimentación —dijo.

—Exactamente —dijo Ella—. Y eso nos deja con uno más. —Sacó una foto de la víctima más reciente, Anderson Cooper, tirado en su escalera con un tubo saliendo de su abdomen.

—Tubo en el estómago. Recuerda a una sonda intravenosa central.

Ella asintió.

—Ripley, todas nuestras víctimas trataban con cuidados al final de la vida. ¿Y qué hizo nuestro asesino con Leslie y James? Los mató, los revivió, los mantuvo vivos. No era que él fuera sádico, eso también era simbólico.

Mia se frotó la cara agresivamente. Se notaba una nueva vida en ella.

—Eres una maldita genio. ¿Por qué no vimos esto antes? Resucitó a James una y otra vez, manteniéndolo vivo. Por eso encontramos morfina dentro de Leslie. Estaba imitando el tratamiento del final de la vida.

—Lotería. Todo está ahí.

—Leslie trataba con gente que estaba llegando al final de su vida. James habría tratado con enfermos terminales. Anderson... — Mia se interrumpió.

—La muerte de Anderson es lo que hizo que se unieran las piezas —dijo Ella—. En cuanto oí la palabra neurólogo, de repente tuvo sentido.

—¿Cómo? Mis conocimientos médicos no son muy amplios.

—No soy exactamente una experta, pero mi tía estuvo con soporte vital hace unos años. El neurólogo fue la persona que tomó la decisión final, si sabes a qué me refiero.

—Por supuesto. El neurólogo examina la actividad cerebral y ve si se ha deteriorado hasta el punto de tener que desconectarlos.

—Algo así. ¿Y qué nos dijo Heroux? Dijo que James trataba con muchos pacientes al final de la vida, Leslie trabajaba en una residencia de ancianos donde la rotación era regular.

—Sí, ¿y qué nos dice eso? ¿Cómo podemos usar esto? — preguntó Mia—. ¿Estamos tratando con alguien que odia esas

medidas? ¿Alguien en contra de los cuidados al final de la vida? ¿O alguien que la defiende?

—Esa es la siguiente pregunta, pero hay muchos caminos que podemos seguir aquí, así que estoy abierta a sugerencias. —Ella empezó a garabatear en la pizarra mientras Mia se paseaba por la habitación, tal y como Ella había hecho diez minutos antes. Por primera vez desde que llegaron, sintió que ella y Mia estaban en la misma sintonía. Ambas estaban concentradas, ninguna estaba cegada por un asesino en serie fugado. Tenían que mantener este impulso, de lo contrario volverían al punto de partida.

—Podríamos investigar a todos los pacientes terminales de Princeton —dijo Mia—. Pero ¿un hospital de ese tamaño? Podría ser una larga lista.

—Sí, o podríamos ver si Anderson Cooper tuvo alguna relación con Princeton en los últimos años.

Mia dejó de pasearse y apretó la frente contra la mampara de cristal de su despacho.

—Podríamos intentarlo, pero tengo la sensación de que ese tipo de cosas podrían tardar mucho en aparecer. Todavía estamos esperando que lleguen algunos de los registros de Floyd. Conseguir ese tipo de cosas por medio de las barreras legales puede ser un verdadero dolor de cabeza. Te lo dice alguien que trabajó en el caso de Donald Harvey.

—Eso fue hace 30 años —dijo Ella—. Puede que las cosas se hayan vuelto más fáciles desde entonces.

—No, en realidad es más difícil, si acaso es posible. Hay que superar muchos más obstáculos. Lo tendremos en cuenta, pero tiene que haber una manera más fácil. Tenemos que hacer esto rápidamente, y estoy segura de que recuerdas por qué.

Ella lo recordaba muy bien. Cuanto antes terminara esto, antes podrían empezar a buscar la verdadera fuente de su angustia. Ella no le prestó más atención al hombre. Ahora mismo, era este caso y nada más.

—Vamos Dark, rebusca en esa cabeza enciclopédica que tienes. Tiene que haber algo ahí que sugiera quién puede ser. ¿Qué hemos visto hasta ahora? ¿Qué hemos pasado por alto? Piensa en las pequeñas cosas, ahí es donde destacas.

Ella ya había repasado todo más veces de las que podía contar. Había repetido cada conversación en su cabeza tanto que las palabras empezaban a parecerle letras de canciones conocidas.

—Ya lo he hecho. La única manera es encontrar algo, o alguien, que conecte a estas tres personas.

—Pero ¿qué pasa si no es alguien conectado personalmente con ellos? ¿Y si es alguien que simplemente tiene fuertes opiniones sobre la atención al final de la vida y eligió a estas víctimas porque representaban todo lo que odiaba?

Era una posibilidad, pero Ella estaba segura de que eran ataques dirigidos.

—Ripley, tú misma lo has dicho. ¿Por qué irrumpiría en la casa de alguien si solo quisiera matar a cualquier médico al azar?

—¿Puedes distinguir a un neurólogo solo con mirarlo? —preguntó Ripley—. Eligió a una enfermera, a un médico y a un neurólogo porque son los que tratan con pacientes terminales. Pero quizá no tenía que ser una enfermera, un médico o un neurólogo en concreto. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Bueno, si ese es el caso, entonces cualquier trabajador médico es un objetivo potencial. Literalmente no tendríamos ninguna posibilidad de predecir su próximo movimiento. La única manera de atraparlo es confiar en las pruebas de ADN en las escenas del crimen y algo me dice que este tipo no comete muchos errores.

Ambas agentes se quedaron calladas mientras reflexionaban sobre los nuevos acontecimientos. Ella volvió a sus fotografías y empezó a miraras, con la esperanza de que algo le llamara la atención. Nada lo hizo, así que revisó las fotos personales en su teléfono.

Justo cuando lo hizo, apareció otro mensaje de Mark. Eran las 8:30 de la mañana, así que él acabaría de llegar a las oficinas del

FBI. Lo ignoró y continuó revisando sus fotos. Fue pasando las fotos, encontrando imágenes de cada escena hasta que finalmente llegó a una foto de ella y Mark juntos en un restaurante. La borró y tiró el teléfono.

—¿Y la mujer de James? ¿O qué tal si vuelves a llamar a la mujer de Recursos Humanos? Ella podría darnos alguna información sobre Anderson Cooper.

Su teléfono volvió a sonar sobre la mesa. Mia miró.

—Parece que Mark te reclama.

—Qué sorpresa —dijo Ella.

—Ve y llámalo. Tal vez te dé tiempo para pensar. Te vendrá bien hablar con alguien que no sea yo durante un rato.

—No, está bien. Lo llamaré más tarde.

—Te lo digo Dark, te sorprendería lo que puede hacer un descanso. Solo sal, llámalo y tráeme otro café de paso. Todavía tenemos mucho terreno por cubrir aquí.

—Ripley, en serio, está bien. —Ella eligió sus palabras cuidadosamente—. Probablemente esté conduciendo de todos modos.

—¿Conduciendo y enviando mensajes de texto? Ese no es el Mark que conozco.

«No lo conoces como yo», se dijo.

—Realmente no quiero distraerme en este momento. Estoy muy concentrada y hablar con él me sacará de ese estado.

—Creo que la dama protesta demasiado, me parece —dijo Mia.

Ella tiró las gafas sobre la mesa y se restregó la cara intentando quitarse el cansancio. El comentario de Mia se repitió en su cabeza hasta el punto de que las palabras no significaban nada.

«Protesta demasiado, me parece». Era curioso cómo había evolucionado el lenguaje con los años.

Pero una de las palabras encendió un chispazo. Ella sintió ese cosquilleo de lo conocido.

—Ripley, ¿qué has dicho?

—Es de Hamlet. De Shakespeare. No me digas que no lo has oído nunca.

Ella pensó en la escena del crimen de James Floyd fuera del hospital Princeton. La sangre, el aparcamiento vacío.

El coche.

—Tienes que estar bromeando. ¿Cómo lo he olvidado? —gritó Ella.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? —preguntó Mia.

—Nada, es que... ve a buscar el café, Ripley. Creo que conozco una forma de averiguar exactamente quién es nuestro asesino.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Nada había cambiado. Tobias Campbell solo disponía de tiempo para matar.

Anoche había sido la primera noche en 16 años que no había dormido en una cama de prisión de una plaza. En su lugar, había localizado una vieja iglesia abandonada que le había recomendado uno de sus asociados. Entró por una de las ventanas rotas, llegó hasta el sótano, y durmió entre ratones y arañas. No oyó el sonido de otra persona en toda la noche, así que Tobias añadió el lugar a su lista de lugares habitables.

Volvió a la Casa Apolo, el edificio de apartamentos situado frente al río. Todavía no había rastro de la chica. No había vuelto en toda la noche, lo que significaba que, o bien se estaba quedando en casa de otra persona, o bien estaba trabajando en el campo. Si Tobias conocía a la señorita Dark, y creía que lo hacía, no era del tipo romántico. Estaba en un caso, persiguiendo un símbolo de sus inseguridades reprimidas. Tal vez cuando atrapara a este nuevo asesino, finalmente estaría en paz con la muerte de su padre.

Era poco probable, se dijo Tobias. La señorita Dark perseguiría a ese dragón hasta que la muerte interviniera, y esa intervención estaba mucho más cerca de lo que ella creía. De hecho, en cuanto pusiera un pie en su casa, la muerte la estaría esperando.

Tobias se dirigió al pueblo más cercano, escondiéndose a la vista de todos. El olor a moho permanecía en su ropa después de su noche entre las alimañas, así que encontró una tienda en el pueblo donde poder cambiarse. Hacía mucho tiempo que no lo hacía, pero

las viejas costumbres no se pierden, como se solía decir. Entró en la diminuta tienda, una de esas tiendas independientes con un mínimo de seguridad, y comenzó a curiosear en la sección de chaquetas. Detrás del mostrador había una mujer mayor que lo miraba fijamente con curiosidad.

—¿Puedo ayudarte? —le dijo.

Tobias sonrió con su sonrisa inexpresiva y fue a verla al mostrador. Era su primera conversación con un ser humano desde que había dejado Maine y, por alguna razón, era increíblemente emocionante.

—Desde luego que puedes —dijo—. Estoy buscando una chaqueta negra con cuello de lana. Quizá de piel de oveja.

—¿Una chaqueta así con este clima? El verano está por llegar, ¿sabes?

¿Esta zorra quería hacer la venta o no? ¿Acaso no sabía que el cliente siempre tiene la razón?

—Trabajo con los exploradores. Hace frío en esos bosques por la noche.

—¿No sería mejor una manta? ¿O unas botas gruesas para mantener el calor?

Tobias respiró profundamente. Si no hubiera matado a esos guardias en el ascensor, habría pasado por encima del mostrador y le habría arrancado la columna vertebral a esa mujer. Por suerte, su sed de sangre aún no había llegado al punto de no poder controlarla.

—Tal vez eso también, pero donde más frío siento es en el cuello. Es algo personal.

—Bueno, puede que tenga una —dijo la señora—. Puede que haya algo escondido en el almacén.

—Sería genial si pudieras echar un vistazo. Y ya que estás ahí, ¿podrías buscar también una bufanda gruesa? Hay que estar siempre listos. —Tuvo que agregar una frase convincente para evitar sospechas.

—De acuerdo. Espera aquí.

En cuanto la mujer se perdió de vista, Tobias se puso a trabajar. Cogió algunas camisetas enrolladas de una de las mesas, luego unos pantalones y una de las chaquetas colgadas. Se dirigió al mostrador, cogió un puñado de joyas de oro y salió por la puerta, siguió por la calle y llegó a un baño público en menos de un minuto. Se puso su nuevo atuendo, guardó en la bolsa la ropa de repuesto y salió a la ciudad pavoneándose. Siguió adelante, muy lejos, hasta que estuvo cómodamente fuera de la vista de cualquiera que pudiera haber sido testigo de su robo.

Encontró una nueva hilera de tiendas, cinco seguidas, escondidas en las callejuelas. La que le llamó la atención fue una tienda de apuestas.

Las viejas costumbres lo volvieron a llamar.

Tenía horas que pasar. Necesitaba una fuente de diversión para pasar el tiempo.

Tobias entró en la sala de color azul, con la sensación de haber entrado en el futuro. No reconocía muchas cosas, ni siquiera los nombres de los equipos deportivos en la gran pantalla de la parte superior. Un grupo de caballeros mayores estaba de pie a su alrededor con sus boletos de apuestas en la mano.

Qué triste, se dijo Tobias, pero esa no era la zona que buscaba. Siguió adelante hasta encontrar las máquinas tragaperras y las mesas de juego.

La sala no estaba muy concurrida, pero Tobias estaba seguro de una cosa. Solo los jugadores más empedernidos estarían en una casa de apuestas a las nueve de la mañana. Cogió un boleto de apuestas y se sentó en una mesa detrás de dos caballeros que jugaban a las cartas. Miró su boleto, pero no desvió la atención de la conversación que mantenían.

—Dos de tres —dijo uno de ellos.

—No hay posibilidad.

—Esta vez con las reglas de *Texas hold'em*. Me lo debes.

—¿Doble o nada?

—De acuerdo. Cincuenta cada uno.

—¿Estás bromeando?

—Tómalo o déjalo.

Tenía razón. Dos ancianos jugando a las cartas con apuestas de cien dólares. A él le vendría bien algo de eso. Tobias echó un vistazo a sus cartas. Cartas Bicycles. Rojas. Edición estándar.

Pan comido.

—Disculpen, señores —dijo Tobias. Los dos ancianos lo miraron como si fuera de otro planeta. Probablemente no estaban acostumbrados a ser interrumpidos.

—¿Sí?

—En lugar de perder entre ustedes, ¿por qué no juegan un juego de verdad?

A juzgar por sus expresiones, los hombres no sabían cómo reaccionar.

—¿Qué juego? —preguntó uno.

Tobias volcó sus joyas robadas sobre la mesa.

—Miren, estoy un poco desesperado. ¿Qué tal si jugamos una partida de «Encuentra a la dama»? Si pierdo, pueden quedarse con todo esto. Probablemente esto valga unos 200 dólares.

Los hombres inspeccionaron un collar y un reloj. Y sus sospechas aumentaron aún más.

—¿Esto es real? —preguntó uno.

—Parece que sí —dijo el otro—. ¿De qué se trata? No todos los días un hombre se juega un montón de joyas con un par de desconocidos.

—Lo sé, pero como les he dicho, estoy desesperado. Mi esposa me ha echado y necesito dinero para ir a Massachusetts. Tengo familia allí.

—Amigo, esto no es una tienda de caridad, ¿sabes? Jugaré contra ti, pero no esperes que te lo ponga fácil. Si pierdes, pierdes.

—Ese es el lema de mi vida —dijo Tobias.

El hombre miró a su amigo.

—¿Qué te parece? «Encuentra a la dama» es un juego estúpido.

—No me fío de este tipo. Parece que acaba de salir del calabozo.

Tobias tuvo que evitar sonreír.

—Una partida. Nada de trucos. Incluso pueden elegir las cartas ustedes mismos.

Uno de los hombres susurró algo a su amigo. El otro sonrió. Buscó en la baraja, sacó tres cartas y se las pasó a Tobias.

—Apostamos cincuenta por cabeza —dijo uno de los hombres.

La memoria muscular se le activó de inmediato. Llevaba décadas practicando esta rutina, pero no recordaba la última vez que la había hecho delante de gente real. Durante 16 años, solo había tenido la compañía de sus figuritas de caballos.

«Encuentra a la dama» era el juego más sencillo del mundo. Lo único que el espectador tenía que hacer era encontrar la reina en una fila de tres cartas. Pero, por supuesto, un poco de manipulación ayudaba mucho.

Tobias agrupó las tres cartas con la reina en la parte inferior. Se la mostró a los caballeros y luego dejó caer todas las cartas boca abajo sobre la mesa. Las movió un poco para dar la impresión de que estaba siendo honesto.

—Encuentren a la dama.

Un hombre señaló la carta del medio. El otro señaló la de la derecha.

—Está aquí —dijo uno de ellos—. Hizo un reparto por abajo. Lo vi a la legua.

El otro hombre negó con la cabeza.

—Era un reparto falso, idiota —dijo—. Está aquí mismo.

Tobias se rio.

—No importa, caballeros. —Dio la vuelta a la carta restante para revelar la reina—. Los dos están equivocados. Tomaré mi dinero ahora.

Tobias tenía las habilidades intactas. Había realizado el truco mil veces en sus días de ferias y seguía siendo efectivo treinta años después. Si se anticipaba a la mente humana, no dejaba nada al azar.

Pero cuando Tobias alcanzó el dinero, uno de los hombres lo tomó del brazo.

—Un intento más. El ganador se lo lleva todo.

Tal como lo había anticipado, se dijo Tobias.

—No, gracias. Dije que solo una vez.

El hombre sacó un fajo de billetes de cincuenta.

—Quinientos. ¿Qué dices?

Tobias no podía apartar los ojos del dinero. No lo necesitaba para sobrevivir, pero le facilitaría mucho las cosas.

—No tengo nada que ofrecer a cambio, salvo la ropa que llevo puesta.

—Trato hecho.

Tobias miró a su alrededor y vio que algunas personas estaban observando su juego. De repente, le preocupó que pudiera estar actuando con demasiada osadía. ¿Y si alguien lo reconocía? ¿Todo esto por un poco de dinero?

Desechó la idea. Incluso si los federales lo localizaban, estaría en otro estado en cuanto terminara su asunto aquí.

Tobias tomó las mismas tres cartas y las colocó en el orden que necesitaba. La reina estaba en la parte inferior, como siempre, pero Tobias la movió a la parte superior.

—¿Ven esto? Lo estoy haciendo más fácil —dijo Tobias—. La reina está arriba.

Los hombres se quedaron mirando fijamente las cartas, sin inmutarse ni pestañear ni dar a Tobias un momento para hacer el movimiento necesario. Tuvo un repentino impulso de soltar las cartas, agarrarlos por el cuello y retorcérselos hasta que se rompieran. La situación se reprodujo en su mente con estimulantes detalles, hasta que la voz de uno de los hombres lo hizo salir del trance.

—¿Vas a repartir o qué? Deja de andarte con rodeos.

Tobias reflexionó al respecto. Ajustó el proceso. En lugar de hacer su reparto habitual, hizo lo que los magos llamarían un cambio de arriba. Parecía que estaba colocando la carta superior, pero en

realidad era la del medio. Un movimiento sencillo, solo esperaba que sus espectadores no lo descubrieran.

Extendió las cartas. Ambos hombres volvieron a elegir las mismas cartas, pero esta vez, el que había apostado la mayor cantidad de dinero había elegido la correcta.

Tobias se tranquilizó a sí mismo. Había una forma de salir de esto. Siempre la había.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Seguro.

—Quinientos dólares es mucho dinero para perder.

—También lo es todo ese oro.

—No, no lo es. Mentí. Solo quería meterme en tu cabeza, hacerte creer que tenías posibilidades de ganar. ¿Ves lo fácil que era?

El hombre cambió su selección.

—Te equivocas —dijo—. Estaba jugando contigo. Solo necesitaba ver tu reacción.

Tobias no dijo nada más. Levantó la carta restante para revelar la reina, recogió el dinero y se rio.

—Pueden quedarse con el oro. De todos modos, no tiene ningún valor.

—Eso es una porquería —gritó uno—. Has hecho trampa. Has mentido. —Se levantó y se puso cara a cara con Tobias—. Devuélvenos nuestro dinero.

Entonces Tobias se enfureció. Le corrió la rabia por las venas. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no diezmar al hombre allí mismo.

—Amigo mío, mentir y engañar es todo lo que sé hacer —gruñó—. No te conviene molestarme, o haré que un tumor cerebral parezca un regalo de cumpleaños.

Tobias cogió sus ganancias y se dirigió a la salida de la tienda. Necesitaba salir de allí y rápidamente. Había pasado demasiado tiempo en el centro de atención. Salió a toda prisa y huyó hasta el callejón más cercano, donde recuperó el aliento.

Solo había un problema.

Aún sentía esa rabia abrasadora. Ese inevitable deseo de matar.

—Oye —gritó una voz. Tobias vio a un hombre vestido de negro, con la capucha sobre el rostro—. ¿Tienes algo? —preguntó. No podía tener más de 18 años.

—No, no tengo.

De repente, la figura le sacó un cuchillo.

Tobias miró a ambos lados del callejón, completamente desierto en ambas direcciones. Tobias no mostró preocupación alguna. Su ritmo cardíaco ni siquiera se aceleró.

Nunca se había alegrado tanto de verse amenazado.

CAPÍTULO VEINTE

— **T**iene sentido, Dark. ¿En qué estás pensando? —preguntó Mia.

Ella buscó en Internet. Lo que buscaba no estaría en ninguna base de datos policial. Ahora que tenían una teoría sólida, sabía exactamente qué buscar. La pista había estado ahí delante de ella desde el principio, pero no había atado cabos. Pensó en la primera escena del crimen que vio cuando llegó a Nueva Jersey. En el aparcamiento del hospital de Princeton había encontrado algo.

—¿Recuerdas cuando miré debajo del coche de James Floyd?

—No.

—Encontré aquel trozo de madera. Pensamos que el asesino podría haberlo usado para sabotear el vehículo de James.

—Ah, sí. Me acuerdo de eso. ¿Qué pasa con eso?

Ella navegó página tras página. Muchos resultados similares, pero no exactamente lo que necesitaba.

—Buscamos a alguien que se oponga o apoye abiertamente los cuidados al final de la vida, ¿verdad?

—Correcto —dijo Mia.

—¿Qué tipo de personas son las más expresivas?

—¿Es una pregunta con trampa? —preguntó Mia.

—Piensa en la gente que se opone a las causas. ¿Cómo suelen hacerlo?

Mia apretó los dientes.

—Protestan.

Ella golpeó la mesa con la mano para remarcar la revelación.

—Exactamente. Ese trozo de madera que encontré no era un arma. Era un cartel de protesta. Solo tengo que averiguar de qué se trataba la protesta.

Buscó «protesta en el hospital de Princeton», «protestas en el hospital de Nueva Jersey», y un millón de variaciones de lo anterior.

—Eso es un poco forzado, ¿no? ¿Nadie recordaría que hubo una protesta?

—¿Le preguntamos a alguien?

—Buen punto. Supongo que los hospitales tienen muchas.

Las palabras en la pantalla le saltaron como un depredador voraz.

«SEGUIDORES DE LA DIVINIDAD - PROTESTA CONTRA EL SOPORTE VITAL - 3 DE MAYO - HOSPITAL DE PRINCETON, NUEVA JERSEY».

—Lo tengo, hijo de puta. Mira esto. —Ella leyó en voz alta.

«Los Seguidores de la divinidad creen que solo Dios posee la última palabra sobre la vida y la muerte. Prolongar la vida es un pecado punible, y los Seguidores de la divinidad lo gritarán desde los altos cielos hasta el fin de los días. A la luz de las recientes leyes, por favor únase a nosotros el 3 de mayo para la mayor concentración de Seguidores de la divinidad que se haya visto en Nueva Jersey en años. Nos congregaremos frente al hospital de Princeton en la calle Plainsboro a las 12 del mediodía».

—Lunáticos religiosos —dijo Mia—. Genial.

—Un momento —dijo Ella—. ¿De qué leyes están hablando?

—No lo sé. Búscalo.

Ella hizo otra búsqueda. «Leyes de soporte vital de Nueva Jersey». El primer resultado les dijo todo lo que necesitaban saber.

—Oh, Dios, Ripley. Mira.

Mia se inclinó para leer la pantalla. «A partir de 2020, entra en vigor la Ley de ayuda médica a la muerte para los enfermos terminales de Nueva Jersey. Nueva Jersey es la octava jurisdicción en promulgar un estatuto de muerte con dignidad. La nueva ley

establece que los cuidados al final de la vida de los enfermos terminales pueden ser retirados a petición razonable de sus allegados».

—¿Eso significa lo que yo creo que significa? —preguntó Ella.

—Significa que los hospitales no tienen que atender a los moribundos si sus familias no quieren. Tienen derecho a morir cuando quieran.

—Demonios, Ripley, ¿podría ser esa la razón por la que este asesino atacó ahora?

—Podría ser, pero investiga este grupo de protesta. Podrías tener algo aquí. Voy a buscar ese café que necesitaba.

—De acuerdo, seguiré buscando.

Ella indagó todo lo que pudo en esta organización de Seguidores de la Divinidad. Según fuentes online, eran un grupo religioso con sede en Nueva Jersey que difundía la palabra de Dios a través de protestas, la mayoría de las cuales acababan siendo violentas. Al parecer, su *modus operandi* consistía en incitar a la gente a agredirlos para poder demandarlos por daños físicos graves.

Rápidamente se encontró con un problema. Encontró fotos de los miembros del grupo, pero ningún nombre. Al parecer, hacían todo lo posible por mantener sus identidades en secreto para evitar las consecuencias legales. Malditos hipócritas, se dijo. Los Seguidores de la Divinidad no tienen presencia en las redes sociales por la misma razón, pero encontró un foro dedicado a sus gestas.

Acceso denegado. Al parecer, los nuevos usuarios tenían que pasar por un riguroso proceso de registro. Ella no tenía tiempo para esas tonterías.

Era una pared, pero su trabajo consistía en derribarlas. ¿Cómo podía acceder?

Ella tomó su teléfono y buscó entre sus contactos, ignorando más mensajes de su exnovio. Encontró a una mujer llamada Kathy Mansfield, una de las técnicas informáticas del FBI y llamó a su número.

—¿Hola? ¿Ella? —dijo la voz después de cuatro timbres.

—Hola, Kathy, necesito un favor.

—Puedo intentarlo. ¿De qué se trata?

—Necesito acceso a un foro cerrado. ¿Puedes meterme?

—¿Esto es para un caso activo, espero?

—Caso W2i2, Nueva Jersey.

—Me encantaría ayudarte, pero necesito que me envíen un formulario PWA. ¿Puedes hacerlo?

Ella no tenía tiempo para rellenar ningún papel. Había vidas en juego.

—Vamos Kathy, por favor. Lo enviaré cuando vuelva. Tienes mi palabra.

—Ya has dicho eso antes.

—¡Y siempre cumplo mi palabra! —dijo Ella.

—De acuerdo, de acuerdo. Envíame el enlace por correo electrónico.

Ella abrió su pestaña de correo electrónico y envió la URL.

—Hecho.

—Dame un segundo. Ahora estoy echando un vistazo. —Kathy tarareó distraídamente mientras hacía su magia—. Bien, puedo conseguirte una versión duplicada del área de miembros. El sitio se verá un poco feo y también tendrás algún código sin procesar, pero es lo mejor que puedo hacer en este momento.

—¿Estarán todas las imágenes intactas?

—Sí. Te estoy enviando el enlace ahora. Si lo compartes por ahí, te mato.

—Eres la mejor. Me has salvado el pellejo.

—No hay problema.

Ella colgó e hizo clic en el nuevo correo electrónico en su bandeja de entrada. La llevó a una página blanca vacía llena de texto negro. Todos los elementos del sitio habían sido suprimidos. Era difícil de navegar, pero rápidamente se acostumbró.

Se desplazó por algunas de las secciones y descubrió que todo el sitio estaba dividido por estados. Localizó la sección de Nueva Jersey.

«SEGUIDORES DE NUEVA JERSEY - PRESENTATE».
«MENSAJES DE APRECIACIÓN AL DOCTOR ATTICUS».
«POR QUÉ JACK KEVORKIAN ERA EL VERDADERO HÉROE».

Los recorrió rápidamente para hacerse una idea de las cosas, pero no encontró nada útil. En la parte inferior de la página de Nueva Jersey encontró una sección llamada «PRÓXIMOS EVENTOS». Hizo clic en ella. El tema más reciente en la parte superior de la pila decía «3 DE MAYO, PRINCETON, NUEVA JERSEY». Dentro, encontró una conversación de 26 páginas que documentaba la protesta con todo detalle. De nuevo, no había nombres, únicamente nombres de usuario que no delataban la verdadera identidad de los manifestantes.

—Por favor, que haya fotos —se dijo Ella—. Vamos. —Fue a las actualizaciones más recientes, publicadas esa misma mañana, y encontró exactamente lo que necesitaba. Algunos de los usuarios publicaron sus fotos personales en la página. Algunas fueron tomadas antes de que comenzaran las protestas, la mayoría durante.

Parecía que había unos quince manifestantes en total, no muchos. Supuso que los Seguidores de la Divinidad tenían delegaciones por todo el país, así que probablemente estaban bastante repartidos. Lo que ella buscaba era un líder de la protesta, alguien que odiara devotamente la atención al final de la vida. Según su experiencia, muchos creyentes religiosos seguían este tipo de grupos porque era una oportunidad de sentirse parte de un colectivo. Pero su sudes verdaderamente se oponía a las medidas al final de la vida, así que, si formaba parte de este grupo, estaría en primera fila.

En cada foto, un hombre parecía estar en primer plano siempre. Un hombre delgado y enjuto, con camisa y pantalones rojos. Estaba impresionantemente arreglado, con el pelo bien peinado y la piel bronceada. No se veía como una persona devotamente religiosa en lo más mínimo.

Ella salió corriendo de la habitación y cruzó el pasillo. Asomó la cabeza en el despacho del comisario Craven.

—Comisario, ¿puedes darme un momento?

Él levantó la mirada de su escritorio, tenía bolsas rojas bajo los ojos. Se veía como ella se sentía.

—¿Tienes algo?

—Tal vez sí. Tal vez no.

Craven se levantó y cruzó el pasillo hasta el despacho de Ella.

—Veamos qué tienes —dijo.

Ella señaló las imágenes de su pantalla.

—¿Ves a estas personas? ¿Reconoces a alguna de ellas?

Craven entrecerró los ojos mientras Ella recorría las imágenes.

—¿Quiénes son estas personas?

—Manifestantes en la puerta del hospital Princeton el día en que James Floyd fue asesinado.

—Oh, sí. Algunas personas los mencionaron, pero no les dimos importancia. Además, se fueron a primera hora de la tarde. Ningún manifestante se quedaría hasta la medianoche.

Ella no estaba tan segura. Creía que un manifestante vengativo podría hacerlo.

—Espera —dijo Craven—. Retrocede un segundo.

Ella siguió las instrucciones. Llegó a una foto de todo el grupo en medio de la protesta. Craven apoyó el dedo índice contra la pantalla.

—Este tipo de aquí. Esta cara me resulta familiar.

La persona en cuestión era un hombre regordete, con una enorme barba y unas gafas diminutas, vestido con una camiseta marrón desgastada y unos pantalones cargo.

—¿Él?

—Sí. Nunca olvido una cara, especialmente las que son feas. Espera aquí un segundo mientras busco algo.

Craven volvió a entrar en su despacho y regresó un segundo después. Colocó su computadora portátil junto a la de Ella y comenzó a machacar el teclado.

—Si la memoria no me falla, y seré el primero en decir que ya no es lo que era, una vez interrogamos a este tipo.

A Ella le gustó cómo sonaba eso. Era casi seguro que su sudes tenía un historial criminal previo. Tal vez no fuera por algo grave, pero se habría enfrentado a la ley en algún momento de su vida adulta. Pero, de nuevo, los Seguidores de la Divinidad tenían un historial de causar problemas. Tal vez por eso Craven lo conocía.

—¿Este es tu hombre? —dijo Craven. En la pantalla de su computadora portátil se desplegó un registro policial. La mitad de la pantalla estaba ocupada por una foto de la ficha policial. Ella no podía creer lo que estaba viendo. Era el mismo hombre, sin duda.

—Maldita sea, sí que es él. —Ella registró sus datos—. Kenny Spencer. Treinta y dos años.

—Vaya, este tipo era una verdadera molestia —dijo Craven—. Tratamos con él un par de veces en realidad. Es una molestia general en la ciudad, pero el año pasado se metió en una pelea con un médico.

—¿De Princeton? —preguntó Ella.

—No, otro de las afueras de la ciudad. No recuerdo de qué se trataba. Déjame revisarlo. —Craven examinó el registro—. Oh, era eso. Estaba protestando fuera del lugar, solo. Algo relacionado con las leyes del aborto. Se enfrentó a un médico y tuvieron un altercado.

Mia volvió con los cafés en la mano.

—Vaya, ¿me he perdido algo? ¿Qué estamos viendo?

—Tengo una coincidencia —dijo Ella—. Este manifestante tiene un historial de violencia contra los médicos, y estaba protestando fuera de Princeton el día que James Floyd fue asesinado.

—Maldita sea, solo me aparté un segundo y ya lo tienes todo resuelto. ¿Sabemos su localización?

—No hay dirección conocida. —Craven negó con la cabeza—. Pero según su expediente dirige una organización benéfica. «Regalos para Dios».

Ella buscó el nombre en Internet. La dirección apareció enseguida.

—Lo tengo —dijo.

—Buen trabajo, Dark. Odio tratar con locos religiosos, así que vas a tener que tomar la iniciativa aquí.

Ella ya estaba levantada y con ganas de irse.

—No lo haría de otra manera. Estoy lista para atrapar a esta escoria.

Era increíble cómo las cosas podían cambiar tan rápidamente, lo rápido que podía ajustarse la actitud de una persona. Seguían apareciendo los muros y Ella seguía derribándolos. Eran momentos como este los que le daban el impulso que necesitaba para hacer que las cosas sucedieran.

Y una vez que Kenny Spencer fuera encerrado, podría derribar los muros más grandes. Nada podía detenerla ahora. Era todo o nada.

CAPÍTULO VEINTIUNO

A Ella le latía el corazón a toda velocidad mientras se dirigían al edificio. Un campo de lápidas dio paso a una gigantesca iglesia gótica, negra como el carbón e imponentemente ominosa incluso a la luz del día. Ella subió por el camino hasta la puerta arqueada; mientras tanto, Mia pasó muy cerca de las lápidas mientras pisaba la hierba. Rara vez mostraba respeto por los muertos.

Ella giró el viejo pomo oxidado y empujó la puerta para abrirla. Un fuerte olor la invadió, pero no pudo identificar lo que era. Era más bien un olor general a viejo.

—Odio las iglesias —dijo Mia.

—Es posible que quieras quedarte detrás —dijo Ella—, en caso de que empieces a arder.

—Mejor reinar en el infierno y todo eso.

El interior presentaba un sorprendente contraste con el amenazante revestimiento del exterior. Ya no había arquitectura gótica y el interior era un espacio bastante moderno adornado con bancos, un altar y una gigantesca lámpara de araña que colgaba del techo. Cerca de la puerta había una pequeña mesa con un cartel escrito a mano que decía «MESA DE RECEPCIÓN». Ella no pudo ver ninguna otra persona en el interior.

—Esto no se parece a ninguna iglesia que haya visto —dijo Ella.

—¿Has visto muchas iglesias? —preguntó Mia. Golpeó la mesa con el puño—. ¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Una puerta lateral se abrió y apareció una mujer joven. Pelo castaño encrespado y gafas enormes. Parecía que tenía 21 años y casi 50 al mismo tiempo.

—Sí, ¿hola? ¿Quiénes son ustedes?

—Somos del FBI. Estamos buscando a alguien llamado Kenny Spencer. ¿Está aquí? —preguntó Ella.

—Eh... —dijo la mujer—. ¿De qué se trata?

—Somos del FBI y nuestro asunto no es de tu incumbencia. ¿Está aquí o no? —preguntó Mia.

—Tendré que verificarlo. No estoy segura.

Ella reconocía a un trabajador incompetente cuando lo veía, y la joven que tenía delante presentaba todos los signos distintivos. No estaba de humor para que pusieran a prueba su paciencia.

—¿Tendrás que comprobarlo? Este lugar está más vacío que un agujero negro.

La mujer miró nerviosa a su alrededor.

—Esperen aquí —dijo y se levantó de la silla arrastrando los pies. Se dirigió al centro de la iglesia y se quedó completamente quieta durante un minuto antes de desaparecer en una habitación lateral.

—Eso sí que es un buen servicio de atención al cliente —dijo Mia.

—Inexistente. Quizá la hayamos asustado.

—Ojalá.

Esperaron un minuto, dos minutos. Ella miró su teléfono y descartó furiosamente otro mensaje de Mark. Con cada nuevo mensaje que llegaba, ella quería golpearlo un poco más. Precisaría ayuda de Dios cuando ella volviera, porque la estaba llevando a la locura. Estaba claro que el hombre nunca había sentido la ira de una mujer despechada.

—¿Qué está haciendo esa perra? ¿Construyendo una escalera al cielo? —preguntó Mia.

—Sí que se está tomando su tiempo —dijo Ella—. ¿No crees que...? —Le llamó la atención a su compañera. Parecía que Mia estaba pensando lo mismo.

—Mierda. Lo está alertando —gritó Mia. Ambas agentes se dirigieron rápidamente hacia la parte trasera de la iglesia al mismo tiempo. Siguieron la dirección que tomó la mujer y encontraron una pequeña puerta negra. Ella jaló la manija y se encontró con una pequeña oficina.

Dentro estaba la mujer de pelo crespo junto a un caballero fornido y con barba que llevaba una simple camiseta blanca. Ambos parecían ciervos bajo los focos. Antes de que ninguna de las dos agentes pudiera decir una palabra, el hombre que Ella supuso que era Kenny Spencer salió por la puerta y entró en la iglesia, cerrando la puerta tras de sí. Las agentes lo persiguieron, pero cuando salieron al vestíbulo principal, el sospechoso había desaparecido.

—¿Dónde ha ido? —gritó Mia a la mujer, que en ese momento estaba acobardada en un rincón.

—No lo sé —gritó—. Podría estar en cualquier parte.

—¿Y qué es lo que sabes? —le gritó Mia antes de correr hacia la puerta—. Busca aquí dentro, Dark. Yo iré fuera.

—Encuentra el coche de este imbécil. No puede llegar muy lejos a pie —dijo Ella. Se apresuró a pasar el altar y encontró un par de pasillos, ninguno de los cuales mostraba signos de que alguien hubiera entrado recientemente. Eligió uno al azar, bajó corriendo y se encontró en un sótano. Rebuscó entre unas cuantas cajas de trastos viejos y no encontró más que unas cuantas cruces de madera, la mayoría de ellas rotas. Cogió una y se dio cuenta de que el trozo de madera que tenía en la mano era del mismo tamaño y forma que el de la escena del crimen de James Floyd. De repente, este sospechoso pintaba aún mejor.

De vuelta en el pasillo, probó el siguiente. Parecía no tener fin, y daba vueltas a lo ancho de todo el edificio. Al final de la hilera, empujó una puerta y se encontró en el exterior. Más adelante, vio dos figuras situadas alrededor de un viejo Honda verde. Una no había visto a la otra. James estaba agachado detrás del maletero mientras Mia inspeccionaba la escena desde el frente.

—Ripley, está al otro lado del coche —gritó Ella. Mia se apresuró a rodear el lado del vehículo, pero el agazapado Kenny la tiró al suelo empujándola con el hombro. Kenny huyó por el cementerio, hacia la parte trasera de la iglesia. Ella lo persiguió con decisión, saltando por encima de las lápidas para alcanzar al sospechoso en fuga. La hierba de los alrededores era densa y sin cortar, y algunas de las lápidas más grandes le obstruían la visión del hombre. Se detuvo un momento para ver por dónde podía ir Kenny.

Ella se movió entre las tumbas, resguardándose de que la viera. La iglesia estaba rodeada por un gran muro de ladrillos con coronas de alambre de espino, por lo que las posibilidades de que Kenny escapara saltándolo, sobre todo teniendo en cuenta su tamaño, eran escasas. Prestó atención a los crujidos en la hierba, pero solo oyó el canto de los grillos y el tráfico lejano.

En la zona más alejada del cementerio, Ella divisó una imagen siniestra.

Había una tumba excavada: un agujero rectangular de dos metros de profundidad, cuyos lados estaban perfectamente definidos y recortados. Se quedó demasiado tiempo mirándola, porque varios metros a su izquierda, Kenny Spencer apareció por detrás de una tumba que ostentaba un ángel gigante y ciego.

Ella cubrió la distancia que la separaba de la tumba en segundos, acercándose al mismo tiempo a Kenny para agarrarlo. Él rodeó el agujero vacío, pero Ella saltó sobre él y embistió al manifestante. Rodaron juntos por el suelo, pero Kenny empujó a Ella para quitársela de encima. Aunque era voluminoso, tenía fuerza en esos grandes brazos. Ella se puso de nuevo en pie, se dirigió a Kenny y le dio un codazo en la mandíbula. Él se desplomó como un castillo de cartas en un terremoto y aterrizó a centímetros de la tumba vacía.

Para su sorpresa, Kenny se levantó de nuevo en segundos. Ella lo agarró por la camisa y le acercó la cara a la suya.

—No te atrevas a moverte —le dijo.

Kenny le escupió en la cara, pero lo que más la ofendió fue su aliento. Se lo limpió con la manga.

—Kenny, soy del FBI, y pequeñas cosas como esa pueden meterte en problemas.

—¿Y qué? —gritó Kenny—. Suéltame. —Él se resistió a su agarre, dándole patadas en los tobillos y acercando la frente hacia ella.

¿Acaso tenía otra opción? Estaba justo ahí, rogándole que lo hiciera, como una comezón que necesitaba rascar.

—Kenny, si vuelves a hacer eso, te pasará algo malo. —Eran las palabras que Mark le había dicho a ella, reproducidas en un contexto diferente. Debió haber sido algo subconsciente.

—Inténtalo perra y te demandaré por todo lo que tienes.

Para ser un hombre de Dios, Kenny no actuaba como tal. Ella lo agarró con más fuerza.

—Kenny, te lo ruego. Por favor, no lo hagas. Realmente no quiero hacer esto.

—Vete a la mierda —le gritó en la cara.

Ella no pudo contenerse más. La llamaba como el canto de una sirena que atrae a un marinero al desastre. Dio un paso adelante y apoyó su peso en la pierna delantera.

Luego lanzó al sospechoso a dos metros bajo tierra.

El hombre rebotó contra las paredes terrosas y aterrizó con un ruido nauseabundo. Él yacía inmóvil en una tumba vacía y ella no estaba segura de no haberlo matado.

Pero se dio cuenta de que no le importaba.



—¿Dark? ¿Por qué estás sentada al lado de un agujero? ¿Dónde está Kenny?

Ella tenía que admitirlo. Era un escenario único para un interrogatorio.

—A punto de ser enterrado vivo si no empieza a hablar.

Mia se asomó a la tumba mientras se frotaba el hombro.

—Maldita sea. ¿Me estás tomando el pelo? Hablando de surrealismo.

—¿No?

—¿Me atrevo a preguntar cómo sucedió esto?

—Probablemente sea mejor que no lo hagas. —Ella miró a su cautivo, a dos metros bajo el nivel del suelo. Él se había puesto en pie, con un aspecto más parecido al de un zombi del que Ella deseaba, pero hasta el momento no había dicho nada—. Señor Spencer, podemos hacer esto de dos maneras. O vienes con nosotras a la comisaría, o te quedas ahí dentro. ¿Cuál escogerás?

Kenny gritó algo. La acústica de la tumba hizo que su voz sonara mucho más fuerte.

—Muérete.

—Déjame intentarlo —dijo Mia mientras se inclinaba hacia el agujero—. Oye, Kenny, estás involucrado en algunos delitos muy graves, así que te sugiero que empieces a hablar con nosotras. Si no lo haces, podríamos empezar a palear la tierra ahora mismo, porque probablemente te enfrentes a la pena de muerte.

Un largo silencio.

—Sáquenme de aquí —pidió.

—¿Por qué habríamos de hacerlo?

—Porque no he hecho nada malo. ¿Por qué estás hablando de la pena de muerte?

Mia le indicó con la cabeza a Ella que se hiciera cargo. Miró hacia abajo en la oscuridad, viendo fragmentos de Kenny Spencer, pero no su figura completa. Él la miraba fijamente con los ojos blancos y brillantes.

—Señor Spencer, ¿por qué huiste cuando irrumpimos en tu despacho?

—Me asusté —dijo—. Me entró el pánico. —Una de las desventajas de este macabro montaje era que Ella no podía ver el lenguaje corporal del sospechoso. Eso significaba que sería más difícil determinar si estaba mintiendo.

—¿Por qué has entrado en pánico? ¿Qué has hecho de malo?

—Tú sabes por qué. Si no, ¿por qué estarían aquí?

—Solo díselo —dijo Mia—. Esto es como tratar de sacarle sangre a una piedra.

—Sr. Spencer, tenemos razones para creer que has estado involucrado en tres asesinatos recientes. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Mia se alejó de la escena e hizo una llamada telefónica. Debía estar pidiendo apoyo para ayudar a sacar a este pobre desgraciado de la tierra.

—¿Asesinatos? No he asesinado a nadie.

Ella no se lo creyó. Ni un poco.

—Entonces cuéntanos por qué has huido —dijo Ella.

—Bien. El otro día me enfrenté a un médico. Ya. ¿Contenta?

—¿Qué médico? ¿Y por qué?

—No sabía su nombre. Un tipo fuera del centro de medicina de Penn. ¿De acuerdo? Tuve una pequeña pelea con él y supuse que había llamado a la policía.

—¿Una pelea por qué? —Ella seguía con las preguntas rápidas y continuas. Tenía el ritmo y no quería perderlo.

—Cáncer terminal.

—Parece una cosa extraña por la que pelearse.

—El tratamiento al final de la vida es un pecado. Va en contra de la voluntad de Dios. Solo Él elige cuando alguien muere, ni la ciencia, ni los médicos.

Mia volvió y al instante continuó con su ira.

—Estás hablando sin saber. La ciencia es la razón por la que no estás tirado en un charco de tu propia mierda, muerto a los 30 años.

—Le guiñó un ojo a Ella y susurró—: Bien podríamos irritarlo. Un tipo como este va a hablar más cuando esté enfadado.

—Lo que sea. Crean lo que quieran. He tratado con incrédulos toda mi vida y sus pequeños desaires no me van a hacer cambiar de opinión.

Ella dejó que Kenny se quedara en su tumba mientras consideraba hacia dónde llevar el interrogatorio, si era que podía

llamarse así. Creía desesperadamente que ese hombre era el responsable, quizá por esperanza o quizá por auténtica convicción. Si no, ¿por qué iba a tomar el camino de los cobardes al ser confrontado, especialmente si solo había cometido un delito menor? Algo no cuadraba y decidió expresarlo.

—Kenny, ahórrate los sermones de Jesús porque no me importa. ¿Intentas decirme que huiste del FBI porque te metiste en una pequeña pelea?

Kenny se tomó su tiempo. Ella lo oyó arañar las paredes. Debía de ser bastante aterrador allí abajo. En cierto modo, se sintió mal por el tipo.

—Sí.

—No lo creemos —dijo Mia—. Nadie hace eso.

—Sr. Spencer, estabas protestando fuera del hospital Princeton hace dos días, ¿correcto?

—Tal vez.

—No nos mientas. Hemos visto las fotos. Y hemos encontrado uno de tus carteles debajo del coche de la víctima.

Kenny tardó en responder.

—¿Pueden sacarme de aquí? Lamento haberme comportado como un imbécil, pero les diré la verdad cuando esté fuera. No me siento bien diciéndolo mientras estoy en una tumba.

Ella miró a Mia en busca de confirmación.

—¿Lo hacemos? —susurró Ella.

Parecía que Mia realmente no quería liberarlo.

—Por mucho que prefiera dejarlo ahí dentro, la cortesía profesional tiene prioridad. Saquémoslo de ahí.

—Si corres, te dispararemos. ¿Entendido?

—Entendido —respondió Kenny.

Ella se tumbó boca abajo y extendió los brazos hacia las profundidades. No estaba segura de por qué la gente utilizaba el término dos metros bajo tierra porque esta tumba era mucho más profunda. Kenny se acercó y le cogió la mano, la fuerza casi le arranca el brazo de su sitio.

—Ripley, ayúdame un poco —dijo—. Carga pesada.

Mia se sumó, tomando la otra mano de Kenny. Lo sacaron suavemente de la tumba vacía y lo colocaron de nuevo en la hierba. Él se alejó a toda prisa del agujero, poniendo distancia entre él y su trauma.

—Bien, Kenny, explícate —dijo Ella.

Kenny juntó las manos en posición de oración y murmuró algo para sí mismo. Las agentes se reposicionaron para que, si Kenny intentaba correr, no llegara muy lejos.

—Esta es toda la verdad y nada más que la verdad —comenzó Kenny—. Sí, la otra tarde protestamos fuera de Princeton. Me quedé por ahí después. Mucho tiempo después. Me paseé por ese lugar hasta la madrugada.

—Claro, ¿y por qué encontramos uno de tus carteles debajo del coche de un hombre muerto? —preguntó Ella.

—No sé cómo llegó allí. Lo juro por mi vida. Pero alrededor de la medianoche, yo estaba en el aparcamiento del personal. No voy a mentir, estaba un poco borracho. Entonces vi salir a este hombre. Obviamente era un médico de cabecera o algo así. Así que lo enfrenté.

Parecía más sospechoso a cada palabra, se dijo Ella. Este hombre estaba en la escena del crimen en el momento exacto del asesinato interactuando con la víctima. Sus creencias religiosas le daban un motivo sólido. Muchos jueces lo condenarían solo por eso. Ella se mantuvo cerca de él, lista para abalanzarse si intentaba algo sospechoso.

—El tipo me ignoró —continuó Kenny—. Me alejé, lo dejé tranquilo. Cuando estaba a punto de salir del aparcamiento, oí un ruido del otro lado. Como una conmoción. Me di la vuelta y había dos personas peleando entre los arbustos.

Ella observó las microseñales de Kenny. Sus pies apuntaban hacia ella. No creó ninguna barrera psicológica. No le temblaba la boca ni los labios. Mantenía un contacto visual razonable. Según todas las estadísticas, Kenny estaba diciendo la verdad.

—¿Qué hiciste? —preguntó Mia.

—Me escondí y lo vi. Vi a un tipo apuñalar al otro, luego me asusté y salí corriendo. Ayer me enteré del asesinato en las noticias. Fui la última persona que lo vio con vida. Obviamente, sabía que alguien vendría a buscarme.

Ella no podía creer el descaro de este hombre. Fue testigo de un asesinato, pero su principal preocupación era su propia seguridad. La gente así le daba asco.

—Dios mío, ¿has visto cómo mataban a un hombre y no has hecho nada? ¿También era la voluntad de Dios? ¿O simplemente es que eres un cobarde?

Kenny levantó las palmas de las manos.

—Por favor, no digas eso. Iba a denunciarlo, pero para cuando me armé de valor, el asesinato estaba en todas las noticias.

—Claro —dijo Mia—. Entonces, estabas con nuestra víctima la noche que murió. ¿Puedes verificar tu paradero la noche anterior? ¿Y el 30 de abril?

—¿Anoche? —preguntó Kenny con los ojos agrandados—. Claro, estuve en la iglesia toda la noche trabajando, haciendo tareas administrativas, imprimiendo folletos. Estuve aquí desde las cinco de la tarde hasta la medianoche.

Ella se desplomó contra la hierba. Un trozo afilado se le clavó en el cuello, pero agradeció el dolor. Otro callejón sin salida. La noticia la dejó mareada.

—¿Alguien puede confirmarlo? —preguntó.

—Sí, varios. Algunos empleados de aquí. Algunos clientes habituales. Mucha gente me vio.

Mia tampoco parecía contenta con esta nueva información.

—¿Y el 30 de abril? —preguntó.

—¿Cuándo fue eso, el miércoles? —Kenny se rascó la barba reseca—. Estuve en Baltimore. En la concentración de los Seguidores de la Divinidad. No volví hasta el jueves por la tarde. Tengo fotos de mí allí y todo.

Ella cogió un matojo de hierba y lo arrancó del suelo mientras se ponía en pie. Lo arrojó a la tumba vacía, luchando contra el impulso de no lanzarse ella misma dentro. Ese hombre encajaba tan perfectamente en el modelo que era como si lo hubieran vertido en forma líquida, pero estaban persiguiendo fantasmas. Kenny tenía coartadas.

—Comprobaremos esas coartadas, señor Spencer —dijo Ella, pensando que, si se oponía lo suficiente, quizá no fuera cierto.

—Bien —dijo Kenny mientras se limpiaba algunos restos de tierra de los brazos—. ¿Puedo irme ya?

—No, no puedes —dijo Mia—. La policía local se encargará de t. Tenemos que confirmar tu coartada y tenemos que investigar a algunos de los otros manifestantes de tu grupo. Aunque tú no lo hayas hecho, uno de tus amigos podría haberlo hecho.

Kenny se recompuso un poco, pero no lo suficiente como para deshacerse de la vergüenza de haber sido arrojado a un agujero de tres metros. Escupió al suelo.

—Bien, lo que sea, pero si quieren encontrar verdaderos asesinos, tal vez quieran echar un vistazo a algunos de estos médicos. Son los que asesinan a un paciente mientras obligan a otro a vivir en la agonía. ¿Qué les da derecho a decir cuando alguien debe morir?

Ella se alejó, sin hacer caso a la perorata de Kenny. Ripley la llamó, pero Ella siguió caminando. La decepción se estaba convirtiendo rápidamente en una pesada carga, y además de todo lo demás, «fracaso» era la palabra que no podía borrar de su mente. Kenny siguió diciendo sus tonterías, y ella tuvo que contenerse para no empujarlo de vuelta al lugar de donde venía.

—Dark, espera —dijo Mia.

Pero ella ya no podía esperar más.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Ethan Heroux estaba al mismo tiempo enfurecido e impresionado por el FBI. Habían derribado su puerta y la habían sustituido por una mejor y más cara al día siguiente. Hacía tiempo que quería una puerta nueva, así que su intrusión fue una desgracia con suerte.

Los instaladores le dijeron a Ethan que su nueva puerta estaba lista y que le dejarían dos juegos de llaves en la mesa auxiliar. Justo cuando se marcharon, el nuevo cliente de Ethan entró en su propiedad. Ethan esperó con la puerta entreabierta para recibir al hombre, que parecía tener unos veinte años. Iba vestido decentemente, bien peinado y tenía una mirada pensativa que le decía que tenía muchas cosas en la cabeza. Una buena impresión hasta el momento.

Ethan no había querido aceptar más clientes porque su agenda ya estaba repleta, pero la petición de este hombre había sido una especie de anomalía. El hombre se había puesto en contacto con él ofreciendo el doble de la tarifa habitual de Ethan por una sesión, dos como mucho. A Ethan le intrigaba más la vaguedad de su petición que otra cosa, porque en su larga carrera como psicoterapeuta, encontraba que esos individuos eran los más fascinantes de todos. Aquello reprimido sería desahogado en su despacho.

El desconocido le tendió la mano.

—Soy el Sr. Davies —dijo—. Encantado de conocerle.

Ethan adivinó que probablemente era un alias. Los recién llegados solían utilizar nombres falsos hasta que se sentían

cómodos, pero eso solo hacía que todo esto fuera más intrigante.

—Hola, llámame Ethan. Por favor, pasa.

El terapeuta lo guio por el pasillo hasta su oficina. Su seguidor se movió lentamente, observando la estética del entorno.

—Bonito lugar —dijo.

—Es suficiente por ahora —dijo Ethan—. ¿Quieres beber algo? ¿Agua? ¿Té? Te ofrecería un café con leche, pero mi mujer está en el trabajo hasta tarde. No puedo hacerlos como ella.

—Estoy bien, gracias —dijo el Sr. Davies. Miró a su alrededor en busca de un lugar para sentarse, esperando como un cachorro perdido.

—Sofá o butaca, la elección es tuya —dijo Ethan. El paciente eligió el sofá, como hacían todos. Era una peculiaridad psicológica fascinante. En situaciones sociales, la gente solía elegir el asiento más pequeño de la habitación. Pero aquí, siempre elegían el más grande. Ethan creía que tenía que ver sobre la dinámica terapeuta-paciente.

Dejó que el ambiente se asentara. La terapia era algo lento y meterse de lleno en ella era una técnica moderna utilizada exclusivamente por los pseudos de la industria. Si quería que este hombre se abriera, tenía que encender una pequeña chispa y dejar que se consumiera con el tiempo.

—Háblame de ti —dijo Ethan.

El paciente se acostó, algo que las películas y los programas de televisión exhibían como normal pero que, en realidad, era bastante raro. La mayoría de sus clientes se limitaban a permanecer sentados.

—Me llamo Gareth Davies, tengo 35 años. Trabajo en una fábrica, en la industria del titanio. No estoy casado, no tengo hijos, nunca he tenido una relación.

—Dime qué te preocupa —dijo Ethan.

El paciente respiró profundamente.

—Me siento increíblemente solo. Siento que ya no conecto con nadie. ¿Sabe cómo se siente eso?

—Creo que todos podemos identificarnos con ello en algún nivel —dijo Ethan—. No hay una sola persona, incluso los ricos y los famosos, que no se sienta un poco sola a veces.

—Pero esto es constante y ha sido así desde hace un año.

—Entonces, ¿hubo un tiempo en que no te sentías así? —preguntó Ethan.

—La única persona que se preocupaba por mí era mi madre.

Ethan sabía lo que venía a continuación y en cierto modo esperaba un poco más de este paciente. La pérdida de los padres era una razón común que provocaba conflictos mentales. Ethan realmente creyó que habría algo más, especialmente para un hombre que parecía tan presentable en la superficie.

—¿Qué pasó con tu madre?

—Murió. Una muerte larga y agónica.

—Siento mucho oír eso —dijo Ethan y volvió a acomodarse en su silla. El ritmo de la conversación estaba aumentando y podía sentir que el paciente se sentía más cómodo, más honesto—. La pérdida de los padres puede ser una experiencia traumática. ¿Crees que su fallecimiento es la única razón por la que te sientes tan perdido?

El paciente se quedó perfectamente quieto.

—¿Lo sientes? —preguntó y lo pronunció con palabras tan suaves que parecían una canción infantil para dormir. Ethan no estaba seguro de haberlo escuchado bien.

—¿Qué siento?

—Sí. ¿Realmente sientes mucho oírlo?

Ah, sí, Ethan había visto este enfoque antes. Una vez establecida la cadencia de la reunión, algunos pacientes solían poner a prueba a su terapeuta. Era un desafío, como si dijera «dime lo que crees que sabes».

—Mucho. Perdí a mis dos padres a los veinte años. Es una experiencia dura para cualquiera.

El paciente se sentó en el sofá, había algo diferente en él. Se le había transformado la sonrisa irónica en un ceño fruncido. Se le

movían los dedos en señal de anticipación. Ethan no había visto estos signos de ansiedad cuando llegó.

—Entonces, ¿por qué dejaste que pasara?

Ethan debió haberse perdido algo porque este hombre no tenía sentido. ¿Esquizofrenia leve, quizás? ¿Tal vez un trastorno límite de la personalidad? ¿De qué estaba hablando?

—Disculpa, debo haberme perdido en el camino. ¿Dejar que pase qué?

—Esas personas. El médico y la enfermera. Los viste. Podrías haberlos hecho cambiar de opinión.

A Ethan no le gustó nada la situación. El tono del hombre había pasado de la conversación a la confrontación en pocos segundos. Era evidente la ira reprimida en cada palabra, en cada movimiento que hacía con los puños. Algo se había avivado en su interior y Ethan tenía que hacer algo para aplacarlo.

—Señor Davies, no sé a quién te refieres. Trabajo con varios médicos y enfermeras. Es parte de mi trabajo. Y no ofrezco consejos aquí, simplemente dejo que la gente llegue a sus propias conclusiones.

El paciente se levantó lentamente.

—Irónico, ¿no? ¿Dejar que la gente llegue a sus propias conclusiones? ¿Por eso la mantenían con soporte vital en contra de sus deseos? ¿En contra de mis deseos? Tuve que verla sufrir mientras la mantenían con vida. ¿Es eso lo que llamas «llegar a sus propias conclusiones»?

—Sr. Davies, no tuve nada que ver con el fallecimiento de su ser querido. Solo soy un terapeuta. No trabajo en el campo de la medicina.

—Hice todo lo que pude para hacerles entrar en razón. Médicos, jueces, legisladores. Los perseguí a todos hasta su último aliento. No hicieron nada.

Ethan apartó su silla para alejarse del paciente. Le asaltó un pavor irremediable en cuanto se dio cuenta de a qué médico y enfermera se refería exactamente.

Los muertos.

Luchar, huir o pedir ayuda. Ethan tenía que elegir y no tenía tiempo para hacerlo, porque en cuestión de segundos, el supuesto paciente estaba sobre él.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Ella miraba fijamente la pizarra, mientras hacía girar un rotulador entre sus dedos. Mia estaba sentada en su escritorio, con la mirada perdida. El único sonido en la habitación era el parloteo lejano del otro lado de las paredes.

No le tocaba hablar a ella. Hasta ese momento, Ella había hecho todo el trabajo. Tal vez Mia tenía que espabilar y empezar a producir algo, porque Ella estaba empezando a sentirse un poco frustrada por su falta de trabajo de investigación. Lo único que había hecho era aparecer y estar al lado de Ella como una mascota.

—¿Dark? —preguntó Ripley.

—¿Qué? —Ella ni siquiera se dio la vuelta. Miró su teléfono. Otros dos mensajes del exnovio.

«Eres increíble, Ella».

«Estoy esperando...».

Tiró el teléfono al suelo y fantaseó con la idea de pulverizarlo.

—No dejes que las cosas te desanimen. Hiciste un gran trabajo encontrando a Kenny, pero las cosas no funcionan. Sucede.

—Ni me lo digas —dijo Ella.

—Entonces, ¿cómo seguimos a partir de aquí? Esa es la siguiente pregunta.

Ella apretó los labios para no decir algo que no debía.

—No lo sé.

—Vamos. Piensa. Usa ese depósito de memoria que tienes.

Ella no pudo contenerse. Todo salió a la superficie y explotó en un violento maremoto. Mark, Tobias, el caso, Mia. Había llegado a su

límite.

—¿Por qué no haces algo tú? Como, no sé. ¿Algún trabajo de detective? ¿No se supone que eres la mejor del FBI? ¿Por qué estoy haciendo todo aquí?

Ella no se dio la vuelta, pero sintió que la ira de Mia se avecinaba. El ambiente cambió instantáneamente y la temperatura subió un grado.

—¿Qué has dicho? ¿Qué te pasa, novata? No eres tú misma.

Ella golpeó las manos sobre la mesa.

—Deja de llamarme novata. No soy una novata. Estoy haciendo mucho más que tú aquí. Resolví mi último caso sin ti y puedo volver a hacerlo, ¿de acuerdo? Basta con la chorrada de la condescendencia.

Mia cerró la computadora portátil de un golpe, se acercó al lado de Ella y se sentó a su lado. Para sorpresa de Ella, no había ira, ni frustración, solo calma.

—Lo siento. Novata es solo un apodo que se quedó. No pretendía insultarte.

—Está bien. Gracias.

—Ahora Dark, puede que no lo creas, pero te conozco. Te he observado muy de cerca durante los últimos seis meses. Antes de eso, te observé en la sede del FBI. Conozco tus características básicas, conozco tus gestos, y no son como antes. Esta no eres tú. No has sido tú desde que viniste a mi casa la otra noche, así que tienes que empezar a hablar.

Ella saltó de su silla y se alejó.

—¿O qué? ¿Me abandonarás de nuevo como hiciste la última vez?

—No. No quiero eso en absoluto. Pero tú sabes mejor que nadie, o al menos eso espero, que guardar secretos no acaba bien.

—Sabes lo que me molesta —dijo Ella—. Lo mismo que te molesta a ti.

—No estoy preocupada por Tobias. No lo he estado desde que llegamos aquí. Me he centrado en esto y únicamente en esto. Él

puede emerger un segundo o dos, pero lo hago a un lado. Ya me preocuparé por él más tarde.

Ella sabía que Mia solo estaba interpretando el personaje. Mia mentía tanto como ella.

—Déjate de tonterías de detective rudo, Mia. Eso no es cierto y lo sabes. Desde que llegaste aquí, has estado agobiada por la paranoia de Tobias. Por eso has estado tan distante. Incluso tú misma lo has dicho.

Mia se tomó un momento. Se frotó la frente y mantuvo la cara oculta con la palma de la mano.

—Si eso es lo que piensas, entonces no sé qué decirte. Solo he sido sincera contigo. Al menos podrías tener la misma cortesía conmigo.

Ella se negó a mencionar sus problemas con Mark. Moriría antes de pronunciar las palabras. No quería ni necesitaba la ayuda de Mia en esto. Era una batalla que debía ganar ella misma.

Pero Mia no había terminado.

—Ya que estamos en el tema, tal vez sea hora de que haga algunas suposiciones por mi cuenta, ¿no?

Ella miró su teléfono en el suelo. Desde que habían discutido, había sonado dos veces. Ella ya sabía quién era el que le estaba mandando mensajes.

—Adelante —dijo.

—Está pasando algo en tu relación. ¿Por qué no me dices de qué se trata? Puedes hablarme de cualquier cosa. No tiene que estar relacionado con el trabajo.

Dos opciones. Revelar todo mientras tenía la oportunidad o mantenerlo reprimido un poco más.

—Todo está bien —dijo Ella.

—Dark, no me dicen el detector de mentiras humano por nada. Es obvio que las cosas no están bien. Y créeme cuando digo que, si hay una persona que sabe lo difícil que son las relaciones en este trabajo, la estás viendo a la cara.

No. Este no era un problema por el que Mia tuviera que preocuparse. Ella se mantuvo firme.

—Si pasara algo con Mark, te lo diría. Él es un poco excesivo a veces, pero no es nada que no pueda manejar.

—¿Excesivo? ¿Qué quieres decir?

Ella recogió su abrigo y se dirigió a la puerta. El aire de la habitación empezaba a asfixiarla.

—Voy a despejar la cabeza —dijo Ella y salió antes de decir algo de lo que se arrepentiría.



Ella caminó por las calles, mientras deseaba tener un vicio que la consolara. Pero no lo tenía.

Lo peor de todo esto era que había vidas que pendían de un hilo. Cada bocanada de aire que ella y Mia perdían discutiendo era tiempo que podían dedicar a descubrir al asesino. Este suceso tenía un motivo, como cualquier otro asesino en serie de la historia. Todo lo que tenía que hacer era averiguar cuál era.

Perseguir a Kenny Spencer con tanta convicción había sido un grave error en más de un sentido, se dijo Ella. Kenny solo era alguien que albergaba profundas creencias religiosas y las proyectaba sobre la comunidad médica. Pero cuanto más lo pensaba, más razón tenían desde el inicio. El asesino conocía las víctimas, probablemente había interactuado con ellas varias veces.

Eso les dejaba dos opciones. O era un paciente o alguien que trabajaba con las víctimas. No podía ser nadie más. Nadie interactuaría con estas personas tan regularmente como un paciente o un compañero de trabajo.

Su cerebro enciclopédico se puso en marcha, sacando a relucir casos de la historia que seguían la misma línea que este suceso. Hubo cientos de ángeles de la muerte, o ángeles de la misericordia, como se les conocía a veces: funcionarios médicos que mataban a

sus pacientes. En realidad, eran uno de los tipos de delincuentes más raros, y sus motivaciones no siempre estaban claras, ni siquiera para los que se adentraban en su psique. La teoría más extendida era que los ángeles de la muerte disfrutaban jugando a ser Dios, algo que probablemente los había atraído a la profesión médica en primer lugar. Esto era cierto para la mayoría de los ángeles de la muerte de alto perfil, como Harold Shipman y Donald Harvey. Estos asesinos no querían dañar a sus víctimas, solo querían verlas morir, y deleitarse con su control sobre la vida y la muerte.

Pero también había una subcategoría de ángeles de la muerte que estaban resentidos con sus pacientes, y querían ver a sus víctimas sufrir de forma cruel y agónica. También había una categoría aún más rara, el ángel de la muerte femenino, muchos de los cuales tenían como objetivo a niños y recién nacidos.

Su sudes no era ninguna de estas cosas. En todo caso, su asesino era todo lo contrario a estas cosas. Mataba a los que salvaban vidas. Era, por una definición muy tenue, un asesino de ángeles. La conexión le hizo doler la cabeza.

Ella se detuvo frente a la consulta quirúrgica de un médico y observó cómo una enfermera introducía un nuevo cargamento de material. Siguió rápidamente, sin querer parecer sospechosa.

Había un tipo más de asesino médico, más raro que todos los demás. En la historia conocida solo se habían dado unos pocos casos de asesinos de este tipo. Debido a su escasez, no se les había dado una denominación oficial, pero extraoficialmente se les denominaba asesinos eutanásicos o asesinos consentidos.

Estos criminales matan voluntariamente a petición de las propias víctimas, el más famoso de ellos fue Jack Kevorkian, el médico que practicó la eutanasia a más de 130 personas en su carrera médica. También está el extraño caso del caníbal alemán Armin Meiwes, que devoró a un hombre deprimido que conoció por Internet. También hubo recientemente una serie de asesinatos en serie en Japón a manos de un hombre llamado Takahiro Shiraishi. Sin embargo, más

tarde se supo que todas las víctimas de Shiraishi habían acudido a él voluntariamente para lo que él llamaba una «experiencia suicida».

Pero su asesino no era nada de eso, aunque posiblemente compartiera algunas de sus creencias. Creía que mantener a alguien con vida más de la cuenta era un delito punible, por lo que acababa con la vida de aquellos que hacían exactamente eso.

Ella recordó a Connor Jansen, el joven que había trabajado en el hospital junto a dos de las víctimas. De todos sus sospechosos hasta el momento, él era el que mejor encajaba en el modelo. Tal vez pudiera indagar en algo más que no implicara al propio Connor, sino a alguien como él. ¿Un médico que despreciaba los cuidados al final de la vida pero que se había visto obligado a llevarlos a cabo?

Entonces se le ocurrió algo.

Sí, había alguien exactamente así.

—Maldita sea —se dijo a sí misma—. ¿Cómo se me pasó eso por alto?

Se puso en marcha y se fue corriendo de vuelta a la comisaría.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Ella se apresuró a entrar en su despacho sin aliento. Se sentó en su silla y golpeó furiosamente el teclado para que su computadora portátil cobrara vida. Mia no estaba por ningún lado. Probablemente se estaba ahogando en café como si fuera un sustituto del alcohol. No podía culparla, ella también hacía lo mismo a veces.

La pantalla de su computadora portátil se iluminó y volvió a navegar por el foro de los Seguidores de la Divinidad. Utilizó el enlace que la técnica de informática le había enviado para entrar en la versión duplicada del sitio web con toda la información privada.

Se dirigió a la sección de Nueva Jersey y encontró la conversación que había revisado ociosamente ese mismo día.

«MENSAJES DE APRECIACIÓN AL DOCTOR ATTICUS».

No era un nombre que le resultara familiar, pero las páginas y páginas de información sobre este misterioso hombre rápidamente cambiaron eso. Según la entrada del foro, el doctor Atticus era un médico de Nueva Jersey que llevaba a cabo peticiones de eutanasia de forma clandestina. Era un médico autorizado de día y un asesino a sueldo de noche, siempre que las personas que solicitaban sus servicios fueran las mismas que querían morir.

Leyó uno de los artículos que se habían colgado en la página:

«JUNIO 2016. MÉDICO DE EUTANASIA DESHONRADO EN TELA DE
JUICIO - LICENCIA MÉDICA REVOCADA».

«Flynn Atticus, de 62 años, conocido ocasionalmente como “Flynn el Misericordioso”, ha sido destituido hoy de su puesto de médico general en el hospital Clarke House de Trenton, Nueva Jersey».

«Al médico, que fue declarado culpable de practicar la eutanasia a siete de sus pacientes asignados, le fue oficialmente revocada su licencia para ejercer la medicina por el comité médico de Nueva Jersey el 3 de Junio de 2016».

«Al parecer, Atticus retiró múltiples medidas de soporte vital a petición de sus pacientes o de sus familiares cercanos, algo a lo que se opone la ley de Nueva Jersey. A continuación, Atticus falsificó documentos, alegando que los pacientes habían muerto por causas naturales».

«El avergonzado médico fue condenado a 120 horas de trabajo comunitario no remunerado».

Ella leyó cada palabra de la página sobre el médico deshonrado, al llegar al final sintió que lo conocía bien. Era el Jack Kevorkian de Nueva Jersey, y tras su humillante salida de la escena médica en 2016, no pudo encontrar ninguna mención del hombre en ningún otro lugar. Desapareció del mapa.

¿Murió? ¿Se trasladó a otro estado?

¿O tal vez había comenzado a ejercer su espantoso oficio de una manera diferente?

Flynn Atticus residía en Trenton, a unos 32 kilómetros de Princeton. No era extraño pensar que Atticus pudiera estar familiarizado con algunos de los médicos de Princeton que trataban con pacientes terminales.

Se abrió la puerta y Mia regresó. Se sentó al otro lado de la habitación, pero no dijo nada. Ella decidió hacer las cosas bien. Se lo debía a su compañera después de lo que había dicho sobre Tobias, aunque todo fuera cierto.

—Ripley, lo siento. Otra vez. No quise decir lo que dije.

—¿Qué? —Ripley levantó la vista de su pantalla—. Oh, estaba a un millón de kilómetros de distancia.

Tal vez no estaba tan molesta como Ella pensaba. Gracias a Dios.

—No hay problema. ¿Estás bien?

—No, no lo estoy, Dark, pero está bien. Si he estado ausente, lo siento. También tienes razón. Tengo miedo de Tobias. Es el demonio personal que ha vivido en mi cabeza durante 20 años y ahora viene a buscarme.

—Bueno, si lo pones así —dijo Ella.

—Pero vamos a hacer todo lo posible para detenerlo. Voy a luchar con uñas y dientes hasta mi último aliento para protegerme a mí y a ti.

—Yo también. Puedes confiar en mí.

—Lo sé, Dark. Yo también confío en ti. Pero vamos a centrarnos en este tipo ahora mismo. Un imbécil a la vez.

Ella miró a su compañera y le notó el cansancio en el rostro. A veces, era difícil ver a Mia como algo diferente a la máquina diligente y trabajadora que su reputación le adjudicaba. El hombre que la había incapacitado mentalmente se escondía en las sombras, y aunque Ella tenía las mismas preocupaciones, las de Mia eran probablemente el doble de intensas.

Quería que la mujer tuviera un descanso. Quizá si Ella salía y volvía con un sospechoso esposado, eso podría aliviar parte de la tensión de su compañera.

O si dejaba a Mia sola un rato, tal vez se le ocurrieran algunas teorías propias.

—Podría salir a comprar algo para cenar —dijo Ella—. Estoy empezando a sentirme mareada.

Mia agitó los dedos sobre su computadora portátil y luego golpeó la pantalla.

—La maldita cosa está muerta. Me he dejado el cargador en el motel. Supongo que iré contigo.

—No, está bien. Te traeré algo. —Señaló su cargador—. Toma prestado el mío.

—Gracias, compañera.

—Vuelvo en un minuto —dijo Ella y se escabulló.

No tenía intención de ir en busca de la cena.



El viaje fue mucho más largo de lo que esperaba. Casi 65 kilómetros. El viaje la llevó a la zona rural de Nueva Jersey pasando por las viejas casas de piedra y las granjas, que eran escasas y apartadas entre sí. Ya estaba anocheciendo y solo faltaba una hora para que se hiciera de noche.

Encontrar la dirección de Atticus había sido más fácil de lo esperado. Según la base de datos de la policía, estaba vivo y coleando, y seguía viviendo en su pueblo natal. Cuando programó su dirección en el GPS, tuvo dudas sobre si debía conducir tan lejos.

Tras casi una hora de viaje, por fin llegó a la casa del extraño médico. Estaba situada en una larga carretera rural vacía, en la que ni siquiera había una acera para aparcar el coche. Encontró una pequeña parcela de tierra lo suficientemente amplia como para dejarlo allí.

La casa de Atticus era un tradicional inmueble de piedra, enclavado en un mar de árboles y maleza. Ventanas polvorientas, tejados góticos y puertas dobles de hierro forjado entreabiertas que invitaban a entrar. Incluso desde fuera, parecía la guarida de un asesino en serie. Ella llevaba unas esposas en el bolsillo trasero y una pistola eléctrica en el delantero. Todavía estaba tramitando la licencia para llevar un arma de fuego, que le dijeron que llegaría «en cualquier momento».

Ella se escabulló por el largo camino de piedra, pasando de sombra en sombra. La imagen que se repetía en su cabeza era la de ella arrastrando a Atticus a la sala de interrogatorios, presentándole

los hechos y sacándole una confesión. Luego, pasaría a cosas más grandes.

Al llegar a la puerta, se sintió envuelta por la naturaleza. Los pájaros cantaban y los murciélagos revoloteaban en los árboles, como si fueran un presagio de que algo más siniestro estaba por suceder. Respiró hondo y llamó a la vieja puerta negra.

Al otro lado se escuchó un movimiento. Había alguien allí. Tuvo que recordarse a sí misma que ese hombre, si es que era la persona al otro lado de la puerta, había matado a gente. Había estado en presencia de la muerte varias veces, y una experiencia así cambiaba a una persona. A pesar de haber trabajado ya en seis casos, Ella aún no había quitado una vida y pretendía que siguiera siendo así.

Al menos, durante todo el tiempo que pudiera.

La puerta se abrió con un chirrido y apareció un rostro. Piel flácida, pelo fino y gris peinado hacia atrás, labios finos y más secos que el lomo de un camello.

—Hola, querida. ¿Está todo bien? —sonrió el hombre.

La cortesía la tomó por sorpresa.

—Hola, ¿Sr. Atticus?

—Sí, soy yo. ¿A qué debo esta sorpresa?

—Soy la agente Dark, del FBI. Necesito hablar con usted sobre algo.

La puerta se abrió y Atticus se presentó de cuerpo entero. Llevaba un jersey marrón y unos pantalones de pijama holgados.

—Bueno, ¿por qué no entras? Te vas a morir de frío.

Ella apretó la pistola eléctrica a través del bolsillo de su pantalón. ¿Este hombre acababa de enterarse de que el FBI estaba en su puerta y los dejaba entrar? ¿Ni siquiera una mínima sospecha? Algo parecía raro.

—De acuerdo, pero ¿no le preocupa que el FBI se presente en su puerta?

—Cualquier cosa por un poco de compañía en estos días —se rio—. Vamos. Estaba preparando un té.

Ella siguió a Atticus al interior, pero mantuvo una distancia prudencial y una mirada atenta. El interior era muy parecido al exterior, desaliñado y descuidado. Antiguos muebles Victorianos, un ruidoso reloj de pie más alto que ella, mesas de caoba con patas en forma de espiral. Se sintió como si hubiera atravesado un portal hacia los años 20.

—La sala de estar es por allí —dijo Atticus—. ¿Eres una chica de las que no consume azúcar o de las chicas de dos cucharadas?

—Estoy bien. Nada de té para mí. Solo quiero hablar.

—Por supuesto. Nadie solo usa una cucharada de azúcar. ¿No es extraño?

Ahora que Atticus lo señalaba, se dio cuenta de que tenía razón. No era muy frecuente conocer a alguien que solo usara una cucharada de azúcar.

Entró caminando hacia atrás en el salón, sin querer apartar la vista de ese hombre ni por un segundo. Nadie era tan agradable con completos extraños que llegaban a su puerta. Estaba siendo excesivamente amable, tratando de atraerla. Cuando ella bajara la guardia, él atacaría. Podía ser viejo, pero si era su asesino, obviamente era un hombre peligroso.

En la sala de estar había más de lo mismo. Un sofá estropeado, una única mecedora que parecía sacada de un manicomio abandonado. Atticus regresó con dos té en la mano. Colocó uno sobre la chimenea de ladrillo y luego se sentó en la mecedora.

—No dudes en ponerte cómoda —dijo Atticus.

—El protocolo me dice que me quede de pie —dijo Ella—, pero gracias por el ofrecimiento. —Ahora que estaba sentado frente a ella, la ansiedad comenzó a brotar. Deseó haberle contado a Mia todo esto.

—Como quiera, señorita. ¿Qué hace el FBI en mi puerta?

—Sr. Atticus, usted...

—Lláname Flynn y tutéame, por favor. No soy más importante que nadie.

—Flynn, ¿tienes idea de por qué las fuerzas del orden pueden presentarse de repente en tu casa?

Levantó las manos, como diciendo «me atrapaste».

—Por supuesto. Soy un asesino deshonorado —se rio—. Siempre recibo visitas de la policía.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ella.

—Bueno, ya no tanto, pero antes sí. Cada vez que ocurre algo sospechoso por aquí, vienen directamente a la casa del viejo Misericordioso Flynn. A veces me siento como una atracción turística, pero sin el dinero —se rio.

—Hace unos años, estuviste involucrado en un incidente de alto perfil. ¿Puedes hablarme de eso?

—Pregunta lo que quieras. Hay tantas cosas que no sé por dónde empezar —sonrió.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella.

—Por moralidad, querida. Todos tenemos nuestros propios códigos éticos. ¿Crees que la gente debería poder morir cuando quiera? —preguntó Atticus.

Ella se sorprendió a sí misma moviéndose hacia el sofá gris destartado. Este era un tema de conversación en el que siempre había querido profundizar, pero nunca había tenido la oportunidad, especialmente con alguien tan cercano al tema como el hombre que tenía delante.

—Sí, lo creo. Morir no debería ser un crimen.

—Nacimos vivos, ¿no es suficiente castigo? —Atticus se rio.

Ella intentó no sonreír. Nunca antes había escuchado el tema tan detalladamente explicado en tan pocas palabras.

—Eso es bueno. Deberías decirlo más a menudo.

—Oh, lo hago, querida. Se lo dije a todos los que quisieron escuchar cuando todo se fue al cuerno, pero desgraciadamente nadie quiso oírlo. Ni los médicos, ni los tribunales, ni las familias. Al día de hoy, todo el mundo cree que tenemos que prolongar la vida más allá de su curso natural y para mí eso es una maldita tragedia.

Ella realmente no quería que ese hombre le cayera bien, porque eso sesgaría su percepción de su culpabilidad, pero era difícil no sentirse cautivada. Le parecía un viejo sabio, que le daba sabiduría desde la esquina de una taberna de mala muerte. No sabía qué más añadir, ya que Atticus había suavizado la discusión tan limpiamente.

—No podría estar más de acuerdo. Cuando ni siquiera puedes morir en tus propios términos, es cuando sabes que las cosas han ido demasiado lejos.

Atticus levantó su taza.

—¡Salud por eso! Todo es cuestión de control con estos señores del poder. Quieren controlar lo que hacemos, cómo gastamos nuestro dinero, cómo vivimos y cómo morimos. Lo único que yo quería era aportar un poco de libertad a la gente que más la necesitaba.

—¿Cómo es eso? —preguntó Ella.

—Señorita... Dark, ¿verdad? Lo siento, la memoria se me va en la vejez. ¿Alguna vez has tratado con alguien en el final natural de su vida? Es desgarrador, realmente. Están atrapados en la cama, clavados con agujas, con exámenes constantes, no pueden moverse. Eso no es vida. Eso es una jaula. Todo lo que hice fue proporcionar a mis pacientes los medios para actuar. Nunca maté a nadie. Ni siquiera estaba allí cuando lo hicieron.

Las emociones eran abrumadoras. Con cada nueva palabra, Ella sentía cada vez menos que Flynn Atticus era su sudes. Era demasiado honesto, demasiado íntegro. Afortunadamente, la decepción quedó amortiguada por la agradable experiencia de interactuar con él. Tal vez fue el tema de la muerte lo que le hizo tomar conciencia repentina de su propia mortalidad, pero la familiar sensación de decepción se mantuvo al margen.

—¿No estabas allí? —preguntó Ella.

—Oh, no. Les di más pastillas, eso es todo. Les dije que, si querían morir, solo tenían que tomarlas. ¿Todo eso de que apagaba las máquinas de soporte vital? —Atticus agitó las manos en lo alto—. Todo eso es basura. Y también, yo solo trataba con pacientes

terminales. Gente que iba a morir en la próxima semana, más o menos. Los que no tenían esperanzas de remisión. Pero, por desgracia, nadie lo ve como yo.

Ella quería transmitirle a este hombre algo de compasión, pero no estaba segura de cómo hacerlo. No quería desearle lo mejor y que su carrera volviera a despuntar milagrosamente.

—En realidad, mucha gente lo ve como tú. Hay un grupo llamado los Seguidores de la Divinidad y creen que eres una especie de héroe.

—¡Ja! —gritó Atticus mientras se balanceaba en su silla—. Esos tontos. Los conozco muy bien. Siempre vienen por aquí a darme dinero a cambio de nada. He empezado a pedirles agua bendita en su lugar. Les dije que viene en latas en paquetes de seis.

Ella se rio. Justo cuando pensaba que no podía caerle mejor el hombre de lo que ya lo hacía.

—Bueno, supongo que te mantienen la hipoteca pagada si te dan dinero.

—Ah, agradezco estos gestos, pero significan muy poco para mí. Me va bien con la jubilación. Todavía tengo mi pensión, así que no todo es malo. Lo que me molesta de esos seguidores es que no son receptivos a las opiniones diferentes. Yo puedo entender el otro lado del argumento, algunos tienen mucho sentido. La gente que no puede cambiar de opinión no puede cambiar nada.

Ella llegó a su conclusión. Flynn Atticus no era su hombre. Su asesino era violento, motivado, orientado a la misión. Atticus era un alma tolerante, que solo hacía lo que creía que era mejor para los demás. No parecía tener ni una pizca de malicia en su cuerpo.

De repente, la pequeña sala de estar adquirió un profundo tono azul. Ella miró hacia la ventana y vio luces intermitentes detrás de las cortinas.

—Dios, ¿qué es eso? —preguntó Atticus mientras se levantaba lentamente de su silla.

—No lo sé. ¿Esperas visitas?

—¿Por aquí? Debes estar bromeando.

Entonces se oyeron los estruendosos golpes. El corazón de Ella latía como un bombo. ¿Qué demonios estaba pasando? Atticus se volvió hacia ella, con el rostro sumido en el terror.

—¿Señorita Dark? ¿Qué es esto?

—En serio, esto no tiene nada que ver conmigo.

«Pum».

La vieja puerta negra se salió de sus bisagras y varias personas se amontonaron en el salón. Todo parecía muy surrealista, porque Ella se encontró mirando a su compañera. Detrás de ella había tres policías uniformados, con las armas en la mano.

—Sr. Atticus, las manos donde pueda verlas.

El viejo doctor se tambaleó hacia atrás contra su silla, levantando las manos al hacerlo. Parecía demasiado asustado para siquiera poder decir una palabra.

—¿Ripley? ¿Qué demonios está pasando? —gritó Ella.

—Dark, ¿estás bien?

—Por supuesto que estoy bien. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ripley le arrojó a Ella un par de esposas.

—Arréstalo.

Ella las cogió y se las colgó en el dedo. Miró entre el aterrorizado doctor y los recién llegados, aún sin saber cómo se había producido todo esto.

—Ripley, no lo voy a esposar. Es inocente.

Mia mantuvo su arma apuntando a Atticus, se acercó a ellos y le quitó las esposas a Ella.

—No, no lo es. Este hombre es un asesino y viene con nosotros.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Ella apoyó la frente en el vidrio reflectivo y miró fijamente al hombre que estaba dentro. Esto no tenía sentido para ella.

Ella, Mia y el comisario Craven estaban fuera de la sala de interrogatorios B, una de las dos salas de interrogatorios estrechas y opresivas de la comisaría de policía de Nueva Jersey. Dentro estaba sentado un aterrorizado Flynn Atticus, con las manos juntas como si el hombre de ciencia estuviera rezando por su vida.

—Ripley, ¿me he perdido de algo aquí? —dijo Ella—. Atticus no encaja para nada en nuestro perfil. ¿Cómo lo encontraste, de todos modos?

—Tomé prestada tu computadora portátil, como me dijiste.

Ella pensó en su última conversación. Ella había querido decir que Ripley podía tomar prestado su cargador, no su computadora portátil. Otra vez un error de comunicación.

—¿Miraste mis cosas?

—Vi la información sobre el médico. Estaba justo ahí delante de mí. Pensé que querías que la viera.

Ella se puso en el lugar de Mia. Entendió el por qué lo había hecho. Un médico extraño, una compañera desaparecida. Ella habría deducido las cosas de la misma manera y habría asumido que su compañera necesitaba ayuda.

—De acuerdo. Solo estaba investigando a Atticus. No creía realmente que fuera nuestro sudes.

—Bueno, nosotros sí, porque Craven encontró algo bastante condenatorio.

El comisario intervino.

—Resulta que este tipo Atticus era buen amigo de Anderson Cooper.

—¿Y? Dos médicos eran amigos. ¿Qué prueba eso?

Mia sostuvo la fotografía que la esposa de James Floyd les había dado.

—La cosa no termina ahí tampoco. Uno de los agentes habló con algunos empleados de la residencia de ancianos Tower Lodge. ¿Ese pequeño retiro al que fueron? Era un seminario sobre cómo tratar a los pacientes al final de la vida. Adivina quién era uno de los ponentes.

Ella miró al sospechoso tras el cristal, encadenado como un animal de circo.

—Atticus —dijo.

—Sí. Eso lo conecta con todas las víctimas que tenemos. Podría haber utilizado el seminario para informarse sobre estas personas, dónde vivían, dónde trabajaban, todo. Encaja, Dark. No lo niegues.

Ella no negó nada. Reconoció que las conexiones eran extrañas, pero Atticus era la imagen de la integridad y la moralidad. No mataría para probar su punto.

—¿Le preguntaste sobre los asesinatos? —dijo Mia.

Ella apretó los dientes y negó con la cabeza. No lo había hecho.

—Pues entonces. Es hora de que le presentemos las pruebas. ¿Vienes?

Ella se puso a la cabeza, confundida con todo este asunto. Pensó en Harold Shipman, el monstruo asesino que jugaba a ser Dios con sus víctimas, todo ello bajo la apariencia de un amistoso médico de barrio. Los ángeles de la muerte se escondían a plena vista, haciéndose pasar por figuras de la virtud mientras dirigían sus impulsos enfermizos desde las sombras.

Abrió la puerta y Atticus sonrió, probablemente tratando de disimular su miedo paralizante.

—Por favor, agentes, saben que se equivocan, ¿verdad?

—Nosotros haremos las preguntas —dijo Mia, colocando una pila de fotos de la escena del crimen sobre la mesa.

Ella intervino primero. Si este hombre tenía algo que ocultar, ella tenía que enfrentarse a su traición. Había sentido un vínculo con él diferente al de cualquier otra persona a la que hubiera entrevistado.

—Atticus, ¿asesinaste a estas personas?

Ella exhibió las fotos de la escena del crimen. Atticus las miró con una sospecha alarmante.

—Yo no hice esto —dijo—. ¿Por qué iba a hacerlo? Me enteré de los asesinatos, pero les aseguro que no tuve ninguna participación.

—¿Dónde estabas las noches del 4 de mayo, del 3 de mayo y del 30 de abril? —preguntó Mia.

—En casa. Todas las noches —respondió antes de que la pregunta hubiera salido de los labios de Mia.

—¿No quiere pensarlo bien? —preguntó ella.

—No. Estoy en casa todas las noches. He estado viendo un documental sobre el atentado del 11 de septiembre. Una serie larga. Eso me ha mantenido ocupado toda la semana. Si hubiera salido de casa cualquier noche, lo recordaría.

Eso no auguraba nada bueno para él, se dijo Ella.

—Atticus, tú conocías a estas víctimas, ¿correcto?

—¿Si las conocía? —preguntó él—. No, no las conocía.

Mia puso la fotografía del seminario frente a él.

—¿Esto le suena de algo?

Atticus la miró.

—¿Debería?

—Es una fotografía tomada en un seminario reciente. Un seminario en el que has dado una charla.

—¡Oh! —Atticus se dio una palmadita en la frente—. Tienen toda la razón. Lo había olvidado. Sí, hablé en esa cosa. Fue más una cosa casual que un compromiso de trabajo.

—¿Qué fue lo que hiciste allí? —preguntó Ella.

—Las nuevas leyes sobre cuidados terminales estaban entrando en vigor, así que me llevaron para que les explicara algunas cosas,

sobre todo cómo lidiar con las consecuencias emocionales. Eso fue todo.

—¿Alguien allí se opuso a tus creencias?

—No, todos estaban de acuerdo con las nuevas leyes.

—Atticus, vamos a ir al grano —dijo Ella—, dos personas de esta fotografía ahora están muertas. Tú estabas en este seminario cuando se tomó esta fotografía. Eso significa que tuviste contacto personal con las víctimas.

—Señorita Dark, puedo asegurar que no recuerdo a nadie de ese retiro. Solo estuve presente unas horas y luego me fui. No hablé directamente con ninguna de las personas que estaban allí. Me preocupaba cómo podrían reaccionar ante mí, dado mi pasado.

Ella no podía ver a través de la confusión. ¿Atticus decía la verdad o era un gran mentiroso? Ambas cosas parecían conclusiones razonables en ese momento.

—¿Y Anderson Cooper? Me han dicho que eres amigo de él.

—Lo soy. ¿Qué pasa con él?

Mia golpeó una de las fotos en la mesa.

—Este es él, anoche.

Atticus se quedó mirando la foto, con los ojos muy abiertos y atónito.

—No. No puede ser en serio. ¿Este es Anderson?

—Sí, lo es.

Atticus prescindió de cualquier indicador sutil de pena y se puso a llorar directamente. Ella miró a su compañera, no tenía signos de preocupación en el rostro. Parecía que Mia había llegado a su conclusión.

—Eso te relaciona con todas nuestras víctimas —dijo Mia—. ¿Qué tienes que decir?

Atticus se limpió los ojos.

—Mi viejo amigo. No lo había visto en años. ¿Por qué le haría esto a alguien que quería?

Buen punto, se dijo Ella, pero los psicópatas tenían sus razones.

—¿Una pelea? ¿Tal vez tratabas de convencerlo de ver las cosas a tu manera? ¿Para acabar con el sufrimiento de los que se veían obligados a cuidar?

Atticus agitó las manos caóticamente.

—Señorita Dark, ya lo dije. Las creencias de la gente no son de mi incumbencia. Mucha gente no ve las cosas igual que yo y eso está bien.

—Si Anderson era tu amigo, ¿por qué no lo habías visto en años? —preguntó Ella.

—¿Con qué frecuencia realmente ves a tus amigos? —le preguntó él—. Revisa tus contactos y piénsalo bien. Te sorprenderías.

Otro buen punto. Ella pensó en su vieja amiga Michelle y se dio cuenta de que no la había visto en unos tres años.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace mucho tiempo. Pero hablé por teléfono con él poco antes de que se retirara.

—¿Sobre qué?

—Estaba teniendo dificultades. Uno de sus pacientes. Dijo que era la gota que colmaba el vaso para él.

Mia interrumpió.

—Lo siento, pero esto no nos lleva a ninguna parte. Atticus, si no tienes ninguna coartada sólida, me temo que no se ve bien para ti. Dark, tenemos que hablar fuera.

Ella no quería dejar a Atticus solo, pero sabía que debía hacerlo. Solo había una forma de limpiar su nombre y no era a través de un interrogatorio.

—Sí, tenemos que hacerlo —dijo ella.



—Él se ha metido en tu cabeza, Dark —dijo Mia—. Te ha manipulado para que pienses que es inocente.

Una vez más, se quedaron fuera de la sala de interrogatorios, con Craven a su lado.

—¿Por qué iba a matar a su amigo? ¿Por qué iba a atacar a personas que intentaban informarse sobre las nuevas leyes de eutanasia? Estaba en ese seminario para ayudar.

—Eso no lo sabemos con certeza. Leslie y James podrían haberse opuesto a sus ideas. Podrían haber estado en contra de las nuevas leyes. Atticus podría no haberlo tomado a bien. Ya sabemos que James y Leslie se relacionaban con sus pacientes a nivel personal, así que ¿es sorprendente que pudieran haberse ofendido con un tipo que dejaba que sus pacientes se suicidaran?

—Tengo que estar de acuerdo —dijo Craven—. Este tipo se ve muy bien para mí. Víctimas, motivo, pasado criminal. Lo tiene todo.

—Dos horas —dijo Ella, pensando en su interrogatorio—. Si no tengo una respuesta en dos horas, entonces queda en sus manos.

Mia se rascó la cabeza.

—Dos horas.

—De acuerdo, pero necesito hablar con Atticus a solas.

Ella sabía que Atticus tenía información y necesitaba extraerla. Sin embargo, había un problema y la única solución era romper las reglas. Si sus años de lectura de manuales de interrogatorio le habían enseñado algo, era que a veces había que dar un poco para obtener algo a cambio. Ella podía despertar una chispa en el banco de memoria de Atticus, pero para hacerlo debería exponerlo a información confidencial.

Pero no veía otra manera.

—Adelante. Estaremos vigilando —dijo Craven.

—No. Realmente sola. No quiero que miren o escuchen. Necesito que se sienta cómodo.

—Dark, sabes que no podemos hacer eso. Los interrogatorios a solas no están bien vistos. Al igual que los interrogatorios discretos. ¿Y si confiesa algo y no lo grabamos?

—Dijiste que confiabas en mí —dijo Ella.

—Lo hago.

—Pues demuéstalo.

Mia se volvió hacia Craven y luego hacia su compañera.

—De acuerdo. A solas. No escucharemos. Tienes mi palabra.

Ella le creyó. Volvió a la sala de interrogatorios y se sentó frente al aterrorizado doctor.

—Atticus, estamos solos tú y yo. Nadie nos está mirando. Necesito que seas honesto conmigo.

—He sido totalmente honesto desde que llegaste a mi puerta. Lo juro por los ojos de mi madre.

—Entonces necesitas decirme algo. Algo que pueda usar para limpiar tu nombre. No tienes coartada. Tienes una conexión con cada víctima. Tienes un pasado sospechoso. Tienes que ayudarme.

Atticus hizo sonar las cadenas alrededor de sus muñecas.

—Entonces háblame de tu asesino. Puede que no sea un detective, pero entiendo la mente humana.

Exactamente lo que ella quería. Esta era la razón por la que Mia no podía ver el interrogatorio. Porque si sabía que Ella le estaba dando información crucial a un sospechoso, estaría en grandes problemas.

—Estamos buscando a alguien que se opone enormemente a los cuidados al final de la vida. Mató a una enfermera, a un médico y a tu viejo amigo Anderson, un neurólogo. En los dos primeros asesinatos, prolongó la vida de sus víctimas resucitándolas una vez que estaban al borde de la muerte.

—¿Cómo hizo eso? Eso no es fácil de hacer.

—Estranguló a James Floyd una y otra vez. Pero con su primera víctima, Leslie Buddington, usó drogas para revivirla. Se las inyectó.

—¿Drogas? ¿Cuáles?

Ella había anotado la información en la oficina del forense, lo que significaba que estaba en su banco de memoria de por vida.

—Morfina, epinefrina, concentrado de sal y azúcar.

—Señorita Dark, eso es muy específico. La persona promedio no sabría cómo hacer eso. Tampoco es algo que se pueda aprender de un manual.

Ella sintió que estaba llegando a algo.

—Entonces, ¿cómo podría saberlo? Suponíamos que era una combinación aleatoria de sustancias químicas.

—Por supuesto que no. Es muy específica. Pero eso no es lo que más llama la atención.

—¿No?

—Ese tipo de combinación solo se utilizaría para tratar una enfermedad muy rara y grave. Una enfermedad que nunca he visto en persona, solo a través de susurros.

Ella unió los elementos. Su sudes tenía conocimientos médicos. ¿Era correcta la teoría de su compañera de trabajo? ¿Quién más podría poseer los conocimientos médicos para revivir a alguien?

—¿Qué enfermedad?

—Displasia fibrosa, más conocida como el síndrome del hombre de piedra. Un trastorno del tejido conectivo extremadamente raro que convierte gradualmente los músculos en hueso. Es muy raro, un fenómeno extraño que aún no es comprendido por la comunidad médica.

Ella nunca había oído hablar de la condición.

—¿Por qué se usarían estos medicamentos en particular? —preguntó Ella.

—Sin profundizar demasiado, esa combinación en particular disminuiría en gran medida la tensión de las articulaciones, lo que significa que el esqueleto se volvería más flexible. Con el tiempo, el síndrome del hombre de piedra hace que todo el cuerpo se vuelva rígido, transformando el tejido carnoso en hueso, literalmente. El único alivio es la relajación química.

Ella de repente supo dónde buscar: cualquier trabajador de la zona que hubiera tratado con pacientes que sufrieran esta extraña dolencia. Apretó los puños emocionada, y tuvo que contenerse para no levantarse de un salto. Todavía tenía más preguntas.

—¿Y no conoces ningún caso de esta enfermedad? ¿Nunca la has visto, ni conoces a ningún médico que...?

—Espera. —Atticus levantó la palma de la mano—. Estoy tratando de pensar. Como dije, la memoria es confusa a mi avanzada edad.

Ella esperó con expectación. Atticus se quedó mirando las cadenas alrededor de su muñeca y luego cerró los ojos con fuerza.

—Oh, Dios mío —dijo—. Anderson Cooper.

—¿Anderson? —preguntó Ella, y la voz fue casi un grito—. ¿Qué pasa con Anderson?

—Te dije que me llamó, ¿verdad? ¿Justo antes de retirarse?

—Sí, lo hiciste. ¿De qué se trataba la conversación?

Atticus la miró fijamente a los ojos, como si estuviera a punto de revelar los secretos del universo.

—Del síndrome del hombre de piedra.

—¿De qué exactamente? —dijo Ella frenéticamente—. ¿De qué habló?

—Él era el que tomaba las grandes decisiones —dijo Atticus—. Anderson decidía cuándo era el momento de dejar morir a alguien.

—Bien. ¿Y? —Ella se estaba empezando a frustrar. Había vidas en juego.

—Él había tomado una decisión el mismo día. Y le afectó mucho. Quería que lo consolara diciéndole que había hecho lo correcto. Dijo algo muy específico, recuerdo que pensé que su elección de palabras era extraña.

—¿Qué fue? Por favor, intenta recordarlo con todas tus fuerzas.

Atticus volvió a entrar en su trance hipnótico.

—Dijo... «el chico me rogó que lo hiciera».

—¿El chico?

—No le pregunté a qué se refería. Supuse que se refería a otro colega. Algún chico joven que estaba enfrentándose a la realidad de todo esto.

Ella no necesitaba más. Tenía todo lo que necesitaba.

—Atticus, no te muevas, porque voy a sacarte de aquí.

Salió corriendo hacia la puerta y no miró atrás.

Quedaban dos horas.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ella se dirigió a toda velocidad hacia el hospital Princeton, de nuevo sola. No podía hacerlo por teléfono. Eran las 9 de la noche y la mujer de Recursos Humanos con la que había hablado antes no tendría acceso a sus archivos a estas horas.

Abandonó el coche frente a las puertas del hospital, entró corriendo y se chocó contra el mostrador de recepción. La mujer que estaba detrás del cristal dio un salto hacia atrás, asustada.

—Soy del FBI —dijo Ella mientras mostraba su placa—. Necesito acceder a sus expedientes médicos inmediatamente. ¿Dónde puedo encontrarlos?

—¿Nuestros expedientes? Señorita, son confidenciales.

—Hay vidas de personas en juego. Hay un asesino en serie suelto y creo que podría haber trabajado o aún trabaja aquí. Olvídense de la confidencialidad. Solo necesito una pequeña información.

Otra mujer apareció detrás del escritorio. Castaña, elegante, profesional.

—¿Está todo bien aquí? —preguntó—. Soy la directora del departamento.

La mujer del mostrador se retiró para dejar el incidente en manos de alguien con una escala salarial superior.

—Hola, sí. Soy del FBI. Estoy buscando información sobre un paciente. ¿Puede ayudarme?

—Tal vez. ¿Qué paciente?

—No lo sé.

—¿Qué departamento?

—La misma respuesta.

La directora miró a su alrededor. Miró hacia arriba y hacia abajo en el pasillo desierto.

—Venga conmigo, por favor.

Ella corrió hacia el otro lado del mostrador y la mujer la condujo a una oficina trasera. La directora cerró la puerta.

—La vi aquí el otro día —dijo la mujer.

—¿En serio?

—Sí. Estaba preguntando por James Floyd.

—Lo hacía.

—Es terrible lo que pasó. Supongo que la razón por la que está aquí se relaciona con eso.

—Sí, así es. ¿Puede ayudarme? Solo necesito que busque el historial médico de alguien. Nada más.

—¿No me meteré en problemas?

—Todo esto es legal. Le aseguro que no está violando ninguna ley de privacidad.

La directora se dirigió a su computadora en el escritorio. Tecleó sus credenciales y se conectó.

—¿Qué necesita?

—Síndrome del hombre de piedra. Estoy buscando a cualquier paciente del último año que haya sufrido esa enfermedad.

—¿Síndrome del hombre de piedra? —preguntó ella—. Puedo intentarlo, pero es un término coloquial. —Tecleó, hizo clic en buscar y esperó. A Ella le temblaban las piernas como si fueran hojas en un temporal. Comprobó la hora. Faltaba una hora y treinta minutos para que los demás condenaran a Flynn Atticus.

—No hay resultados —dijo la mujer—. Lo siento.

—¡Maldita sea! —gritó Ella. Se tiró hacia delante, casi haciéndose una pelota. Pensó en lo que le había dicho Atticus. Le había dado otro nombre para la enfermedad, pero ella no podía recordarlo. Ni siquiera podía pronunciarlo.

—Como dije, es un término casual. No se usaría en los registros oficiales.

—Fibra... —dijo ella—. Fibra displasia.

—¿Displasia? —preguntó la mujer.

—¡Sí! —dijo Ella.

—Displasia solo significa un desarrollo anormal de los órganos. Es algo que aparece mucho.

—¿Displasia fibrosa? —preguntó Ella.

A la directora se le paralizaron los dedos sobre el teclado.

—¿Displasia fibrosa? Oh, Dios mío...

—¿Qué? ¿La conoce?

—¿Está hablando de la mujer estatua?

—¿Quién?

La directora bajó la voz hasta un susurro.

—Hace como un año, tuvimos una mujer en el piso de arriba. La tenían en una habitación privada, ni siquiera permitían que entraran enfermeras o camilleros. Una situación muy extraña.

Ella no tenía tiempo ni energía para historias espeluznantes. Necesitaba hechos.

—¿Por qué? ¿Qué era tan privado?

—Nadie lo sabe realmente. Pero algunos médicos vieron a la mujer que estaba dentro y aparentemente era como una especie de misterio médico. Se le había paralizado por completo el cuerpo, sólido como una roca, como una estatua. Dolor constante, todos los días. Los únicos que podían verla eran sus médicos y su hijo.

—¿Su hijo?

—Oh, sí. Nunca vi a la paciente, pero vi mucho al hijo. Lo vi caminando por los pasillos, hablando solo. El chico estaba completamente perdido. Pobrecito. Recuerdo que le pedí a algunas enfermeras que lo cuidaran.

«Santo cielo». Eso era todo. La respuesta a todo estaba en esta paciente.

La directora buscó el término y esperó.

Tic-tac.

—Un resultado —dijo la directora—. Nunca he leído este expediente. Ni siquiera se me permite mirarlo. Si alguien lo descubre, podría tener un gran problema.

—¿Puede imprimirlo para mí?

La mujer asintió.

—Solo prometa que no se lo enseñará a nadie.

—Lo prometo. ¿El expediente muestra qué médicos fueron asignados al paciente?

—Sí. En la última página. Cada miembro asignado debió firmarlo.

Al otro lado de la sala, una impresora se puso en marcha. Ella saltó de su asiento y agarró la masa de papel que salía. Cuando la máquina terminó, buscó la última página y le dio la vuelta.

Cuatro firmas, con sus nombres impresos al lado.

—Oh, mie... —dijo.

Cuatro firmas, tres de ellas escritas por personas que ahora estaban muertas.

Solo quedaba una.

—¿Señorita? ¿Está todo bien?

Ella estaba perdida en sus pensamientos. Todo lo que ella creía se había esfumado en el viento, pero luego se volvió a juntar y se arregló en una composición completamente diferente.

—Sí. Esto es increíble. Tengo que irme. Gracias por todo.

Ella salió por la puerta, volvió a su coche y se puso en marcha en cuestión de segundos.



El hombre se sentó en el trono del terapeuta como si fuera el suyo propio. La parte difícil ya estaba hecha. Ahora solo debía esperar.

En el sofá que tenía delante, el cuerpo extendido de Ethan Heroux yacía indefenso. Atado, inmovilizado, sangrando. No iba a matarlo, al menos no todavía, porque hacerlo sería hipócrita. El terapeuta no era el objetivo, solo era un daño colateral. Pero

después de tres asesinatos, estaba empezando a agarrarle el gusto a lo macabro. Era tan adictivo como cualquier otra cosa que se hubiera permitido, más que las drogas que robaba de la mesa del hospital de su madre.

—¿Por qué estás haciendo esto? —gritó Ethan. Estaba llegando al final de su camino, el punto en el que la vida terminaba y la muerte comenzaba. Sería cruel prolongar la miseria más de lo que la biología natural pretendía.

—Ya te lo he dicho.

Ethan se revolvió en el sofá, pero el hombre saltó para mantenerlo en su sitio.

—Si yo fuera tú, no lo haría. En tu estado, un *shock* repentino en el sistema podría significar el fin. ¿No sería una tragedia?

—Puedo ayudarte. No tienes que hacer esto.

—Pero sí tengo que hacerlo. Todos ustedes tienen que pagar por lo que le hicieron.

—¿A quién? —preguntó Ethan—. Yo... no... entiendo.

El hombre le dio otra dosis del brebaje, o del antídoto, como él lo llamaba. Había estudiado el estado de su madre hasta niveles obsesivos y había descubierto que esta combinación era perfecta para revivir el cuerpo en la agonía de la muerte. Lo habían usado con ella, una y otra vez, hasta el punto de un salvajismo inhumano.

—Mi madre. Todos ustedes cumplieron un papel.

—Yo no hice nada —espetó Ethan.

—La enfermera le colocó la vía central en el pecho. El médico le puso el tubo respiratorio. El neurólogo negó su muerte una y otra vez, diciendo que tenía demasiada actividad mental para morir. Tuvieron que estudiarla como a esta maravilla de la medicina. Nunca habían visto a nadie como ella, así que la encerraron como una exposición de museo. Todos ustedes me dan asco.

—Entonces, ¿por qué yo? —volvió a gritar Ethan—. No estoy involucrado.

—No, no lo estás, pero alguien más en esta casa lo está.

Ethan se retorció en sus ataduras, deslizándose como una babosa moribunda. Cada movimiento provocaba una aguda inhalación.

—No te atrevas a tocarla.

Pero el hombre se limitó a reír, como si el terapeuta pudiera hacer algo para detenerlo.

—Y había una persona más, ¿no? Su encantadora esposa. La enfermera que me consoló cuando finalmente le quitaron a mamá el soporte vital, como si su afecto forzado hiciera algo para reparar los años de dolor y sufrimiento por los que pasó.

—Ella no hizo nada. Intentó ayudar —dijo Ethan.

—Ninguno de ustedes ayudó. El médico y la enfermera te contaron todo sobre la mujer estatua. Por eso acudieron a ti. Sabían muy bien lo que le estaban haciendo. No les gustaba, pero lo hicieron de todos modos. Podrías haberlos detenido, convencerlos de que entraran en razón. ¿Pero lo hiciste?

Ethan no dijo nada, puesto que el pánico y el terror se apoderaron de él. Un rayo de luz plateada bailó por la habitación cuando un coche se detuvo frente a la casa.

El hombre sonrió. Era el momento de terminar su misión.

—¿Estás listo? —preguntó—. Esto va a ser encantador.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—¡**C**ontesta el maldito teléfono! —gritó Ella mientras pisaba a fondo el acelerador. Se adentró en la noche y recorrió el camino de memoria. Ya había llamado al objetivo diez veces y no había respuesta. Ahora, estaba recibiendo el mismo trato por parte de Ripley.

Siete timbres, ocho timbres.

Finalmente.

—¿Dark? ¿Dónde estás? —dijo Mia por la línea.

—Ripley, escúchame. Vas a pensar que estoy loca, pero sé quién es nuestro asesino.

—Te escucho.

Ella entró a toda velocidad en la autopista y aceleró a 145 km/h. Aldgate Court estaba a unos 15 kilómetros de distancia. Según sus cálculos, podría estar allí en cinco minutos.

—Atticus me habló de una paciente del hospital Princeton. Una mujer que sufría una rara enfermedad llamada síndrome del hombre de piedra.

—Dark, déjame interrumpirte. ¿No te estás descontrolando un poco aquí? No puedes confiar en nada de lo que dice Atticus.

—Esta no es una de mis locas teorías Ripley, tengo pruebas sólidas en las manos.

—Bien, continúa —gritó Mia.

—Tengo los registros médicos de esta mujer. Su nombre era Angela Cheries. Tenía cuatro personas asignadas para cuidarla mientras estaba en Princeton. ¿Quieres adivinar quiénes?

—¿Nuestras víctimas?

—Todas ellas. Leslie Buddington era su cuidadora diaria. James Floyd era su médico asignado. Anderson Cooper era su neurólogo y hay una persona más en la lista.

—¿Quién?

—Clarissa Heroux. La esposa del terapeuta. ¿Recuerdas lo que nos dijo Ethan? Dijo que su esposa fue la que lo refirió a James y Leslie. Todos ellos estaban involucrados con esta mujer.

Mia se tomó un momento para responder.

—¿Estás segura de esto Dark? ¿No te estás aferrando a un clavo ardiendo solo porque crees que Atticus no es nuestro asesino?

—Está aquí en blanco y negro, Ripley. Tengo los registros del hospital. Y eso no es todo. ¿Recuerdas ese extraño brebaje químico que nuestro asesino le inyectó a Leslie? Son los mismos químicos que le inyectaron a Angela para mantenerla con vida. Estos registros médicos lo tienen todo.

—Bien, podrías tener algo ahí Dark, pero ¿quién es este asesino entonces? ¿Y qué quiere con esta gente?

Ella apenas había hojeado el informe médico, así que no tenía todos los detalles. Pero cuando se metió en la cabeza de cierta persona, pudo entender por qué estaba tan empeñado en vengarse.

—Angela tenía un hijo. Un chico llamado Jacob Cheries. La condición de Angela básicamente la puso en un estado vegetativo durante mucho tiempo. Agonía constante, fue mantenida con vida más allá de su vida natural. Jacob tuvo que ver a su madre pasar por ese infierno, día tras día.

—Bien, ¿pero por qué ahora? ¿Cuándo murió esta mujer?

—El año pasado, pero ¿recuerdas lo que encontramos sobre las nuevas leyes? Este año, se hizo legal que los familiares puedan pedir que sus parientes moribundos dejen de tener soporte vital. Nuestro asesino está furioso con el personal médico, pero también le enfurece que estas nuevas leyes hayan entrado en vigor justo después de ver a su madre pasar por todo ese sufrimiento.

Ella salió de la autopista y tomó las carreteras secundarias de memoria. Desde que había salido del hospital, todo pasaba de forma borrosa. Es como si hubiera saltado hacia adelante en el tiempo.

—¿Ripley? Tienes que hablar porque podríamos llegar demasiado tarde.

—Espera. Estoy pensando.

—Voy a hacer esto contigo o sin ti, pero prefiero hacerlo contigo.

—¿Has llamado a Heroux?

—Sí, pero no contesta. Lo he intentado unas diez veces. Por eso voy a toda velocidad a su casa.

—Espera, ya voy —dijo Mia.

Era una casa tan bonita, era una pena empaparla de tanta sangre.

Él levantó al teléfono del terapeuta que sonaba y lo apagó, luego ató un tubo alrededor de la boca de Ethan para evitar que gritara.

—Si haces un ruido, ella se muere, ¿entendido?

A Ethan se le habían puesto los ojos rojos como la sangre. Tenía el rostro de un hombre que sabía que la muerte era inminente. Era una lástima que solo supiera lo que era esto hasta hace poco. Recorrió la habitación, cerrando las cortinas, asegurándose de que nadie pudiera verlo desde fuera.

Salió del despacho del terapeuta, cerró la puerta y cerró con llave desde el exterior. Ajustó el pequeño cartel de la puerta para que dijera «SESIÓN EN CURSO». Eso le daría tiempo de sobra para ejecutar su plan a fondo sin tener que preocuparse de que las voces o los gritos extraviados lo interrumpieran.

Al igual que con el neurólogo, tendría tiempo para limpiar sus huellas. Podría eliminar todo rastro de él en la casa y escabullirse entre las sombras, dejando tras de sí una escena del crimen perfecta. ¿Alguien sería capaz de atar los cabos? ¿Y si alguien descubriera que esas cuatro personas estaban conectadas con la mujer estatua, como la llamaban? ¿Podrían rastrearlo hasta él o sería completamente imposible?

Ahora que la misión estaba casi terminada, la idea de ser atrapado no le preocupaba en lo más mínimo. No importaba si se consumía en una bola de fuego o si se pasaba la vida entre rejas. De todos modos, no le quedaba mucho por hacer en el mundo. Lo único que importaba era que esa gente estuviera muerta.

La libertad era la alternativa, y una vez concluidos los acontecimientos de la noche, iba a desaparecer en la oscuridad. Tal vez iría a Europa y se pondría un nuevo nombre, una nueva vida, con la tranquilidad de saber que el sufrimiento de su madre había sido vengado. Tal vez iría a México y pondría sus habilidades asesinas al servicio de uno de los cárteles. Con talentos como ese, seguro que podía ser utilizado en un montón de organizaciones sórdidas.

Pasara lo que pasara, esa noche era la noche en que todo terminaba. Había sido un año de desgracias seguido de meses de planificación obsesiva, de acecho, de aprendizaje sobre las rutinas de esta gente. Los demás eran sencillos de atrapar, pero Clarissa Heroux era la que más dificultades presentaba. Entonces se le ocurrió la idea cuando supo de su marido: hacerse pasar por uno de sus pacientes.

Subió la escalera, encontró la habitación de invitados y se escondió dentro. Abajo, se abrió la puerta principal.

Le empezó a palpar el corazón. Fantaseó con lo que le haría a esta perra exactamente, ya que tenía carta blanca con esta matanza. Aquí no habría ningún teatro, solo un derramamiento de sangre desenfrenado. Podía mutilar a esta mujer como quisiera, algo que ansiaba desde que mató a la enfermera por primera vez.

Tal vez ni siquiera usaría el tubo esta noche. Podría despistar a los investigadores. Dejar un misterio por el que la gente se obsesionaría durante años. Las posibilidades eran infinitas, lo único que tenía que hacer era elegir el momento adecuado para atacar. Por lo que recordaba, no era una mujer fuerte, pero podría ser una gritona. El neurólogo también había sido un gritón, y por eso había huido de la escena tan rápidamente. Había querido hacerle

muchísimo más a ese viejo bastardo, pero hacerlo era un riesgo excesivo.

Oyó pasos por las escaleras. Estaba en camino.

Agarró el mango de su cuchillo de carnicero y suavemente talló una línea en la pared, imaginando que era la carne tersa de su próxima víctima.

—Mamá, esto es por ti —dijo.

Pero entonces, algo estropeó sus intenciones. Empujó el cuchillo con más fuerza, perforando la pared de yeso.

—No, no te atrevas a arruinar esto.

Había alguien más.

Eso significaba que tenía que morir más gente.

Así que necesitaba un cambio de plan.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Ella fue la primera en llegar al 330 de Aldgate Court. Saltó del coche, se dirigió a la entrada y miró por la ventana hacia la sala de estar. Estaba vacía.

Observó el exterior de la casa. Toda la planta baja estaba sumida en la oscuridad, pero había una única luz encendida en un dormitorio del piso superior. Golpeó la puerta repetidamente, dejando de lado la cortesía social.

—Clarissa, Ethan, abran por favor.

Otro coche se detuvo detrás de ella. Ella no necesitó mirar para saber quién era. Se dio cuenta por la velocidad.

—Dark, ¿alguien responde?

—No.

Mia se unió al coro de golpes.

—FBI, por favor, abran la puerta —llamó.

Nada.

—¿Alguna vez has roto la misma puerta dos veces? —preguntó Mia.

—Vuelve a preguntármelo dentro de diez segundos. —Ella dio un paso atrás y apoyó su peso en la pierna delantera.

Luego se detuvo.

La puerta se abrió.

—¿Otra vez ustedes? —preguntó la mujer. Era Clarissa Heroux, aún vestida con su bata médica—. Damas, ustedes tienen un problema con mi puerta, ¿no?

Ella respiró aliviada. Habían llegado a ella antes que el asesino.

—Clarissa, por favor, salga.

—¿Qué? ¿Por qué siguen viniendo aquí?

—Es por su propia seguridad. Creemos que alguien la tiene como objetivo.

Clarissa miró hacia el interior de la casa y luego salió al sendero exterior. Se ajustó el uniforme para protegerse del fuerte viento.

—¿Me tienen como objetivo? —preguntó.

Ripley sacó su Glock.

—Voy a entrar y revisar la casa —dijo—. Dark, tú quédate aquí.

—De acuerdo. —Se volvió hacia Clarissa, la única persona viva que trabajaba con la paciente de la estatua. Ella tenía un millón de preguntas—. Clarissa, ¿recuerdas a una paciente tuya llamada Angela Cheries?

Clarissa miró a su alrededor como si se estuviera escondiendo de los *paparazzi*.

—Señorita, ¿de qué está hablando? ¿Quién me tiene como objetivo? ¿Por qué me pregunta por Angela Cheries?

—¿La recuerdas? —preguntó Ella.

—Por supuesto. Ojalá no lo hiciera.

—Creemos que alguien está matando a las personas que la cuidaban. Leslie Buddington, James Floyd, Anderson Cooper, y ahora tú.

—¿Anderson también está muerto? —gritó Clarissa—. Oh, vaya. ¿Por qué alguien haría esto? ¿Qué hemos hecho mal?

—Él los hace responsables por hacerla pasar por semejante tormento.

—Oh, Dios mío. Bueno, lo hicimos. Odié cada segundo. James y Leslie también. Cuidar de ella fue lo más difícil que hice.

—¿Por qué? ¿Qué fue tan cruel?

—El comité médico nos hizo mantenerla con vida porque su condición era muy rara. La estudiaron, mucho más allá del punto en que deberían haberla dejado morir. Su vida era una tortura constante. Hicimos todo lo que pudimos para calmar el dolor.

Anderson imploró fervientemente que la dejaran morir, pero se lo negaron una y otra vez.

Esto hizo que todo fuera aún más trágico. Los verdaderos criminales fueron los miembros del comité médico. Leslie, James, Anderson y Clarissa eran solo peones en su juego.

—¿Recuerdas al hijo de Angela?

—Sí. Un buen chico. Lo consolé mientras su madre moría.

—¿Un buen chico?

—Al principio. Una vez que el comité negó sus peticiones, fue cuando las cosas cambiaron. Quiero decir, no puedo culparlo exactamente. Él era... —Clarissa hizo una pausa y se quedó mirando a Ella, con los ojos muy abiertos.

Ella se quedó callada, sin querer decir lo obvio. El silencio habló por ella.

—Oh, ¿no estarás diciendo...? —gritó Clarissa.

Ella se limitó a asentir.

Clarissa se paralizó. Debía de ser una auténtica sobrecarga de emociones. Antes de que Ella tuviera que decir algo más, Ripley volvió a salir por la puerta.

—Dark, está vacío ahí dentro, pero no puedo entrar en la oficina de Ethan. Está cerrada con llave. El cartel dice que está en sesión, pero he golpeado la puerta hasta el cansancio. No hay nadie allí.

—Espera —dijo Clarissa—, ¿no saben dónde está Ethan? Supuse que ya lo habían localizado. Yo llegué a casa segundos antes de que ustedes llegaran.

—No, no lo hemos localizado. Lo he llamado, pero no ha contestado —dijo Ella.

—Ethan —gritó Clarissa mientras volvía a entrar corriendo. Los agentes la siguieron hasta la puerta de la oficina.

—Dark, usa ese pie de hierro que tienes.

Lo hizo sin perder tiempo. Retrocedió, reunió fuerzas y golpeó la puerta. El pie atravesó la puerta, rompiendo uno de los paneles. Ella extendió la mano por dentro, desbloqueó la puerta y la abrió de golpe.

—Ethan —gritó Clarissa—. Dios mío.

El terapeuta estaba tumbado en el sofá como tantos de sus clientes. Pero estaba completamente inmóvil, tenía cuerdas alrededor de las manos, los pies y la boca, y le goteaba sangre del estómago.

Clarissa gritó y corrió hacia el cuerpo.

—¡No! Ethan, háblame. Por favor. —Le abofeteó la cara y comprobó su ritmo cardíaco.

Ripley sacó su teléfono y se lo puso en la oreja.

—Necesitamos paramédicos en el 330 de Aldgate Court inmediatamente.

—Está vivo —avisó Clarissa—. Voy a mantenerte vivo, cariño. Mantente fuerte por mí.

—Ripley —gritó Ella—. ¿Recuerdas la última escena del crimen? Las puertas estaban todas cerradas.

—Sí, pero registré este lugar de arriba a abajo.

—Él está aquí. Debe estarlo. No habría tenido la oportunidad de irse.

Ripley frunció los labios y el pánico le recorrió la cara.

—De acuerdo, tú quédate aquí con...

—No —dijo Ella, mientras ponía una mano en el hombro de Mia—. Tú te quedas con Ethan. Tú tienes experiencia en emergencias, yo no. Déjame encontrar a este tipo.

—No tienes un arma —dijo Mia.

Ella dejó que el silencio hablara. Todavía no había sido autorizada a utilizar armas de fuego en el campo. Solo se le permitía usarlas en situaciones extremas.

—No puedo dejar que registres este lugar sola. Podría estar escondido, listo para atacar.

—Dijiste que confiabas en mí —dijo Ella.

—Sabes que lo hago.

—Entonces demuéstalo. Mantén a Ethan vivo. Deja que yo haga el resto.

Mia miró entre Ethan y Ella. Desenfundó la Glock y la puso en manos de Ella.

—Dispara solo si es necesario.

Ella la tomó y asintió.

—Quédate con ellos dos y vigila las salidas. —Se apresuró a salir al pasillo, y recorrió el salón, la cocina y el cuarto de baño de la planta baja en busca de cualquier señal de vida. Abrió los armarios, levantó los paneles del techo. Comprobó la puerta trasera, estaba cerrada con llave desde el interior. Ella sacó la llave de la cerradura y se la guardó en el bolsillo.

Luego subió al piso superior. Entró en el dormitorio principal, encendió la luz y revisó todos los rincones. Abrió de un tirón los armarios, a la espera de un ataque.

No hubo ninguno. Ni tampoco de los dormitorios adyacentes. El cuarto de baño era un cuadrado perfecto, cada centímetro visible, en ninguno de ellos se ocultaba a un psicópata vengativo.

La última era una habitación diminuta, más bien un armario, justo al final del descanso. Ella escuchó en el interior y oyó un pequeño traqueteo. ¿O un sonido de arañazos? Respiró profundamente, preparó la postura y giró suavemente el pomo.

Dio un paso atrás y apuntó con su arma a la oscuridad. La luz interior bañó la habitación con una luz amarilla.

—Oh, mier... —comenzó. Algo en el interior le llamó la atención.

Un tubo médico rojo. Los mismos que se encontraron en todas las demás víctimas.

El asesino había estado allí.

Ella se devanó los sesos para averiguar dónde podía estar el hombre. Recordó su reunión con Ethan y se apresuró a repasar todo el encuentro en segundos.

En la mitad, se detuvo.

«Estaba renovando el sótano», había dicho él.

Se guardó el tubo en el bolsillo y volvió a correr escaleras abajo. No había otros puntos de entrada en la sala de estar ni en la cocina, pero entonces inspeccionó la escalera.

—Ajá —dijo. La puerta estaba empotrada en la pared, camuflada. La manipuló, la abrió y apuntó con su Glock hacia la gran sala.

Una escalera conducía a la oscuridad, pero Ella sacó su teléfono para usarlo como linterna. Dio un paso, luego otro, y apenas podía ver a dos metros delante de ella. Podría haber llamado a Ripley para que la ayudara, pero si el sudes había conseguido eludirla, Ethan y Clarissa necesitaban protección.

Y algo aquí abajo la llamaba, como si fuera su misión y únicamente su misión capturar a ese maníaco. Era algo que tenía que probar, tal vez. Recuperar la confianza de Mia y mirar cara a cara a un hombre que había matado a lo más parecido que había a los santos.

Cuatro pasos más abajo, pudo vislumbrar fragmentos de la habitación en su totalidad. Montones de ladrillos, una chimenea a medio construir, el vestigio de un salón de juegos.

No fue la imagen lo primero que la impactó, fue el olor.

Loción para después del afeitado y sangre.

Luego apareció la sensación física de una mano alrededor de la pierna.

El mundo se movió en círculos, convirtiéndose en un mar de formas negras mientras la cabeza y las extremidades le rebotaban contra la madera maciza.

Ella quedó en el suelo al pie de la escalera, su teléfono se había caído y ahora iluminaba una pequeña parte de la habitación. Algo le presionaba la garganta. Era una presión creciente, hasta el punto de romperle los huesos. Ella intentó gritar, pero la fuerza se lo impidió. Solo pudo escupir saliva y balbucear gruñidos inhumanos.

Gracias a la escasa luz, vio una figura. Un hombre de rasgos oscuros, que apestaba a loción para después de afeitarse y despedía un aliento rancio. Las manos de este hombre le sujetaron el cuello mientras intentaba arrancarle la vida, pero ella pateó con toda la furia que llevaba dentro. Su bota impactó en el abdomen del hombre y lo hizo caer de espaldas en la oscuridad.

Ella se levantó con dificultad, inmovilizada por el repentino dolor. Tenía una visión limitada y estaba sin voz, y en el desorden, no podía saber hacia dónde estaban las cosas. Se aventuró por el sótano hacia una de las paredes, y recién entonces se dio cuenta de que su pistola había caído entre las sombras. Palmeó frenéticamente las paredes en busca de un interruptor de la luz. Si su memoria no le fallaba, la mayoría de los sótanos de este tamaño tenían dos interruptores: uno en la entrada y otro en el punto más alejado.

Finalmente, sintió una cuerda para tirar.

La habitación brilló más, iluminada por una sola bombilla del techo. Proyectaba un círculo anaranjado en el suelo, como un foco, y en ese foco había un objeto.

Un cuchillo de carnicero.

Tal vez el mismo que se utilizó para someter a las víctimas del hombre. Se dio cuenta de que al hombre se le había caído durante el altercado, así que saltó hacia él, ya que estaba desarmada.

Cuando llegó a la cuchilla, apareció otra mano, ambos intentando alcanzar el mismo mango. Ella no fue lo suficientemente rápida y su agresor la alcanzó antes que ella. Él levantó la cuchilla del suelo y la atacó con un solo movimiento, desgarrando la lana de su camiseta, pero sin impactar en la carne.

Ella se retiró a las sombras, planeando su siguiente movimiento. Su objetivo era la muñeca del hombre. Si aislaba la muñeca, aislaba el arma. Esa era la regla número uno cuando se trataba de un atacante armado.

El hombre la atacó primero, empujando su arma caóticamente. Ella intentó gritar de nuevo, pero el dolor era demasiado intenso. Él le había incapacitado las cuerdas vocales. Quizá Ripley oiría la conmoción y acudiría en su ayuda.

Se encontró retrocediendo para evitar sus ataques, arrinconándose y exponiéndose un poco más a cada paso. Esperó un momento de vacilación, justo después de uno de sus ataques, y luego se abalanzó sobre la sección media del hombre y maniobró alrededor de la espalda de él. Intentó agarrarle la muñeca, pero el

ágil hombre era demasiado rápido. Él se liberó de su agarre, dio un giro y la alcanzó en el muslo con su reluciente cuchillo de acero. El dolor la dejó sin aliento, le quitó toda la energía y la hizo caer al suelo.

El chico se le echó encima, acercándole la cuchilla al cuello. Ella volvió a agarrarle la muñeca, manteniendo el cuchillo a milímetros de su carne.

Pero ahora estaba demasiado débil y perdía mucha sangre de la pierna. Se le debilitaron los músculos y su respiración aumentó a gran velocidad. No podía aguantar mucho más.

El aliento del hombre en la cara le recordó a su pelea con Kenny Spencer el día anterior. Ella reprodujo la acción del hombre, tal vez como le habría indicado una versión perversa de la Biblia, y escupió una carga de flema en la cara de su atacante. La flema se escurrió y le cayó en la muñeca. No era un movimiento de artes marciales y no estaría permitido en un *ring* de boxeo, pero distrajo al hombre lo suficiente como para que Ella pudiera escapar.

El chico sacudió la cabeza para quitarse el escupitajo y fue entonces cuando Ella pudo levantar la rodilla hacia la ingle de él. Rodeándolo con una pierna, proyectó todo el peso de su cuerpo hacia un lado y rodó sobre el hombre. Le clavó una rodilla más profundamente en la ingle, la castración más *amateur* que se puede realizar sin herramientas quirúrgicas.

Él gruñó profundamente, pero no gritó, posiblemente porque sabía que atraería una atención no deseada. En los pocos segundos que ella obtuvo de ventaja, su prioridad pasó a ser el arma. Ella inmovilizó el brazo que la empuñaba y le clavó el codo en la muñeca. Le crujieron los huesos, desbloqueándole los dedos y liberando el arma de su agarre. Ella la empujó hacia las sombras, lejos de todo alcance. Ahora era una pelea justa.

Pero el chico había venido preparado.

Otra cosa la dejó sin aliento. Otro pinchazo, esta vez en el costado. Se le fue el aire del cuerpo en una violenta ráfaga y se

desplomó junto al hombre. Él sacó una navaja de su carne, ahora completamente empapada con su sangre.

Ya la habían apuñalado antes, incluso le habían disparado. Pero el dolor abrasador del ataque del hombre no se parecía a ningún otro dolor que hubiera sentido en su vida. Era como si se hubiera tragado un centenar de escorpiones, y que todos ellos descargaran su frustración contra sus órganos internos. Su respiración se volvió errática y un lado del cuerpo se le adormeció por completo. No sentía ni el brazo ni la pierna derecha.

Ella cayó de espaldas, quedando a merced del atacante. Intentó deshacerse de la parálisis de un sacudón, intentando crear un efecto de ondulación de su izquierda a su derecha. Él se subió encima de ella, con la navaja contra su garganta de nuevo.

—Shhh —susurró—. No deberías haber venido aquí.

El hijo de la mujer estatua. Nunca lo había visto antes, ni siquiera en fotos, pero había visto fotos de Angela Cheries. Él levantó su arma en alto.

—Te pareces a tu madre —dijo, cada palabra era un gruñido agónico y asqueroso.

Él se detuvo.

Ahora era su oportunidad. No para matarlo, sino para entretenerlo.

—Tengo su expediente. Del hospital. Puedo dártelo —afirmó con dificultad. Cada palabra se sentía como si estuviera tragando una hoja de afeitar.

—Mentiras —dijo, en voz baja.

—Hicieron lo que pudieron. —Tuvo que hacer una pausa entre palabras—. Esos médicos. La querían. Como tú.

—No. La hicieron sufrir —dijo él, más alto esta vez.

Ella se recostó y aceptó que podría morir allí, y de repente sintió más simpatía por Angela Cheries que antes. Lo único que necesitaba era la atención de Ripley, entonces Jacob Cheries ciertamente no saldría vivo de aquí. Si ella estaba distraída, había una posibilidad de que él pudiera escabullirse de la casa sin que Ripley se diera cuenta.

—¿Cómo se sentiría ella...? —Ella se detuvo de nuevo—. ¿Sabiendo que su hijo...?

Su propia sangre le goteaba del cuchillo hasta los labios. Recuperó la sensibilidad en las yemas de los dedos y subió lentamente por el brazo. Se agarró el muslo, que aún sangraba, y sintió algo en su bolsillo.

Lo que podría salvarla.

—¿Sabiendo que su hijo qué?

—¿Sabiendo que su hijo... creció para ser...? —pronunció ella.

Sintió que sus extremidades cobraban vida y, con su renovado vigor, se preparó para una última maniobra.

—¿Creció para ser qué?

—Un perdedor.

Jacob Cheries gritó algo ininteligible y agarró su arma con furia.

Pero Ella lo arrojó con un colosal empujón, enviándolo de bruces contra el hormigón. Ella se puso en pie tambaleándose, sacó el objeto que llevaba en el bolsillo y él se cayó de espaldas.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos y, en su estado de debilidad, no estaba segura de cuánto de ello era real. Pero cuando vio el tubo médico en su mano, volvió a la realidad.

Ella apretó el tubo alrededor del cuello de Jacob, asfixiándolo, forzándole los músculos del cuello hasta casi destruirlos. Jacob se agarró el cuello para aliviar la tensión, pero no lo consiguió. Escupió y lloró, pero Ella no soltó el agarre, pensando en las víctimas, en sus familias, en Atticus. Esto era por ellos. Los médicos no eran los dueños de la vida y la muerte. Ella lo era. Ella podía elegir si este hijo de puta vivía o moría aquí mismo, en el piso de un sótano.

A Jacob se le puso la cara azul, sin vida.

Y el cuerpo quedó inerte.

Una señal de muerte inminente.

La dueña de la vida y la muerte.

De repente, ella ya no estaba en un sótano. Estaba en una habitación anodina, y el cuello que aplastaba pertenecía a otra

persona. Tobias Campbell tosió y balbuceó mientras la vida se le esfumaba de la cara. En sus últimos momentos, sonrió.

Pero no era una decisión que Ella tuviera que tomar.

Ella volvió al sótano.

Eligió la vida.

Aflojó el agarre y dejó caer el tubo médico al suelo.

—¡Dark! —gritó una voz mientras Ella se dejó caer desde el hombre al piso. El hormigón no amortiguó su caída, sino que agudizó las heridas de arma blanca al caer. La sangre manaba de los dos agujeros abiertos en su cuerpo y la batalla había creado una pintura abstracta de un solo tono en el suelo. Cerró los ojos, no por voluntad propia.

—Ella, háblame, maldita sea —gritó Ripley, mientras le abofeteaba la cara una y otra vez—. Vamos, maldita perra. No te me mueras, demonios.

Pensó en todo por lo que tenía que vivir. Resultó que no era mucho, pero tenía asuntos pendientes que atender. Decían que las personas que morían con asuntos pendientes volvían como fantasmas vengativos y rondaban la misma zona en la que habían muerto hasta el fin de los tiempos.

Ella no quería pasar la eternidad en un sótano.

—Ella, maldita sea mujer, es solo sangre. Regresa conmigo.

Ripley no creía en el más allá de todos modos, pero era motivación suficiente.

Ella abrió los ojos y vio a su compañera llorando. Le pareció raro que esta mujer tan dura mostrara tanta emoción.

—¡Dark! Quédate conmigo. Los paramédicos están arriba. Bajarán en cualquier momento.

Ella se limitó a reír.

—Uno menos, falta otro —dijo la dueña de la vida y la muerte. De nuevo, ella eligió la vida.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Ella estaba sentada en el jardín delantero de Ethan Heroux envuelta en una gruesa toalla. No sabía por qué, pero los paramédicos siempre parecían envolver a la gente con toallas. Aunque, si este caso le había enseñado algo, era que sus conocimientos médicos no siempre eran los mejores.

Había dos ambulancias y tres coches de policía en la entrada. Un grupo de oficiales escoltó al encadenado Jacob Cheries a la parte trasera de una de las ambulancias. Era un desastre ensangrentado, aunque la mayor parte era de ella. Antes de que cerraran la puerta, miró fijamente a la mujer que lo había detenido y que casi lo había matado.

Esta noche, él era la persona más afortunada entre todos ellos.

—Unos segundos más y lo habrías matado —dijo Mia. Tomó asiento junto a su compañera en el elegante banco—. Eso es lo que dijo el médico, de todos modos.

—Es una pena —dijo Ella, que aún tenía la laringe destrozada pero lo suficientemente curada como para comunicarse.

—Hiciste lo correcto al soltarlo.

—Lo sé. Pero cuando vi a esas pobres víctimas en mi cabeza, solo quería romperle el cuello. Pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, lo solté. Tuve que hacerlo. No podía hacerlo.

De nuevo, Ella imaginó a Tobias Campbell en el lugar del sospechoso. Si realmente era él, ¿podría hacerlo? ¿Conscientemente matarlo con sus propias manos?

Ahora que había estado en la misma situación, que lo había vivido, la verdad era que no sabía si podría hacerlo hasta que estuviera en el momento. Si alguien se lo preguntara ahora mismo, la respuesta sería no. Pero si pudiera verlo a la cara, sentir su presencia, ver esa sonrisa enfermiza.

No lo sabía.

—Oh sí, me ha pasado —dijo Mia—. Ese tipo va a ir a prisión por el resto de su vida. Créeme, eso es mucho peor que la muerte.

—Los paramédicos llegaron mientras tú estabas abajo. Por eso tardamos tanto en oír los golpes.

—Sí, lo supuse. Mal momento. Cosas que pasan.

—¿Pero sabes qué? Tenías razón. Tú hiciste todo esto. Resolviste esto prácticamente sin mí. Si no fuera por ti, el pobre Atticus estaría en una celda ahora mismo.

—Lo dejaste ir, ¿verdad? —preguntó Ella.

—Hice la llamada hace diez minutos.

—¿Cómo está Ethan?

—Vivo. Sus heridas de arma blanca eran menores. Jacob solo lo redujo, probablemente planeaba matarlo una vez que terminara con Clarissa. Ethan dijo que Jacob se hizo pasar por un paciente para entrar en su casa.

—Inteligente —dijo Ella. De repente sintió que estaba en el lugar indicado, en el momento indicado. Como si estuviera destinada a estar allí. El destino estaba haciendo su trabajo, si es que existía tal cosa. En aquel maravilloso jardín bajo las estrellas, sintió que podía decir cualquier cosa.

—Ripley, Mark me golpeó.

Mia levantó las cejas.

—¿En serio?

—En serio. Hace unos días. Me dio una bofetada.

—Maldita sea. ¿Estaban discutiendo o algo así?

—No. Puede que no te guste escuchar esto, pero Mark es un abusador. Un acosador. No me deja en paz, nunca. En mi último caso, me acusó de acostarme con Byford. En este caso, me ha

enviado 50 mensajes de texto en dos días. Dice que no puedo dejarlo.

Ella esperaba que Mia se enfadara. Ella esperaba furia y que amenazara la vida de Mark.

No estaba segura de si aquella respuesta era mejor o peor.

—Bueno. Pobre Mark, es lo único que voy a decir.

—¿Qué? —Ella no estaba segura de haber escuchado bien—. ¿Pobre Mark?

—¿Cuántos asesinos en serie has atrapado? ¿Cinco?

—Seis.

—Acabas de derrotar a un tipo con dos cuchillos en un sótano tan oscuro que ni siquiera podía ver mis manos. ¿Recuerdas lo de California? Luchaste con un asesino en serie con una escopeta y saliste ganando. ¿Recuerdas cuando fuimos a esa exposición de arte en Seattle y golpeaste a ese monstruo musculoso de dos metros?

—Buenos momentos, ¿eh?

—Sí, pero lo que quiero decir es que los pichones no deberían buscar pelea con los leones. Mark se está metiendo con la agente equivocada. Lo siento, no tenía ni idea de que fuera así.

—Supongo que la gente así lo esconde bien.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto? —preguntó Mia.

—¿Qué crees que debo hacer?

—No es mi elección. ¿Lo quieres en tu vida?

—No.

—Ahí tienes tu respuesta.

Una reacción sorprendente, se dijo Ella. Esperaba algo mucho peor. También se alegró de que hubiera expresado las cosas en términos sencillos. Lo último que quería ahora era un sermón. Mark tenía que marcharse, de un modo u otro.

—Gracias por salvarme la vida —dijo Ella.

Mia puso una mano en la rodilla de Ella. Le dolió un poco, pero Ella no lo demostró.

—Gracias por haberme demostrado que estaba equivocada. Es bueno tener una compañera que toma la iniciativa. Y que no explota

estaciones de servicio.

—Aún podemos pasar por una de camino a casa.

—De acuerdo. Siempre que sea una pequeña. —Mia se levantó, tomó la mano de Ella y la ayudó a ponerse de pie—. Pero primero, tienes que quedarte con los médicos. Has perdido mucha sangre.

—Es solo un rasguño.

—Sí, sí. Vamos. —Mia tendió el brazo como barrera—. Una cosa más antes de irnos, Dark.

—¿Qué?

Mia se inclinó y susurró:

—Si le dices a alguien que me has visto llorar, estás muerta.

Ella se rio, era su primera risa real en mucho tiempo.

Se acabaron los secretos, se dijo.



Ella tomó un taxi desde el aeropuerto internacional Reagan hasta su apartamento, ya que aparentemente no podía conducir. Cuando llegó a su casa, ya era de madrugada y lo único que quería era dormir para superar el cansancio. Tal y como se sentía, probablemente no se despertaría hasta el próximo fin de semana. Por suerte, Edis dijo que no quería verla en la oficina durante al menos dos semanas. Él lo llamó una ventaja del trabajo, pero tal descripción le pareció agri dulce.

El taxi la dejó en la puerta de su apartamento. Ella bajó del coche arrastrando los pies, aún mareada por las puñaladas, pero con una gran estabilidad. Introdujo el código PIN y tuvo que empujar las puertas con el hombro para abrirlas. No le quedaban fuerzas en los bíceps para abrirlas.

Se dirigió a la puerta cojeando y temiendo el proceso de encontrar las llaves en su bolso. Pero cuando miró la puerta de su complejo de apartamentos, vio una silueta contra los paneles de cristal.

Los últimos acontecimientos habían adormecido su paranoia, pero todo volvía a surgir en un violento tsunami que se estrellaba contra su cráneo y confundía sus pensamientos.

¿Era él?

No podría serlo.

La figura se acercó a ella.

En este momento no. De todas las veces que podía ocurrir, este no era el momento.

—No quería llegar a esto —dijo la figura.

Esa voz familiar, la voz que oía cada vez que dudaba de sí misma. Estaba frente a ella, rogándole que actuara.

No era Tobias, sino Mark Balzano.

—Mark, déjame en paz.

—He estado enviándote mensajes y llamándote durante dos días.

¿Te molestaría decirme por qué no has contestado?

—Estuve ocupada.

—¿Demasiado ocupada para contestar?

—Sí.

—Mentira. Te has estado escondiendo —gritó Mark. Se acercó a ella, bloqueando su camino.

—No tengo nada que ocultar.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Con quién has estado?

Ella se encogió de hombros.

—Con algunas personas.

—¿Cómo quién?

—Un par de médicos. No es asunto tuyo.

—Me estás poniendo a prueba, Ella. No me gusta eso, ¿entiendes? Tienes que empezar a ser sincera conmigo o las cosas podrían ponerse muy desagradables por aquí.

Con su nueva perspectiva, después de enfrentarse cara a cara con la muerte, Ella se dio cuenta de que aquel hombre ya no la asustaba en absoluto. Era una pobre alma plagada de inseguridades, inseguridades que no eran de ella. Podía amenazarla, podía luchar contra ella, pero ella no iba a ceder a sus ridículas exigencias.

Ella buscó las llaves en su bolso.

—Claro que sí. ¿Me vas a dejar pasar ahora?

—No hasta que me digas lo que necesito saber.

—¿Qué cosa?

—Que estás lista para volver conmigo. Que estás lista para empezar de nuevo.

Ella se rio.

—Oh, vaya, ¿qué te dio esa idea?

Él se acercó aún más, lo suficiente como para poder sentir el aliento sobre la cara de ella. Tenía ese olor familiar, el que ella asociaba antes con la atracción animal, pero que ahora la hacía enfermar.

—Bueno, si has estado leyendo mis mensajes, lo sabrías.

—Oh, oh. Bueno, no he leído una sola palabra. De hecho, creo que he bloqueado tu número.

Mark caminó a lo ancho del sendero. Ella había visto esto antes. Sabía lo que se avecinaba, pero este día lo recibió con agrado.

—¿Estás bromeando? —gritó él, probablemente despertando a algunos de los vecinos en el proceso. Estaba bien, cuanto más gente lo presenciara, mejor. Diablos, toda la manzana podía verlo si quería. Las miradas indiscretas se posaron en cada ventana hasta el cielo, como un Coliseo moderno. Todos sedientos por ver al león devorar a la presa.

—No. No estoy bromeando.

—¿Has conocido a alguien más? ¿Es por eso que estás siendo una perra?

—Sí, tal vez. ¿Ahora te vas a mover o qué? Me encantaría hablar, pero tengo cosas que hacer.

A Mark se le puso la cara roja. Se sorbió la nariz repetidamente como siempre hacía cuando se ponía nervioso. Lo vio por primera vez en el restaurante cuando le gritó a un cliente sin razón.

—No te estás tomando esto en serio, ¿verdad?

—No.

Mark presionó la frente contra la de ella.

—Ella, me estás haciendo esto muy difícil. ¿Qué tengo que hacer para que entres en razón? —Él apretó el puño y lo levantó en alto, amenazadoramente. Si iba a golpearla, debía ser mucho más rápido.

El intenso dolor seguía muy presente, pero la adrenalina lo había calmado momentáneamente. La antigua Ella estaba latente en su interior, la Ella anterior a la lesión. La artista marcial que podía hacer agujeros en las paredes de ladrillo. La tiradora que podía abatir un objetivo a cien metros de distancia. Solo necesitaba una excusa para despertarla.

—No puedes hacer nada. Tienes que calmar ese fuego o te vas a quemar, ¿de acuerdo, amigo?

El coloquialismo abrumó a su exnovio. Ella detectó las señales a la legua. Era casi demasiado fácil. El hombro de Mark dio una sacudida hacia atrás, señal inequívoca de que estaba a punto de dar un puñetazo. Ella lo vio en cámara lenta: el hombro tenso, el brazo levantado, el sutil paso hacia atrás.

Pero se le adelantó.

Ella cerró el puño en una bola de furia blanca, dio un paso adelante y lo lanzó directamente a la nariz de Mark.

En el momento del impacto, sintió como si le hubieran sacado un peso muerto de los hombros. Toda la tensión explotó en una descarga de tejido carnoso, sangre y hueso. Mark se desplomó sin remedio hacia los arbustos, agarrándose la nariz con ambas manos y gritando de dolor.

Se quedó tumbado, sin moverse, mirando fijamente a la mujer que estaba junto a él.

—Mark, acabo de darle una paliza a un asesino en serie hace unas horas. Cuando estaba a punto de matarlo, pensé en ti.

—Ella, ¿qué...? —empezó y luego se interrumpió. Se miró la mano, cubierta de sangre. Intentó levantarse de los arbustos bajos, pero no pudo hacer fuerza. Ella hizo lo posible por no reírse. De repente parecía mucho menos amenazador.

—Voy a dejar esto muy claro —dijo Ella—. Si te acercas a mí, o me envías mensajes de texto, o me llamas, o incluso piensas en mí,

voy a contarle al FBI todo sobre ti. Les mostraré los mensajes, las interminables llamadas. Diablos, mi compañera de piso probablemente esté grabando esto ahora mismo.

—De acuerdo, Ella. —Mark consiguió ponerse en pie. Se agarró la cara y habló contra las palmas de las manos—. No hagas eso. Es mi carrera.

—Deberías haber pensado en eso antes, ¿no?

—Lo que sea. Te estaré esperando aquí. Todos los días hasta que vuelvas conmigo —gritó.

Ella sabía que no debía entrar en su apartamento. Puede que Mark tuviera que recibir unas cuantas palizas más hasta que aprendiera la lección y eso le parecía bien. Disfrutaría de la oportunidad de romperle la cara una vez más.

Retrocedió por el camino, hasta salir de la puerta donde el taxi seguía aparcado. Parecía que el conductor también había visto su altercado.

Le pareció muy bien. Al menos tenía un testigo.

El conductor bajó la ventanilla.

—Sube —gritó—. Demonios, chica, ese fue un buen golpe.

—Gracias —saltó en el asiento trasero—. Llévame lejos de aquí, por favor. El coche salió a toda velocidad, dejando a Mark atrás. Ella no miró atrás ni una vez.

EPÍLOGO

Tobias Campbell permaneció de pie frente a la Casa Apolo a las 3 de la madrugada. Eso era lo mejor de visitar a la gente en mitad de la noche. Siempre estaban en casa.

Tobias no había matado al chico del callejón, solo lo había maltratado un poco. Lo amenazó con romperle el cuello, le retorció algunas articulaciones, lo hizo sentir como una basura inútil. Pero le dio 550 dólares por sus esfuerzos. Después de todo, Tobias era un agente del caos. Admiraba a cualquiera que tuviera el descaro de agredir a alguien en pleno día. Tal vez inspiraría al joven a cometer más actos horribles en todo el estado.

Matar en plena calle era demasiado arriesgado, sobre todo porque podrían haberle seguido la pista hasta la tienda de apuestas. Además, disfrutaba infundiendo miedo. Era mucho más divertido que el acto de matar.

El miedo era un gran motivador y un gran ecualizador, todo en uno. El miedo no era algo que había que conquistar, tan solo indicaba dónde estaban los límites.

Por eso la agente Mia Ripley necesitaba experimentar el verdadero miedo antes de someterse finalmente al abrazo de la muerte. Hacerlo le diría que había tomado el camino equivocado, que había perseguido al hombre equivocado. Ella empezó este juego interviniendo en su vida hace 20 años, así que era justo que él la sometiera a todo el espectro de la tortura psicológica.

Cuando se acercó a las puertas del apartamento, encontró la entrada entreabierta. Algunos psicópatas creían que una puerta

abierta era siempre una invitación. Era irónico, teniendo en cuenta que la señorita Dark lo había invitado a su pequeño mundo.

Se preguntó cómo le iría a la agente Ripley en su vejez. Era una treintañera vivaz cuando se encontraron por primera vez en medio del bosque hacía tantos años, pero ahora debía de tener unos cincuenta. Tobias suponía que él mismo estaba cerca de la misma edad, pero en realidad no sabía cuál era la suya. Había pasado por tantas familias de acogida que todos sus registros se habían perdido en el tiempo. Hasta donde él sabía, podía tener cientos de años. La idea le divertía un poco.

Como si la invitación no estuviera ya lo suficientemente clara, Tobias olió algo muy familiar en el aire de la noche. Era el olor por el que vivía y uno que echaba mucho de menos.

Entonces lo vio. Unas cuantas manchas de sangre a lo largo del camino. Inspeccionó el rastro con gran curiosidad, descubriendo que se adentraba en los pequeños arbustos del perímetro. Habría sido extraño, si no lo hubiera visto todo desde las sombras. Era como si su camino hacia el apartamento de la chica ya estuviera trazado. Una alfombra roja personalizada, solo para él.

Llegó a las grandes puertas de cristal y empujó el pomo.

Estaba cerrada.

No era un problema. Lo tenía todo planeado desde hacía tiempo. Sus contactos habían estado allí antes que él y habían organizado la escena según sus necesidades.

Inspeccionó el marco de la puerta, las paredes cercanas y el lujoso felpudo que decía:

«BIENVENIDOS A CASA APOLO».

Miró por debajo, luego levantó el felpudo e inspeccionó la parte inferior.

Allí estaba.

El código de la puerta. «4859».

Tobias introdujo el código y oyó cómo se desbloqueaba la puerta. Estaba dentro y apenas tuvo que mover un dedo para hacerlo.

El vestíbulo era impresionantemente grande. Suelos de mármol, dos ascensores, algunos cuadros enmarcados del patrimonio local. Qué lugar tan extraordinario para vivir. Pero, de nuevo, había pasado la última década y media dentro de una jaula de cristal, así que cualquier cosa parecía buena según sus estándares.

Subió las escaleras, intentando mantener sus pasos atenuados. Recordó el número de la puerta de la vez que había enviado un gato muerto allí. Estaba en el último piso, el apartamento número 912.

Tobias recorrió todo el camino, contento por el tiempo que le llevó. Tuvo tiempo de saborear el entorno, de pensar qué iba a hacer exactamente una vez que estuviera dentro de la casa. Se mentiría a sí mismo si dijera que no había pasado los últimos meses fantaseando con ello. Desde que la señorita Dark apareció con esa bonita cara en su cámara subterránea, lo único que deseaba era arrancarle la cabeza, con la columna vertebral aún pegada.

Pero en los confines de un espacio privado, tenía más posibilidades. Podría jugar con ella, diseccionarle los miembros, hacerle comer su propia lengua. El día anterior, cuando se sentó cerca del río, miró estos apartamentos y pensó en colgar a alguien de uno de los balcones. Qué hermoso espectáculo, un suicidio público para que todo el mundo lo viera.

¿Todavía tenía la habilidad de convencer a la gente como solía hacerlo? Esa era su mejor virtud cuando era más joven. Convencer a la gente de que no valía la pena vivir solo con la voz. De todos los asesinatos que había cometido, esos eran los más satisfactorios psicológicamente de todos.

Por desgracia, tendría que esperar un poco más para averiguarlo. Esta noche tenía un enfoque diferente.

Tobias recorrió el pasillo alfombrado del último piso y encontró el apartamento de la señorita Dark justo al final. Tenía un lugar fantástico, muy aislado, y estaba seguro de que desde su balcón se veían las colinas a lo lejos.

Tiró del pomo de la puerta, aunque ya sabía el resultado.

La puerta se destrabó con un sutil crujido, no lo suficientemente fuerte como para despertar al único habitante dormido.

Y entró en la oscuridad. Un suelo de madera, una pequeña mesa a lo largo del pasillo. Esperó un minuto, respiró el nuevo aire y permitió que se le adaptaran los ojos a su entorno. Había tres puertas disponibles, dos a su derecha y una a su izquierda.

Antes de ponerse manos a la obra, decidió disfrutar del momento. Para esto habían servido todos los años de planificación, la libertad para cometer estos actos asesinos una vez más.

Tobias se dirigió a la primera puerta de la derecha. La abrió de un empujón y encontró un dormitorio, de nuevo sumido en la oscuridad. Hacía un frío glacial allí dentro y no había ningún cuerpo. Tobias extendió la mano, encontró el interruptor de la luz y lo encendió.

Una cama doble. Un armario. Una cómoda. Todo era simple y sencillo, supo que estaba en el dormitorio de la señorita Dark. Este era su estilo por completo. Anodino, sencillo, discreto.

Tobias decidió echar un vistazo. Se arrodilló y miró debajo de la cama, encontró una bolsa de ropa, algunas barajas de cartas y una caja de fotografías antiguas. Las inspeccionó una por una. Eran de un hombre con bigote y una chica joven.

Aquí estaba, la razón de ser de la mujer. Durante uno de sus encuentros, ella había dicho algo sobre la muerte de su padre a una edad temprana. Este debía ser él.

No importaba cuántos casos resolviera como agente del FBI, eso nunca le resucitaría a su padre. Tal vez podría usar esto para convencerla de que se suicidara algún día. Era una excelente munición. Imaginó su terror cuando llegara a casa y encontrara la fuente de sus pesadillas sentada en su cama. Sería suficiente para provocar una locura instantánea.

Tobias salió de la habitación, apagó la luz y probó en el siguiente dormitorio. La ocupante no estaba allí, tal y como estaba previsto.

Tobias volvió a registrar la habitación en busca de algo, pero rápidamente se aburrió. La compañera de habitación de Ella no tenía personalidad, simplemente abrazaba indulgencias superficiales.

Dejó la habitación como la había encontrado y, por último, se dirigió a la puerta de la izquierda. La abrió de un empujón y se encontró con una sala de estar, iluminada por una única lámpara naranja cerca de la ventana.

Había un televisor enorme, más grande que cualquier otro que hubiera visto en su vida. Una elegante mesa de café de cristal, una estantería, dos sillas de cuero y una pequeña cocina contigua.

Y la razón por la que había acudido al lugar.

El cuerpo dormido que yacía en el sofá.

Tobias sonrió de oreja a oreja.

Se escabulló hacia la cocina, sin hacer ruido. Sobre la encimera de la cocina había un bloque portacuchillos, adornado con cuchillas de tamaño descendente.

Sacó el más grande. Un reluciente cuchillo de carnicero de plata, del tipo que él había utilizado para desollar cerdos hacía mucho tiempo.

Tobias volvió a entrar sigilosamente en la sala de estar y se situó junto al hombre. Parecía de buen tamaño, en forma y saludable. Del tipo que probablemente podría dar pelea.

Entonces el hombre empezó a moverse. Se retorció con la almohada y luego se dio la vuelta mostrando el rostro.

Tobias respiró profundamente unas cuantas veces y luego susurró:

—No te despiertes.

El hombre dormido abrió suavemente los ojos, que se abrieron de par en par al ver al hombre con el cuchillo encima de él.

Abrió la boca en un grito silencioso.

Oh sí, había extrañado esto.

BLAKE PIERCE es el autor de la serie exitosa de misterio *RILEY PAIGE* que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de *MACKENZIE WHITE* (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de *AVERY BLACK* (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de *KERI LOCKE* (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio *LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE* (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de *KATE WISE* (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de *CHLOE FINE* (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de *JESSE HUNT* (que cuenta con tres libros).

Notas

[1] Sudes, originalmente en inglés *unsub* (*unknown subject or unidentified subject*) es un acrónimo de SUjeto DESconocido o SUjetos DESconocidos que es el término con el que se clasifica a un criminal ignoto, alguien que no se sabe con claridad su identidad, según se plantea en la serie *Mentes Criminales* que basa sus historias en un grupo de investigadores de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI en su sede en Quántico, Virginia. (Nota del editor digital). <<